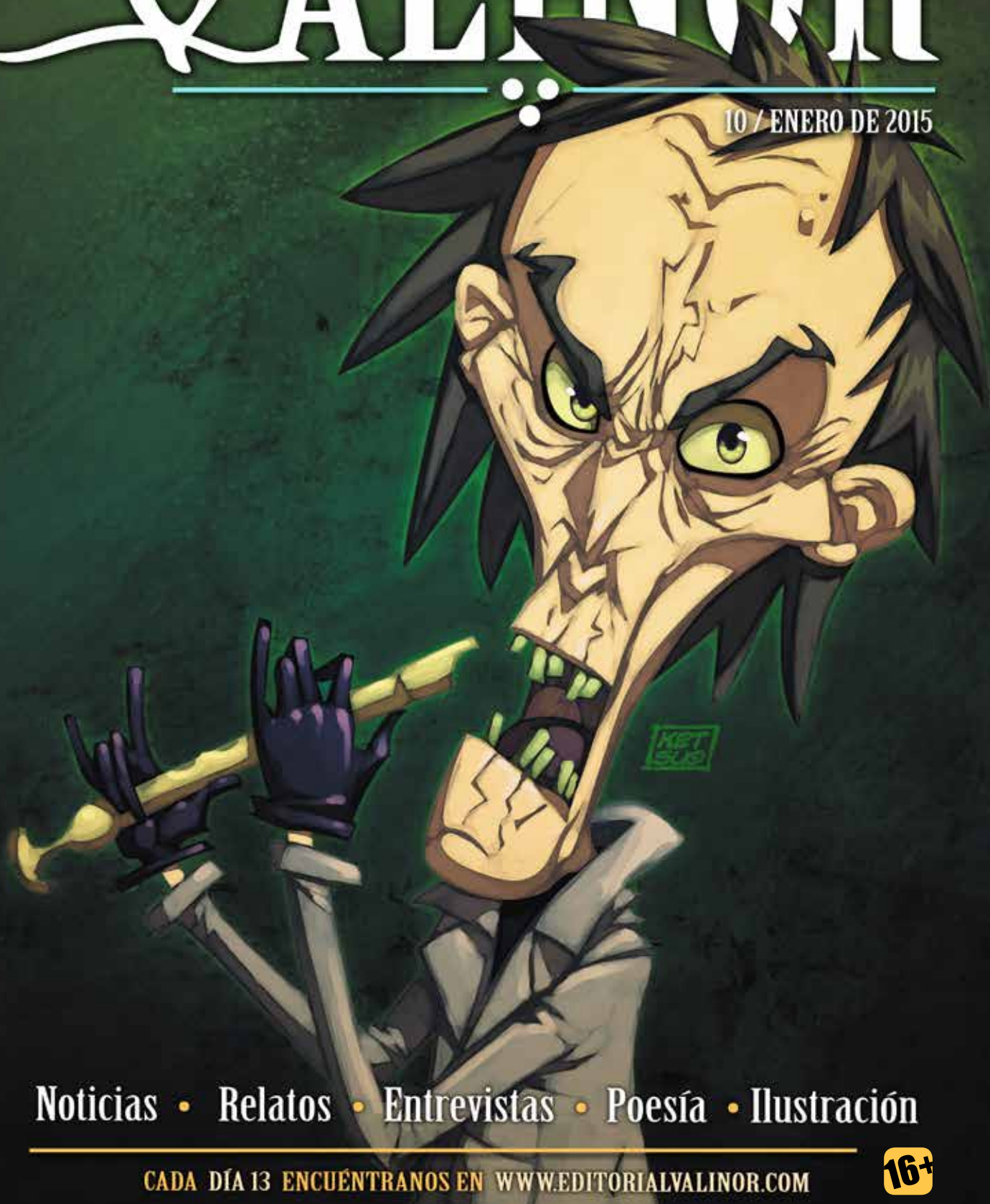


Revista editorial de fantasía, terror y ciencia ficción

VALINOR

10 / ENERO DE 2015



Noticias • Relatos • Entrevistas • Poesía • Ilustración

CADA DÍA 13 ENCUÉTRANOS EN WWW.EDITORIALVALINOR.COM

16+

Valinor. Revista Editorial.

Ilustración de portada: Ketsuo Tategami.

Equipo de la Revista Valinor:

Jessica Tornos. Redacción, prensa.

Myriam Crespo. Redacción.

Violeta Moreno. Redacción.

Diego Bober. Dirección, redacción, ilustración, maquetación, diseño gráfico.

Contacto:

Correo de la revista: revista@editorialvalinor.com

Correo de la editorial: info@editorialvalinor.com

www.editorialvalinor.com



Revista Valinor by Editorial Valinor is licensed under a Creative Commons International License.

No se permite el uso comercial de la revista.

Queda prohibida la modificación de la revista y su contenido.

Todos los derechos de los textos e imágenes pertenecen a sus autores, en caso de ser citados deberá ser mencionada siempre su autoría.



VALINOR

Editorial

Feliz año nuevo, amigos! Tenemos ante nosotros un nuevo ciclo solar para llevar a cabo nuestros proyectos, o al menos para perseguir las ilusiones. ¡Que no se diga que no lo intentamos!

Esperamos que hayáis pasado unas magníficas fiestas de Navidad junto a vuestra gente y que vuestra entrada en el 2015 sea, como poco, feliz y alegre. Todo lo demás ya llegará.

Este año que entra viene cargado de relatos, ilustraciones, poemas y todo cuanto tiene cabida en nuestro barco y que estamos seguros que os hará pasar tantos buenos ratos como a nosotros. Lecturas llenas de aventuras, fantasía y terror, para no perder las buenas costumbres, escritas para vosotros desde cada vez más rincones del mundo de habla hispana, con gran honor para nosotros y sumo interés para todos. Y precisamente por ello, en la revista tenemos por norma no «españolizar» los textos que nos remitís. Pensamos que es buena idea respetar las particularidades lingüísticas del castellano en las Américas, y de esta forma preservamos el espíritu original de los relatos manteniendo en ellos la chispa creadora tal y como surge de los genios.

Por lo tanto, quizá encontréis expresiones o acentuaciones diferentes a lo que marca la norma del castellano, pero así es tal y como se habla en los países de origen de muchos de vosotros, y nos hace ilusión leerlos tal y como os escucharíamos contar vuestras historias.

Y no solo eso, en una vuelta de tuerca más, incluso el castellano antiguo tiene presencia en este número de enero, a modo de cantar ancestral.

Esperamos que disfrutéis tanto como nosotros de esta gran diversidad.

Y, por cierto, no queremos terminar este editorial sin felicitar a nuestra colaboradora Natalia por su cumpleaños ¡Un abrazo! ¡Felicidades! :)

El equipo de Editorial Valinor

¿Quieres ser publicado en nuestra revista?

*Envíanos tus relatos cortos, noticias,
anuncios, artículos, poemas, microrrelatos,
fotografías o ilustraciones a:
revista@editorialvalinor.com*

COLABORACIONES

Para este viaje hemos contado con la ayuda de:

G. Escribano, escritor.

Katsuo Tategami, ilustrador.

Mikel Medina, escritor.

M. Floser, escritor.

A. Krysna Louw, escritora.

Hendelie, escritora.

Edgar Segá, escritor.

Raimon Rius Coma, ilustrador.

Natalia Camodeca, escritora.

Carlos J. Eguren, escritor.

Jorge Fernández Pérez, escritor.

Ricardo Giráldez, escritor.

Richard Montenegro, escritor

Géraldine de Janelle, escritora.

Boebaert, ilustrador.

GRACIAS A TODOS

V
a
l
i
n
o
r



SUMARIO



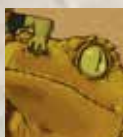
Noticias

¡Ganadores del concurso de relatos!
PAG. 6



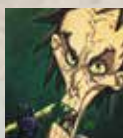
Garcan y la torcida justicia

Relato de fantasía épica por G. Escribano
PAG. 6



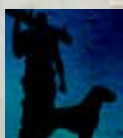
Imaginarium

Ketsuo Tategami, ilustración
PAG. 12



Mi profesor de música

es un zombi Cuento de aventuras,
humor y horror por Mikel Medina.
Ilustrado por Ketsuo Tategami PAG. 17



Soul. Cazador de Espectros

Relato de fantasía sobrenatural de M. Floser
PAG. 24



Entrevista

A. Krysna Louw.
Autora de las Crónicas Zansvrikas. PAG. 29



Crónicas Zansvrikas

Novela de terror por A. Krysna Louw
PAG. 32



Campeones de Lorne: La tablilla del fénix

Relato de fantasía no-épica por
Hendelie. PAG. 37



El único deseo

Relato de fantasía por Edgar Segá
Ilustrado por Raimon Rius Coma. PAG. 43



El farol parpadeante

Relato de terror por Natalia Camodeca
PAG. 45



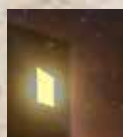
El día del padre

Relato de ciencia ficción
por Carlos J. Eguren PAG. 48



La asesina de la emperatriz

Relato de fantasía por Jorge Fernández Pérez.
PAG. 58



Una estrella caída del cielo

Serie de fantasía por Ricardo Giráldez
PAG. 64



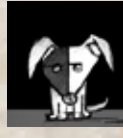
Los hijos de Knossos

Relato de fantasía por Richard Montenegro
PAG. 69



Christall. La torre solitaria

Serie de relatos de terror y aventuras
por Géraldine de Janelle. PAG. 71



Otto

Tira cómica de Boebaert.
PAG. 75



Poemario

El cantar ancestral
por Géraldine de Janelle. PAG. 76

Noticias

¡Ya hay ganador del concurso de relatos navideños de la Hermandad del Cisne!



El pasado día 10 de diciembre se dio a conocer el fallo de nuestro primer concurso de relatos navideños de la Editorial Valinor para los miembros de la [Hermandad del Cisne](#).

Fueron muchas y diversas las obras que nos llegaron pero, como en todo concurso, solo una puede erigirse como vencedora ¡y en esta ocasión tenemos el honor de presentar a **“Cuando fuiste yo”** de G. Escribano como relato ganador!

La noticia fue difundida en nuestras redes sociales y ha generado mucha expectación. ¡Ya queda menos! Nos comprometemos a publicarlo para disfrute de todos.

Es de justicia el reconocer que ha sido una dura competición de alto nivel, y que tras la batalla nuestro amigo y colaborador se lleva por premio los cuatro primeros lanzamientos de la Editorial Valinor en sus formatos electrónicos, así como también una maqueta e ilustración de su relato que tendréis toda oportunidad de disfrutar.

Por otra parte, la última decisión para proclamar al vencedor fue bastante reñida, y de unánime convencimiento (después de arrancarnos los ojos y entre un charco sangui-nolento), el último superviviente... digo, el equipo, decidió otorgar un segundo premio honorífico al relato **“Ya no habrá más regalos”**, de nuestro también amigo Roberto del Sol. El premio para Roberto consistirá en maqueta e ilustración de su relato. ¡También tendréis ocasión de leerlo próximamente!

Ya veréis lo dispares que pueden ser los conceptos navideños en cada uno de nosotros. No os defraudarán.

¡Enhorabuena a ambos!



Garcan y la torcida justicia

Un relato de fantasía épica de G. Escribano

Nota del transcriptor: como en muchas leyendas de Elisia, no conocemos al autor de esta narración. Es muy probable que en la formación del relato hayan participado tantos individuos como voces lo han recitado desde la Edad Arcaica, que es cuando pudo haberse compuesto. El texto fue transformado en una tardía comedia, de gran fama en su tiempo, ahora perdida.

Fdo: K. Grafos.

«El truco está en ponerse en la piel del otro... No, no hablo de empatía, hablo de convertirte en otro por medio de la palabra, la voz y los ges... Pero ya te lo cuento otro día, que tengo la garganta seca».

Un actor sediento después de una representación.

En esta ocasión, Garcan se hallaba en una situación comprometida.

A diferencia de otras coyunturas, no se debía a su particular carácter bárbaro, ni tampoco a la maledicencia de los dioses; ni siquiera podía achacarse a un enemigo hambriento de venganza o a su especial destino, si es que lo tenía. Se debía, a todas luces, a un asunto de mala suerte. A estar en el lugar equivocado en el momento torcido.

Por eso echó a correr. No tenía nada que ver con aquella refriega de bandidos en medio del carrascal y poco podía hacer, él solo, contra dos docenas de varones armados. Se ajustó el cinto de guerra, se enrolló el corto manto de verano en el brazo izquierdo y voló por encima de unos matorrales de espliego.

El griterío del hierro y el quejido del bronce quedaron pronto atrás, pero Garcan continuó trotando sobre el suelo polvoriento. No se consideraba un cobarde, por supuesto, sino alguien con ganas de vivir, al menos, unos días más.

El valor y la supervivencia eran dos caras de la misma pieza de cobre con que se pagaba el deshonor, asunto que, a juicio de Garcan, solo importaba a los ricos o los aburridos pisaverdes de ciudad.

Con estos pensamientos, Garcan vino a dar a un arroyo reseco. Bebió de un hilillo de agua, se refrescó la barbuda cara y se apoyó en una roca de granito. Un malestar le carcomió las tripas. Se acordó de los tristes muleros y la moza que les acompañaba, también de la banda de criminales que había salido de la espesura para hacerse con bestias, botín y quién sabe qué más. Trató de pensar en otros menesteres, pero la culpabilidad le roía una y otra vez, horadando el buen humor que tenía por haber salido bien parado de un trance como aquel. ¿Qué edad tendría la muchacha?

Garcan sacudió la cabeza, resopló, gruñó, se puso en pie y volvió sobre sus pasos, aplastando hierbajos con las sandalias claveteadas. Esta vez se ajustó bien el morral. Trotó con la falcata bien empuñada y el ánimo dispuesto a entrometerse allí donde fuera necesario con tal de apaciguar la sensación de culpa. Creyendo que llegaba demasiado tarde, aceleró.

Pronto oyó gritos de algarabía y el tremebundo lamento de un asno, que rebuznaba muerto de miedo. Garcan atravesó la maleza dando saltos y con los pulmones como teas. Repetía entre

dientes un refrán: «peligro pasado, el cobarde es esforzado». Y añadía, en voz alta, funestos pensamientos sobre los muleros y la moza.

Cuando llegó a la refriega del camino, la situación era confusa. En un lado, un grupo de varones corría hacia las profundidades del bosque; de otro lado, llegaba una marabunta armada con dardos, palos, azadas y hoces. Las mismas armas que utilizaban los bandidos que, al fin y al cabo, no eran más que labriegos, pastores y veteranos de guerra hambrientos. Garcan miró alrededor, nervioso. Las mulas habían desaparecido y la muchacha tampoco aparecía por ningún lado.

El tropel armado atravesó el camino y se lanzó sobre un asustado joven que corría con unas enormes alforjas sobre los hombros, oculta la cabeza por un manto ligero. El peso le entorpecía tanto que pronto le dieron caza. Le apalearon mientras chillaba lastimosamente.

—¡No me maten! —su voz era aguda—. ¡No me maten! ¡Yo no soy nadie!

Pero siguieron atizándole estacazos y patadas sin misericordia.

Garcan estrujó la empuñadura de su falcata y salió de detrás de unos tamariscos, dispuesto a proteger al débil, hacer justicia y todo eso que se suele poner como excusa para limpiar la culpabilidad de una conciencia sombría.

—¡Por Netón!

El enorme bárbaro se arrojó sobre los varones armados. Era un oso entre liebres, un oso con la distintiva coleta de los nétai, los guerreros más eficaces, peligrosos y trastornados de La Forja. Empujó a un enemigo, pateó a otro y golpeó la nuca de un tercero con el pomo de la falcata. No pretendía hacer una carnicería, sino salvar a una víctima.

Los agresores, viéndose agredidos, comenzaron a gritar de alarma. Algunos huyeron, pero los más bravos se ensañaron con el muchacho. Garcan se abrió paso, berreando, golpeando, apartando cuerpos a empujones hasta que llegó junto al infeliz.

Atizó un puñetazo a un enemigo que escupió dos dientes y se alejó entre quejidos. Un camarada arreó un bastonazo a Garcan en el hombro.

—¡Ug!

El bárbaro le devolvió una patada en la rodilla, suficiente para sacarle de la pelea.

Garcan se debatió con otro par de desconocidos, a los que tumbó no sin antes recibir un puñetazo en el oído y un palazo en las costillas. Finalmente, entre insultos, una llovizna de piedras y gritos de frustración, la banda armada se internó en el carrascal detrás del otro grupo que había huido.

El bárbaro apoyó los puños en los muslos, jadeó unos instantes, se apartó la melena pegada a la frente con el antebrazo y echó un vistazo al muchacho apaleado. Se había hecho un ovillo y gimoteaba para sí con dolor y penuria. Garcan se acuclilló a su lado y le ayudó a sentarse. Después le apartó el manto de la cabeza y una enmarañada melena rubia cayó sobre sus hombros, seguida de una mirada lastimosa, preñada de lágrimas, que le intrigó.

—¿Estás bien, mozo?

—No lo sé... ¡Ay!

Garcan apartó el manto para comprobar que no tenía heridas abiertas, pero el joven apretó la lana con los puños y, con un gesto tenso, se arrebuja.

—Aparta —gruñó el bárbaro—, voy a ver cómo están esas...

—¡No!

—¿Eh?

—Puedo valerme por mí misma... ¡Cof, cof! Por mí mismo.

—¿Eh?

Garcan alzó una ceja, se rascó la barba y apartó el manto de un tirón. Abrió mucho los ojos cuando descubrió lo que había debajo. Dos pequeños bultos puntiagudos sobresalían bajo un quitón de lino sin mangas. Después, todavía pensativo, estudió bien el rostro ovalado, los ojos grandes y la nariz de bellota que tenía delante.

—¿Eres una moza?

—¿Y a usted qué le importa? —se apartó del enorme nétai—. ¡Déjeme en paz!

Garcan se puso en pie, echó un rápido vistazo alrededor en busca de enemigos, respiró tranquilo, colgó la falcata del cinto y apoyó los puños en las caderas.

—De nada —dijo con su vozarrón—. Un poco más y te matan esos bandidos.

—¿Bandidos?

—Te han dado fuerte en la calabaza, ¿eh?

El mozo que era moza se cubrió con el manto y se levantó despacio. Entrecerró los ojos, pensativa, y echó un vistazo a los pertrechos de Garcan. Después, compuso una ligera sonrisa, afeada por un cardenal en la mejilla y un corte en la ceja, mientras se rascaba la nuca.

—Me han dado una calabazada... Perdóneme mi mala educación, es que estaba asustada. Ha sido usted muy amable.

—¿Cómo te llamas?

—Esto... —se rascó otro poco—. Aunia. Me llamo Aunia. ¿Y usted?

—Malaventura— respondió Garcan afilando los ojos.

—Encantada.

—¿Por qué andas por ahí vestida de mozo?

—Por tranquilidad. —Ella sonrió—. No sabe usted lo difícil que es viajar con muleros. Están todo el día pensando en retozar y no hacen más que bromas soeces. Los peores son los mancebos, para los que no existe intimidad alguna... Por no hablar de los bandidos que me han atacado. Si llegan a saber que soy moza...

Garcan resopló, aguzó el oído y percibió gritos que se acercaban hacia ellos. Agarró las alforjas de Aunia, que pesaban un talento, y se las echó en el hombro sano con un bufido. El otro hombro aún le dolía del bastonazo, provocándole fugaces calambres.

—Oiga, eso es mío— protestó ella.

—Vamos —gruñó Garcan—. Tenemos que escondernos antes de que vuelvan.

Se internaron en el carrascal a todo correr. Garcan por delante, Aunia renqueando unos

pasos por detrás. Oyeron los rebuznos otra vez y el bárbaro decidió hacerse con la bestia. No le costó demasiado entenderse con el asno, como si ambos hablasen el mismo lenguaje. Acarreaba un par de cestos con enseres y queso seco, un saquillo de monedas, y un pellejo de vino. Garcan pensó que la mala suerte de haberse encontrado en el sitio inadecuado se había transformado en buena al hallar el asno preciso.

Le extrañó, sin embargo, que Aunia no reclamase al animal. Los golpes recibidos en la calabaza habrían sido realmente fuertes. Garcan conocía esa sensación de desorientación. Una vez, en una pelea de venta, le atizaron un bancazo en la base del cráneo. Estuvo un día sin sentido y dos días más con el sentido torcido.

Se internaron en un laberíntico territorio de lentiscos, que arañaban los brazos pero les mantenían ocultos de los ojos enemigos que observaran desde la distancia. Garcan halló una senda de animales y supuso que les llevaría a un humedal o algún riachuelo. Aunia permanecía en silencio, quejándose de vez en cuando de tal o cual dolor. También hacía preguntas sobre la identidad y el patrimonio de Garcan, pero éste salía por peteneras o se limitaba a comentar el paisaje.

Cuando el bárbaro consideró que se habían alejado lo suficiente, después de superar un valle, un suave collado y una loma un poco más abrupta, se detuvieron junto a una pequeña charca. Estaba medio reseca, pero les sirvió para refrescarse. El asno fue el más agradecido. Garcan, todavía inquieto, se mordió los carrillos.

—¿Te importa preparar el vivaque? —preguntó el nétai mientras descargaba su morral—. Mientras, reconoceré el territorio, por si esos malditos nos han seguido. Nunca te puedes fiar de un bandido.

—Nunca te puedes fiar de un bandido —repitió Aunia. Asintió—. Haré lo que me diga y así verá que soy agradecida.

Garcan, que nunca se sentía seguro del todo, estudió el terreno, borró sus huellas, deambuló por el carrascal y ascendió por un cerro, en busca de una panorámica desde la que cerciorarse de que estaban a salvo. Durante el recorrido, cavi-

ló acerca de lo bien que se sentía consigo mismo por haber perpetrado un acto de justicia. Hacía tiempo que el mundo no le permitía algo así de idealista. Satisfecho, imaginó que, incluso, impartir justicia podía convertirse en un hábito. Sonrió un poco embobado, creyendo que le llamarían Garcan el Justiciero, como a aquel héroe Dicayo, el de las epopeyas que recitaba su compañero Auledo. Se preguntó, por un instante, dónde andaría el poeta, pero no halló respuesta.

Finalmente, su estómago crujó, recordándole que tenía necesidades más inmediatas que repartir justicia en La Forja. Desanduvo sus pasos sumido en unas agradables ensoñaciones de queso y vino, que calmarían las malas hambres arrastradas desde hacía unos días y el dolor que los estacazos le habían provocado. Frotándose las manos y pensando en el regocijo de echar un sueñecito con la tripa llena, aceleró hasta la charca donde Aunia le esperaba.

Pero Aunia no estaba allí.

Tampoco el asno. Ni siquiera su morral.

Garcan renegó. Pensó que quizá se había equivocado de lugar, mas descubrió las huellas de las pezuñas del asno junto a la balsa. Sacudió la cabeza, se rascó la coronilla y comprobó que, en efecto, ni Aunia, ni el asno, ni su morral estaban allí.

Gruñendo, trazó varios círculos alrededor de la zona, pero la noche sin noche, con su penumbra, sombras y oscuridades, se le echó encima. ¿Dónde estaba Aunia? ¿Habrían sido los bandidos? ¡Maldita fuera su suerte! ¡Cuando creía que había hecho algo a derechas...! ¡Y con el hambre que tenía!

Se inclinó y buscó alguna clase de rastro que seguir. El repentino malestar de su conciencia se extendió hasta el estómago, mezclándose con el dolor del vacío. Seguro que los astutos bandidos les habían seguido hasta allí y cuando él se había ido a echar un vistazo alrededor... Aunque había sido muy precavido. Por un momento, pensó algo extraño.

—No será que la moza...

Pero desechó la idea de un manotazo. Era tes-

tigo de cómo la habían apaleado. Y ella misma había dicho que era agradecida... Aunque una cosa era decir y otra hacer...

—¡Por Netón!— negó con la cabeza y trató de encontrar alguna señal en la penumbra.

La luz era tan escasa y tenía el ánimo tan confuso, que Garcan perdió el rastro. Corrió por el bosque respirando con agitación. Gritó un par de veces, mas el eco le inquietó. Podría advertir a los bandidos de su presencia. Al cabo de un buen rato, desembocó en el camino. Allí había huellas por todas partes y en todas direcciones, así que no le sirvió de nada.

Apretó los dientes, frustrado y preocupado a la vez. Sin embargo, la penumbra y el hambre le provocaron una mansa aflicción. Anduvo hacia el sur, en la dirección donde suponía que había ocurrido el asalto de los bandidos. Una vez allí, tendría pistas que seguir.

Poco tiempo después, unos puntos de luz aparecieron a lo lejos. Garcan se echó a la espesura y avanzó despacio, sin hacer ruido, deseando toparse con los enemigos y dar rienda suelta a los malos humores que le anegaban por dentro. Los puntos se convirtieron en hachones y los hachones eran transportados por una patrulla de doce factores, soldados profesionales, seguidos de un grupúsculo de labriegos armados con palos, azadas y hoces. El bárbaro decidió salir al paso y dejarse ver desde la distancia con las manos lejos de la falcata.

—¿Quién va?— gritó un factor mientras se acercaban.

—Un nétai— respondió Garcan, pensando que el rango le sería de ayuda.

—¡No se mueva!

La tropa y la marabunta llegaron hasta él. Le rodearon en un santiamén. Garcan, con el ceño fruncido y respirando como un oso tranquilo, estudió primero a los soldados y después a los labriegos. Miradas hoscas, gestos hostiles, armas a punto. Uno de los rostros le resultó vagamente familiar.

—Me llamo Malaventura —dijo Garcan—. Estoy persiguiendo a unos bandidos.

Hubo un coro de siniestros susurros.

—Ayer hubo un asalto no lejos de aquí y...

—Lo sabemos— interrumpió un factor estrujando su dardo arrojadizo.

—Estaba protegiendo a una moza cuando...

—¿Una moza?

—Sí, una moza rubia que lleva un asno.

Hubo un inquietante silencio. Un factor murmuró algo.

—¿Qué?— soltó Garcan.

—Los hemos encontrado a unos estadios de aquí.

—¿Y están bien?

—Perfectamente —el factor sonrió siniestramente—. La moza con grillos en las manos y el asno en manos de su legítimo dueño.

—¿Eh?

—¡Es él! —gritó alguien de pronto—. ¡El bárbaro que nos atacó!

—¿Eh?

Un círculo de afiladas puntas de lanza se cerró a su alrededor. Garcan respiró para calmarse, aunque el corazón le batía como martillo de herrero. ¿Qué estaba pasando?

—Creo que se equivo...

—¿Equivocarme? —un varón salió de la penumbra con la cara como una berenjena—. Usté me saltó dos dientes.

—No es posible— farfulló Garcan.

Separó, muy despacio, los pies en busca de equilibrio. Los factores se pusieron tensos. Uno de ellos carraspeó nervioso. Garcan calculó los primeros movimientos que haría para defenderse. O atacar. O lo que fuere necesario.

El labriego se dirigió a los soldados con cara de muy pocos amigos. Señaló a Garcan con un dedo acusador.

—Éste es el fulano que se nos echó encima cuando perseguíamos a los bandidos —escupió con rabia—. Él protegió a la buscona que me arrobó las alforjas.

Entonces, Garcan comprendió lo equivocado que había estado, el poco sentido que tenían sus actos, lo estúpido que podía llegar a ser. Hinchó los carrillos, apoyó la mano en el pomo de su falcata y se encomendó a Netón.

—Esto me pasa por querer hacer justicia...

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a G. Escribano en su ["glob"](#).

Imaginarium

Ketsuo Tategami, ilustración



La historia es así: cuando recibimos *Mi profesor de música es un zombi* de Mikel Medina nos llamó tanto la atención el buen gusto y estilo de las ilustraciones y portada que acompañaban el cuento que no pudimos resistir la tentación de contactar con el artista que las había creado para ofrecerle las humildes páginas de este imaginarium. Sin duda es de agradecer su colaboración en este número, ya que no solo podremos disfrutar del arte que ilustra el relato en cuestión durante los próximos meses, sino que también conoceremos parte de la obra de este dibujante que, sin duda, será de vuestro interés.

Ketsuo Tategami es un ilustrador Freelance, historietista, diseñador gráfico y editor del Colectivo de Artistas Pandemia Studios de la ciudad de Arequipa en Perú. Ha participado en diferentes publicaciones de arte secuencial, arte fantástico, además de talleres de dibujo y exposiciones de arte fantástico.

Como ilustrador su trabajo ha sido incluido en publicaciones impresas como antologías de co-

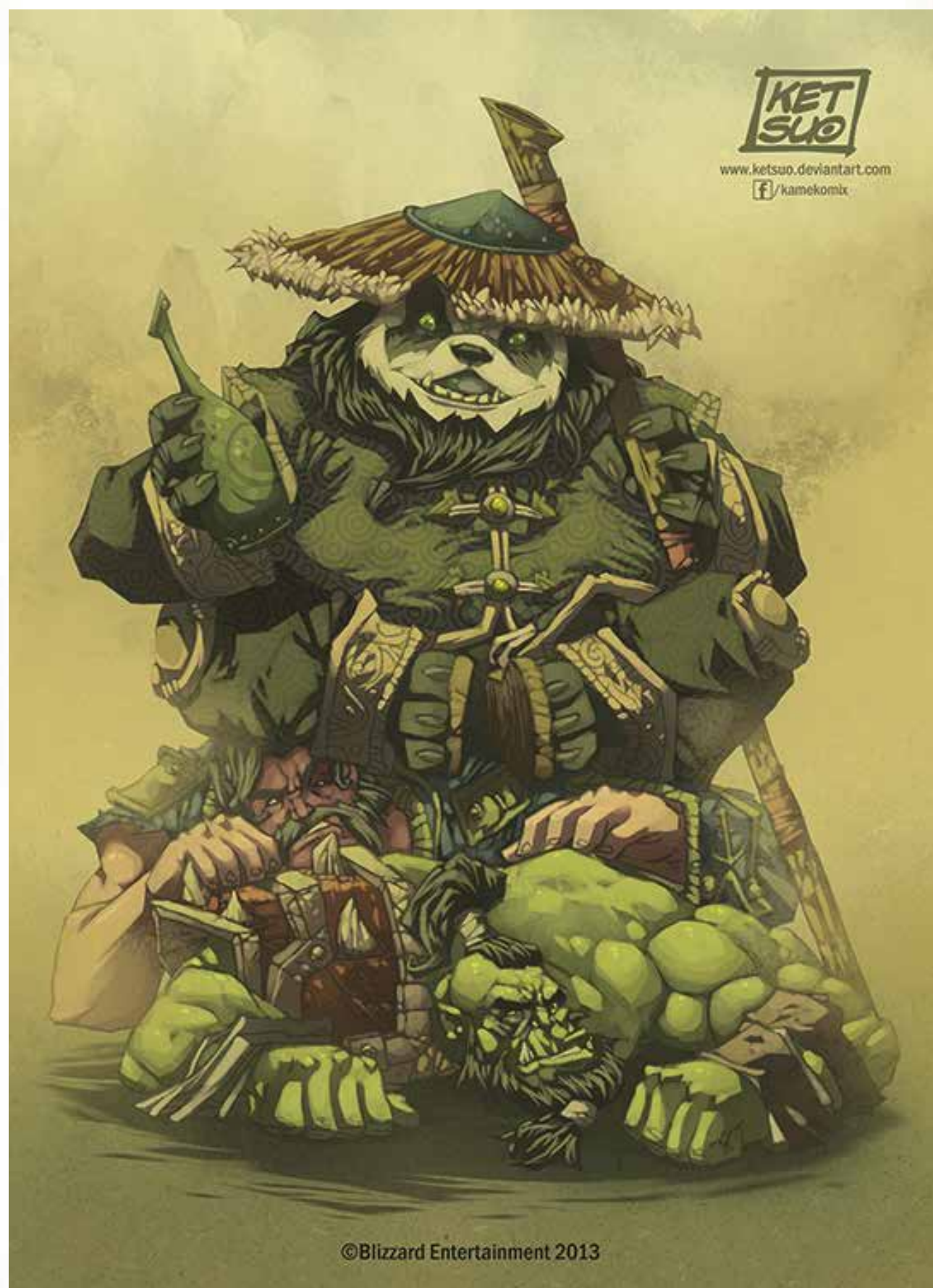
mic local y publicaciones de carácter internacional como el *Street Fighter 25th Anniversary Tribute* (2012) y el *World of Warcraft Tribute* (2013), el *KKG Artbook* (2014-2015) de la organización *Gamers for Good*, las ediciones impresas III, IV y V del Salón Internacional de Humor Gráfico de Lima-Perú (2011, 2012 y 2013 respectivamente), dos ediciones del calendario de Arte Fantástico Ilustrarte publicado en la ciudad de Arequipa – Perú (2005-06), y además ha colaborado con arte para el juego de cards *Era Titanio* de la marca Arcor (2004).

¡Seguro que conocéis a más de un personaje que ha ilustrado! Disfrutad de su espectacular estilo.

Podéis seguir a Ketsuo en [facebook](#), así como también en [deviantart](#) y [behance](#). Y si queréis poneros en contacto con él, escribid a: kamekomix@gmail.com.









MI PROFESOR DE MÚSICA ES UN ZOMBI



Un cuento de aventuras, humor y horror de Mikel Medina
ilustrado por Ketsuo Ketsuo Tategami

Desmon y sus amigos sospechan del nuevo profesor de música. ¿Será un extraterrestre como afirma Bobo? Las averiguaciones de Vero, Bobo, y el propio Des, les conducen a un sorprendente descubrimiento... ¿Quieres saber cuál es?

¡Comienza a leer hoy y disfruta de esta aventura por capítulos durante los próximos meses!

Las aventuras de Desmon Teibol

1

Para comenzar este relato os diré que desde antes de que Desmon naciera, sus padres vivían en una bonita casa de campo en las afueras de Capital City. Era un sitio tranquilo y acogedor. Una casita de un único piso, con habitaciones pequeñas pero luminosas. El salón era cálido y tenía una gran chimenea en una de sus paredes; la cocina era grande y blanca. No era una casa excesivamente lujosa, pero era su hogar, y los Teibol vivían allí tan felices.

Felices e ignorantes, ya que unos años atrás, durante una calurosísima noche de verano, una pequeña estrella fugaz continuó su camino suicida sin fundirse, y terminó cayendo y estrellándose bruscamente contra la base de una cercana colina. Nadie pareció enterarse. Solo Franklin, el hijo medio tonto de los Henderson, vio como caía el meteorito y acudió allí en su destartada bicicleta. Los paisanos del pueblo cuentan cómo Franklin relató después que había encontrado una gran piedra que había caído del cielo, que era de color verde y que latía como si fuera el corazón de un gran monstruo. Nadie le creyó.

Lo cierto es que el bueno del pequeño de los Henderson era bastante aficionado a inventarse historias de monstruos terribles y fantasmas asesinos, así que no fue extraño que nadie diera crédito a su única historia verdadera. Pasaron un par de días y el propio Franklin creyó que el relato del meteorito era otra de las fabulaciones de su fantástica imaginación. Así pues, la sospechosa roca permaneció allí; y con los años una capa cada vez más frondosa de malas hierbas, zarzas, y demás vegetación autóctona la cubrían haciendo casi imposible que nadie la encontrara.

Un buen día, los señores Teibol decidieron salir a acampar al bosque. Así, Jarod —el padre— y Mary —la madre— pensaban disfrutar de una hermosa y romántica noche bajo el estrellado cielo. Por aquel entonces Mary se encontraba embarazada de su primer hijo, aunque ella todavía no lo sabía. Atravesaron de la mano los bosques de pinos y abetos que rivalizaban entre ellos por hacer cosquillas con sus copas a

las blancas y esponjosas barrigas de las nubes. Después de un par de horas de caminata, encontraron el lugar perfecto para pasar la noche: un claro en el que Jarod se apresuró a montar la tienda de campaña. Mientras, su esposa se quitó las botas para refrescarse los pies en la agradable corriente de un riachuelo cercano.

Muy cerca de ellos, el corazón esmeralda de una roca alienígena continuaba latiendo, guiado por una incipiente y rudimentaria inteligencia. Llevaba años allí, sola y aburrida. De hecho, los Teibol eran sus primeros visitantes desde que un muchacho acudiera allí montado en una vieja y chirriante bici. La roca trató de comunicarse con ellos, aumentando la potencia y la frecuencia de sus latidos en una especie de lenguaje *morse* que los Teibol no podían oír ni entender. Era inútil, los recién llegados ni siquiera sabían que estaba allí, oculta entre ramas y hojarasca. De pronto, la roca percibió un nuevo latido que se acompañaba al suyo propio. La señal procedía inequívocamente del interior de la mujer. Era el pequeño corazón del hijo que comenzaba a formarse en el vientre de Mary. En su estado embrionario, el futuro bebé de los Teibol, era lo suficientemente simple y primitivo como para entender el lenguaje de la piedra extraterrestre y además contestar de la misma manera.

Fue una noche singular para todos. La piedra y el futuro niño continuaron intercambiando latidos y sensaciones; la señora Teibol se pasó la noche con arcadas y amagos de vómito, y comenzó a preguntarse si no estaría embarazada; y el pobre Jarod estuvo despierto hasta casi la madrugada, atendiendo lo mejor que pudo a su mujer.

A la mañana siguiente, los Teibol estaban cansados y somnolientos, deseando regresar cuanto antes a su casa. El peñasco alienígena había dejado de latir y el pequeño Desmon, ignorante aún de su propia existencia, se encontraba repleto de misteriosa y exótica energía.

Nada más regresar a casa, Jarod y Mary acudieron a la consulta de su médico, quien, tras unos análisis rutinarios informó a la pareja de que estaban esperando un hijo. La alegría ante esa inesperada noticia fue tan grande, que ense-

guida se olvidaron de las molestias de la noche de acampada.

El embarazo de la señora Teibol continuó con aparente normalidad, y cuando llegó la hora, un nervioso Jarod la llevó al hospital.

—Tranquila cariño... ya verás como todo sale bien.

—¡Eso es lo que quiero! ¡Qué salga de una vez! —contestó una furibunda señora Teibol en medio de los dolores propios de su estado.

Y así sucedió que, unas pocas horas más tarde vino al mundo un precioso bebé. Le pusieron de nombre Desmon, y desde entonces fue el niño mimado de sus padres.

—¿Verdad que es un nene muy especial? —le decía la orgullosa mamá a su marido.

—Claro querida —contestaba él.

Lo cierto es que ninguno de los dos sospechaba cuánta verdad encerraban sus palabras. Y no lo descubrieron hasta que pasaron unos meses.

Un día la señora Teibol decidió quedar con una vieja amiga para hacer unas compras en el centro de Capital City. Dejó por lo tanto al pequeño Des al cuidado de su padre quien, dicho sea de paso, no se había mostrado muy hábil a la hora de cambiar pañales y limpiar culitos de bebé.

—No sé cielito —apuntó la preocupada madre—. ¿Estás seguro de que podrás hacerte cargo de todo?

—Vete sin cuidado —respondió el señor Teibol—, el pequeño Des y yo pasaremos una tarde fenomenal. Diviértete, pero ten cuidado no fundas las tarjetas de crédito.

—¡Tacaño! —bromeó la esposa al despedirse con un beso.

Bueno, el caso es que ya habían pasado un par de horas desde que la señora Teibol se había marchado, y el pequeño había terminado con la papilla que le tocaba como merienda hacía apenas unos minutos. Entonces el papá comenzó a jugar con el bebé, levantándolo primero sobre su cabeza y lanzándolo ligeramente hacia arriba para cogerlo un instante más tarde. Era el juego preferido de Des. Pero tanto movimiento y la

reciente papilla no podían llevarse muy bien. Era el décimo despegue de Desmon cuando su pequeño estómago no aguantó más. Una generosa porción de papilla surgió inesperadamente de la boquita del niño y fue a parar directamente a la cara del sorprendido papá. La impresión hizo que el pequeño cuerpo del bebé se escurrejera entre los dedos del señor Teibol quien, asustado, agarró al pequeñuelo por un brazo para evitar que se cayera.

Ahí comenzó lo extraño. Se oyó un ligero chasquido y se produjo el milagro: el cuerpo de Desmon aterrizó en el regazo de su padre, quien se quedó con el brazo izquierdo del niño agarrado en lo alto.

Jarod Teibol estuvo a punto de desmayarse de la impresión. El niño, sin embargo, estaba sobre sus rodillas, sonriéndole. Su padre comprobó espantado como en el lugar donde debería estar el brazo no había marca ni herida alguna. Algo parecido sucedía en el extremo del brazo que, por otra parte, seguía moviéndose. Esperanzado, aturdido, y sin saber qué hacer, solo se le ocurrió acercar el bracito al lugar que le correspondía. Entonces, de una manera mágica, las dos partes del bebé se unieron como si nada hubiera pasado.

Cuando llegó la señora Teibol, encontró a su marido pálido como una sábana recién lavada. Después de escuchar su historia, revisó la nevera y la bodega, pensando que se había bebido las reservas de vino, cerveza, ginebra y demás licores. Al comprobar que no era así, pensó que quizás se había vuelto loco de repente. Y lo siguió pensando hasta unos días después, cuando comprobó por sus propios ojos que lo relatado por Jarod era verdad.

Durante los años siguientes, el bebé tuvo un desarrollo casi normal. Pero enseguida comenzó a demostrar que no era un chiquillo como los demás. Lo cierto era que, como habéis podido deducir, Desmon tenía la sorprendente habilidad de separar cualquier parte de su cuerpo del resto, y hacer que funcionase de manera independiente.

No obstante, Des y sus padres intentaron mantener el secreto, y procuraron llevar una vida lo más normal posible.

El siguiente episodio tuvo lugar cuando el joven Desmon Teibol no tendría más de diez o doce años, y solamente sería una de las primeras aventuras que contribuyeron a acrecentar la fama de tan fantástico muchacho. En ella se vieron implicados sus mejores amigos, sus compañeros de colegio y, sobre todo, un profesor un tanto extraño.



2

Desmon se encontraba un poco decaído esa mañana. Las largas vacaciones del último verano habían terminado y otra vez comenzaba la *tortura* del colegio: los deberes, la rutina, los exámenes y los profesores. Aunque, con respecto a esto último, a sus oídos había llegado un

jugoso rumor: El nuevo profe de música era un sujeto bastante extraño.

Los primeros comentarios le llegaron a través de la repelente *Merceditas*, una fuente de información no demasiado fiable, que afirmaba que el nuevo maestro se trataba “sin lugar a dudas” de un extraterrestre, así que no se lo tomó demasiado en serio. Sin embargo, horas más tarde, durante el recreo, Bob Ohara, *Bobo*, le confirmó la noticia:

—¡De verdad, Des! Te lo juro por las natillas de chocolate...

Ese detalle comenzó a inquietarle, *Bobo* nunca mentía cuando metía por medio a sus queridísimas natillas. Así que se preparó para no perderse ningún detalle de la situación que empezaba a gestarse. Al contrario de lo que era habitual, entró el primero en clase después del recreo. Se sentó en su pupitre y esperó ansioso. Dos minutos más tarde el profesor de música entraba en el aula.

—Buenos días niños.

—¡Buenos días! —contestaron todos a la vez.

—Mi nombre es Jawad Bourhim —afirmó con apenas un hilo de voz, mientras garabateaba su apellido en la pizarra—. Y seré vuestro profesor de música durante este curso.

Mr. Bourhim era un hombre alto y delgado, muy delgado; su cara era pálida y tan escuálida que los huesos de sus mejillas parecía que iban a salir disparados a través de la piel de su rostro. Llevaba unas grandes gafas oscuras que impedían que se le vieran los ojos, y una bata blanca. Su pelo era de un indefinible color grisáceo, y parecía como si se lo hubiera cortado a mordiscos algún perro hambriento.

La verdad es que estaba un poco decepcionado. Era cierto que el profesor era un tanto raro, pero de ahí a afirmar que era extraterrestre iba un abismo. Ya estaba comenzando a tramar una terrible venganza sobre *Merceditas* y *Bobo* cuando un detalle llamó su atención: el profesor de música llevaba guantes. Estaban en el mes de septiembre y todavía hacía un calor más que respetable, así que no era una cosa demasiado

lógica. Ese detalle se quedó marcado en su cabeza, y más aun cuando comprobó que no se los quitó durante el transcurso de la lección, a pesar de lo incómodo que debía resultar utilizar los instrumentos con las manos cubiertas por unos gruesos guantes de cuero.

Al salir de clase *Bobo* le asaltó con uno de sus característicos discursos sin fin.

—¡Ves! Ya te lo dije. Yo t-te-tenía razón... No me habías creído ¿eh? P-pa-para que veas que yo cuando prometo algo... Ahora no podrás decirme nada, ¿no? T-ti-tienes que aceptar lo evidente... —*Bobo* no podía evitar tartamudear cuando estaba nervioso.

—Vale, vale. Para un poquito para respirar o te vas a ahogar —interrumpió Desmon antes de que le estallara la cabeza—. Puede que sea un tanto raro, pero eso no quiere decir que sea un extraterrestre.

—De Marte —afirmó *Bobo*.



—Así que un marciano, ni más ni menos.

—Eso es.

—Y se puede saber cómo has llegado a esa conclusión —preguntó Desmon.

—Es fácil.

—¿Bien?

—¿Bien qué?

La paciencia de Desmon estaba a punto de agotarse, así que decidió continuar con la conversación en otro momento. Además, la verdad es que le daba un poco de rabia reconocer que *Bobo* tenía razón. Bueno, razón en lo de que Mr. Bourhim era más raro que un perro verde, pero de ahí a que fuera un verdadero marciano...

—Bueno *Bobo*, te dejo, que tengo *mogollón* de cosas que hacer.

—Pe-pero ¿qué vamos a hacer?

—No te preocupes. Ya pensaré algo. Adiós.

—P-pe-pero, Desmon...

Y se alejó acelerando el paso.

* * *

Al día siguiente, Desmon intentó evitar que *Bobo* le diera la plasta desde primera hora, así que cuando llegó al colegio, se acercó a Sonia, sabiendo que su pesado amigo jamás se atrevería a acercarse.

Sonia era una niña morena, delgada y bajita. Para Des no era ni guapa ni fea, pero *Bobo* estaba totalmente enamorado de ella. El simple hecho de acercarse le parecía una hazaña tremebunda. Además la tartamudez del chico se disparaba en cuanto la distancia que le separaba de su enamorada era menor a los dos metros.

Sonó la sirena y entraron en clase. *Bobo* intentó acercarse, pero Desmon no se separaba de Sonia, lo que provocó que su amigo tartamudeara

casi sin poder articular palabra.

—¡D-des! Esp-pe-pera —dijo mirando de reojo a Sonia y sonrojándose tanto que parecía un semáforo.

—Llegamos tarde a clase *Bobo*. Hablamos durante el recreo ¿vale? —contestó Desmon entrando en el aula y sentándose en su sitio.

Bobo era uno de los dos amigos de Des que conocían su secreto, y por eso creía que éste estaba obligado a ser una especie de superhéroe, como los de los dibujos animados y los cómics.

Las siguientes dos horas se hicieron interminables para *Bobo*, que no esperó ni un segundo para asaltar a su amigo en cuanto la sirena anunció el recreo.

—¿Qué has pensado? —interrogó apremiante.

—Bueno —contestó Des—. Hoy es martes, ¿no?

—Efectivamente —afirmó *Bobo* con expresión seria.

—...Y no tenemos clase de música hasta el viernes, lo que significa que tenemos tres días para investigar.

—¡¡Guay!! —exclamó—. Esto se merece una celebración por todo lo alto. —Y acto seguido sacó de una bolsa de papel unas natillas de chocolate y una cucharilla amarilla de plástico.

—Fantástico... —añadió Des mientras observaba a su amigo engullendo las natillas.

Bobo tenía una capacidad casi sobrenatural para comer todo tipo de bollos: donuts, magdalenas, canutos, cuernos de chocolate, cañas de crema, etc. Pero sin lugar a duda, su comida favorita eran las natillas de chocolate. A pesar de todo, un extraño milagro hacía que su metabolismo quemara toda aquella inmensa cantidad de calorías, y era un chico delgado y pequeño para su edad. De hecho Des le sacaba casi media cabeza, y eso que tampoco era demasiado alto.

—Hola chavales, ¿qué estáis tramando ahora?

La voz inconfundible de Verónica hizo que ambos volvieran la cabeza. Vero era una chica alta y guapa, tenía en pelo corto, casi a lo chico.

Estaba en una clase distinta de la de Des y *Bobo*, pero aun así era una amiga muy especial de los dos muchachos. Era la capitana del equipo de atletismo de su curso, lo cual significaba que se encontraba en perfecta forma física; de hecho, en más de una ocasión había dejado en ridículo a algún chico que se había hecho un poco el *machito* con ella. También era la otra persona que conocía el secreto de Des.

—Hola V-Ve-Vero... —contestó *Bobo*—. Tenemos algo muy, pero que muy interesante que contarte.

—No hagas caso a este paleta —añadió Desmon—, en realidad no es nada importante.

—¿¡N-nada importante!?! —Gritó *Bobo*, imitando exageradamente los gestos de su amigo.

—Esperad. No me digáis nada. Se trata del nuevo profesor de música, ¿no?

—¿Cómo lo...? —comenzó a decir Des.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —interrumpió su amigo.

—Hoy hemos tenido clase con él, y ciertamente es un tipo un poco raro. ¿Os habéis fijado en cómo huele? —añadió Verónica tapándose la nariz con una mano.

—P-Pues no —inquirió *Bobo*.

—Lleva por lo menos un litro de colonia apesetosa. Y aun así desprende un cierto tufillo que no soy capaz de identificar.

—¡Huele a marciano! —afirmó con aplomo el más pequeño de los tres amigos.

—¿A marciano? —preguntó sorprendida la muchacha.

—Verás —apuntó Desmon—. Es que aquí, el listillo, tiene la brillante teoría de que el tal *Bourhim* es en realidad un peligroso extraterrestre.

—De Marte —añadió el interpelado—. Sin lugar a dudas.



Al salir de clase, los tres amigos se acercaron al parque para poder tener un poco de tranquilidad. Tenían que decidir qué es lo que iban a hacer. La cosa no era sencilla ya que cada uno de ellos sostenía una postura bien diferente. Desmon creía que no tenían que hacer nada, que bastaba con tener vigilado discretamente al sospechoso profesor; Verónica pensaba que debían someterle a un estrecho seguimiento, con el fin de detectar actitudes poco habituales; por su parte *Bobo* afirmaba que Des debía utilizar sus habilidades para descubrir y acabar de una vez por todas con el peligroso alienígena.

Al final optaron por la opción intermedia, la de Verónica. La verdad es que no es que lo decidieran después de una dura discusión, sino que se lo jugaron a una carrera hasta la salida del parque. No hubo casi competencia. Vero les ganó fácilmente.

—Está bien —se quejó *Bobo* jadeando con la lengua fuera—. Esta vez te has salido con la tuya. Espera a que encontremos la nave espacial, ya veremos qué decís entonces.

—Bueno *pardillos*, ha sido más fácil de lo que pensaba. Esperaba un poco más de resistencia, pero veo que estáis hechos unos fofos —se burló Vero.

—Claro, claro —continuó un sudoroso Des—. Todos sabíamos que ibas a ganar. Pero siempre resulta menos humillante que nos ganes en una carrera, que echando un pulso como la última vez.

—Je, je. Me quedé con tu brazo en la mano, me llevé un susto de miedo y casi nos pillan.

Los tres amigos comenzaron a reír recordando la embarazosa situación.

Continuará.

¿Te han gustado los capítulos?

¿No puedes esperar al mes que viene para seguir leyendo?

Entonces tenemos una buena noticia para ti: ¡Puedes adquirir el cuento completo en formato Kindle a través del siguiente link!

[Mi profesor de música es un zombi](#)

¿Qué es la revista Valinor?

De manera complementaria a nuestra labor editorial, la **revista Valinor**

da la oportunidad a autores noveles de hacerse conocer por el gran público.

En ella, además de **relatos** de fantasía, terror y ciencia ficción hay espacio para la ilustración, la fotografía, el cine, la música, noticias, artículos, etc.

Si quieres publicar un relato en la Revista Valinor o colaborar de cualquier otra manera (publicidad, entrevistas, eventos o darte a conocer) puedes enviarnos un correo electrónico a la siguiente dirección **revista@editorialvalinor.com** y nos pondremos en contacto contigo.



SOUL

Cazador de Espectros

Un relato de fantasía sobrenatural de M. Floser

Me llamo Soul, soy Cazador de Espectros. Lo sé, lo sé, «Soul el Cazador de almas», por favor, ahorraos el chiste, está más que sobado.

Soy de la raza más antigua que ha habitado la Tierra. O eso dice mi abuela, yo, la verdad, no sé si es cierto, soy demasiado joven para saber si ha habido una raza anterior; pensad que solo tengo doce años. Mi raza se llama Crult, y no sé por qué se llama así. Supongo que es una de esas cosas que debería saber; por lo de pertenecer a ella, y esas cosas. Seguramente nos lo explicaron en el colegio, pero qué queréis que os diga... yo nunca he prestado demasiada atención en clase. Mi destino estaba escrito desde que nací. Y no es una forma de hablar, ¿eh? Mi destino estaba literalmente escrito en el Libro del Destino; nombre elaborado, ¿verdad? Mi raza es muy de currarse los nombres. El caso es que para lo que yo estaba destinado a hacer —cazar almas—, no se necesitan demasiados conocimientos. Las lecciones de historia son absurdas cuando luchas con un espíritu furioso. No puedes distraerle hablándole de la Tercera Guerra Mundial. Además, quizá incluso murió en ella, y creedme: no es divertido hacer que un alma torturada recuerde su tortura, no sé si me entendéis.

Mi abuelo siempre dice que para ser Cazador de Espectros solo se necesitan tres cosas: valor, astucia y sangre fría. También dice que yo tengo las tres cosas, porque si no, el Libro del Destino me habría dicho que me dedicara a coger moras. Lo dice así, ¿eh? No os miento.

Yo vivo con mis abuelos porque mis padres, que eran dos estupendos Cazadores de Espectros, fueron ascendidos. La ascensión es cuando

mueres y un cazador se encarga de tu alma. Hay que hacerlo rápido, porque si no, tu espíritu se queda en el mundo mortal y se lía la de Dios. Por suerte el cazador encargado de ascender a mis padres era Gaultex, ¿a que mola su nombre? Es el mejor cazador de todos los tiempos, y mi maestro.

Creo que os tendría que explicar mejor a qué me refiero con eso de que si un alma no es ascendida se queda en el mundo mortal y se lía la de Dios... bueno, básicamente es eso: el alma deja de pertenecer a la Tierra en cuanto abandona el cuerpo. Empieza a flotar por ahí y, si tarda en ser ascendida —y cuando hablo de «tardar» me refiero a veinticuatro horas como mucho—, el alma empieza a solidificarse y a perder recuerdos que se enturbian y hacen que te vuelvas salvaje. Total, que si no te ascienden, acabas convirtiéndote en un monstruo que se carga todo y a todos los que pilla por el camino. Una movida.

Mi padre fue ascendido en seguida. Solo pasaron un par de horas desde que avisaron a Gaultex. Mi madre, por otro lado... siempre ha sido un pelín distraída. Digamos que se perdió. No es fácil que un alma se pierda, tenemos rastreadores de almas. En serio, son perros. ¿A qué huele un alma? No tengo ni la más remota idea. Aunque creo que no las encuentran exactamente por el olor, creo que las perciben y entonces van en su búsqueda o algo así. Todos los cazadores tenemos un rastreador, nos lo dan nada más nacer, cuando el Libro inscribe nuestro nombre en el destino del cazador. Crecemos juntos. El mío se llama Rip, adecuado, ¿verdad? Se lo puse yo.

Como os decía, mi madre acabó perdiéndose, se alejó demasiado de su cuerpo y se escapó del

radio de rastreo. Los perros son listos, pero no tienen poderes especiales.

Cuando la encontraron habían pasado exactamente veintires horas y cincuenta y siete minutos. ¡Tres minutos más y se había convertido en un monstruo! En fin, mi abuela dice que no se habría notado mucho la diferencia. No me gusta que hablen así de mi madre, pero ¿qué puedo hacer? No puedo discutir con ellos... soy mudo de nacimiento.

Es tradición que a los doce años, todos los cazadores vayamos con nuestros rastreadores a por el primer espíritu. Amaestrar a Rip, sin poder darle órdenes fue difícil, pronto aprendimos a comunicarnos. Le enseñé a mirarme cuando chasqueaba los dedos, y a observarme mientras le daba órdenes con el lenguaje de los signos. Muy currado, la verdad. Además es útil porque mientras todos gritan órdenes que los espíritus oyen y hacen que huyan —porque primero: los espíritus no son sordos y segundo: no quieren cruzar al otro lado—, nosotros dos podremos acercarnos a ellos sin que se enteren. A no ser que sea cierto eso de que los muertos huelen la vida, en ese caso voy a hacer el idiota en mi primera evaluación.

De pronto noté como el brazalete metálico que me llega de la muñeca a la mitad del antebrazo empezó a vibrar. Levanté el brazo y miré el brazalete como si fuera un reloj. No lo es, donde debería estar la esfera con agujas y números, hay una pantalla rectangular de cuatro pulgadas con unas letras brillantes que parecen querer salirse del cristal. Las letras aparecen y desaparecen para que vaya saliendo todo el mensaje:

Ascensión asignada al cazador Soul.

Nombre del espectro: Och.

Localización del cadáver: Plaza Pirámide.

Tiempo restante: 23 horas y 30 minutos.

Unidad para levantar el cadáver: a la espera.

Eso significaba que el espíritu llevaba treinta minutos en circulación. No estaba mal, tenía tiempo de llegar a Plaza Pirámide. Estaba a cinco

minutos de dónde yo me encontraba. Miré a Rip que estaba tumbado, hecho un ovillo. Chasqué los dedos para que él me devolviera la mirada. Mi fiel compañero inclinó la cabeza y dejó las orejas rígidas mostrándome todo su interés. Le hice una serie de gestos que significaban que tenía que seguirme. Rip se levantó de golpe y juntos empezamos a correr. Era divertido, llevaba mucho tiempo entrenándome con aquel perro al que quería como al hermano que jamás tuve y que ya no tendría nunca. Antes él corría más que yo, pero con el tiempo mis piernas se fortalecieron y ahora los dos corríamos a la par. Y si no, siempre podía desanclar mi monopatín. Oh, cierto, no os lo he contado: otra de las cosas geniales de ser cazador es que tenemos un montón de juguetes. ¿Recordáis el brazalete vibrador? Pues en la parte de abajo tiene unos sensores dactilares que, cuando los presionas, puedes «invocar» los juguetes que quieras —siempre que estén en el catálogo de los Cazadores de Espectros, claro está—. Es divertido. Mi preferido es un monopatín volador. Tiene propulsores y unas pequeñas alas que hacen que mantengas el equilibrio en el aire. No penséis que voy por los cielos con él, ¿eh? eso sería absurdo. No, vuela a unos diez centímetros del suelo, pero es realmente rápido, y muy divertido.

Estábamos llegando a la calle del Potro que daba directamente con la Plaza Pirámide. Empecé a correr más despacio y luego empecé a andar. Chasqué los dedos para que Rip frenara también. Le hice un gesto muy simple con la mano que quería decir «despacito». Llegamos al final de la calle y pegué mi espalda contra la pared. Me asomé ligeramente para ver si estaba el espectro. Cuando os digan que los espíritus no existen, recordad a qué me dedico yo. Y cuando os digan que si existen son invisibles, seguid recordando a qué me dedico yo. Ya es difícil cazar un espíritu, ¿os imagináis que fueran invisibles? Ya sería de chiste.

En la plaza no había ni un alma (nunca mejor dicho), a parte, claro está, del cadáver que se encontraba en el centro mismo de Pirámide. El nombre de la plaza es tan absurdo como el resto de nombres de nuestra especie. No es que haya

ninguna pirámide, es que el suelo y las fachadas de las casas son de adoquines, y a alguien le recordó a las pirámides del Antiguo Egipto. No me miréis a mí, ya se llamaba así cuando yo nací.

Miré a Rip y le hice una serie de gestos que significaban que debía quedarse ahí hasta que le llamase. Rip se sentó de golpe, como si quisiera decirme «acepto la orden porque eres tú, pero no me hace ni puñetera gracia». Corrí a la plaza encogíendome —no sé para qué—, me acerqué al cadáver que, evidentemente, estaba frío y pálido. Levanté el brazalete por encima de él y pulsé los sensores dactilares. Un rayo de luz blanca salió disparado hacia el cuerpo, lo recorrió de arriba a abajo y luego se apagó. La pantalla se iluminó y salió el rostro del cadáver, solo que la foto era de cuando aún vivía. Era un hombre moreno de piel y con pelo solo a los lados de la cabeza. Tenía la nariz de patata y los labios carnosos. En vida tenía un aspecto gracioso, muerto daba grima. Junto al rostro del hombre salieron letras. *«Och, cuarenta y cinco años, posadero, muerte natural (infarto). Nivel de confusión del espectro: 40%. Posibilidad de violencia: 10%. Dificultad de captura: moderada.»* Odiaba cuando el brazalete daba porcentajes. El «nivel de confusión del espectro» se refería a la sensación del espíritu al darse cuenta de que estaba muerto. Es duro despegarse del cuerpo, y dependiendo del espíritu tarda más o menos en asimilarlo. Un cuarenta por ciento de confusión es un nivel demasiado alto como para que solo haya un diez por ciento de posibilidades de que el espíritu fuera peligroso. No soy bueno en matemáticas, pero a más confusión más mala leche, ¿no?

Ahora faltaba averiguar donde estaba el maldito espectro. No quería tardar demasiado en ascenderlo, era mi primera prueba y de esto dependía que me nombraran Cazador Oficial. Mi futuro dependía de esta primera captura. Chasqué los dedos y Rip asomó la cabeza. Le hice un gesto con la mano para que se acercase. Cuando llegó corriendo a mi lado olió el cadáver instintivamente. No hay que olvidar jamás que Rip es un perro y que los cadáveres apestan. Chasqué de nuevo los dedos y me toqué la nariz. No hacía falta un gesto más elaborado, ese era claro. Rip

empezó a husmear el aire. Normalmente tardaba un poco en rastrear el espectro. Hacía falta paciencia. Pero en ese caso, Rip se puso rígido enseguida, con una pata encogida y la cola recta apuntando con el hocico a un sitio en concreto. Seguí la mirada de mi amigo y vi que apuntaba directamente a la taberna del viejo Tuf, que se llamaba así por el tufo que desprendía (o eso decía mi abuelo). «Ahí no...” pensé. Siempre he odiado la taberna. Me encogí de hombros y me dirigí al edificio. Rip vendría conmigo, necesitaba que me indicara. Es cierto que los espectros no son invisibles, pero se saben ocultar. Se esconden dentro de las paredes e incluso dentro de las tuberías. Dan muy mal rollo si no estás acostumbrado.

Abrimos las puertas al estilo del Lejano Oeste. Una horterada como cualquier otra. Entré en el local que apestaba a alcohol, sudor, orina, y algún olor más que no quería saber cuál era. Rip siguió husmeando y yo sentí pena por él. Con su olfato fino debía estar pasándolas canutas. Mi compañero se acercó a unas escaleras y las empezó a subir. ¿Por qué habían escaleras en una taberna? Subí con él y me sorprendió ver que en el piso de arriba habían un montón de habitaciones abiertas con camas. Con las sábanas revueltas o en el suelo. Ahora sí que no entendía nada, ¿era ese un hostel? Olía mal, olía a cosas que no conocía. Me quedé embobado mirando una de las habitaciones. Las paredes estaban pintadas de un color rojo intenso y en el techo habían espejos clavados. Qué cosa más rara.

El gruñido de Rip me hizo volver a la misión. Le estaba gruñendo a una pared. Cualquiera pensaría que el perro se había vuelto loco, pero yo no era cualquiera. Como os he dicho, los espíritus se esconden dentro de las paredes. Me habría gustado gritarle: “Oye, Och, sé que estás ahí, sal con las manos en alto” ni podía, ni era necesario. Pero lo había oído en las películas antiguas. Lo hacían unas personas llamadas Policías. Algo así como Cazadores de Vivos.

No hizo falta. El gruñido de Rip hizo que el espíritu saliera de su escondite. Era hermoso de una forma aterradoramente ver aquello. El espíritu que debía de medir unos dos metros, brotó de la pared. Hay que decir que los espíritus van creciendo a

medida que pasa el tiempo sin ser ascendidos. Miré la pantalla de mi brazalet *«tiempo restante: 23 horas y 20 minutos»* estaba creciendo rápido. El espíritu era un reflejo del cadáver, solo que transparente, blanco y sin piernas. No las necesitaba, flotaba. Och miró a Rip sin ninguna expresión. Rip seguía gruñéndole y como supuse que aquello cabrearía al espíritu, chasqué los dedos haciendo que Rip me mirara, pero atrayendo sin querer la atención de Och. Hice un gesto señalando el suelo junto a mis pies y Rip se acercó y se puso detrás de mis piernas. Och nos miraba con atención.

De dentro de mi camisa, saqué un colgante que tenía al cuello. Una esfera transparente del tamaño de una mandarina. ¿Que qué era? No hay que adelantarse a los acontecimientos. Aunque diré que es mi arma secreta. En realidad es el arma de todos los Cazadores de Espectros. En cuanto Och vio aquello algo cambió. Como si su intuición le dijera que lo que acababa de sacar de dentro de mi camisa fuera algo realmente malo. Su boca se descoyuntó y se abrió de una forma que me pareció espantosa. La barbilla le llegaba al pecho y emitió un grito aspirado que me heló la sangre. Luego, sin darme tiempo a reaccionar, se lanzó hacia mí y me traspasó. Yo salí disparado por la ventana que tenía detrás y caí de bruces contra el suelo adoquinado de la plaza Pirámide. Tenía frío y me costaba respirar. Es lo que pasa cuando la muerte te traspasa. Por suerte, mi raza es fuerte y me pude recuperar. Me levanté del suelo y mi espalda crujió. Rip se asomó a la ventana y empezó a ladrar, asustado por ver a su dueño tan lejos. Me llevé el dedo índice a los labios y Rip, como buen compañero, se calló. El espíritu de Och volaba en círculo sobre mi cabeza y su propio cadáver. Como un buitres. Envolví la esfera de cristal con las dos manos y cerré los ojos para concentrarme. Entonces un brillo empezó a salir de entre mis dedos. Cuando separé las manos, éstas estaban cubiertas por una fina luz que se movía como si fuera humo. La esfera había dejado de ser transparente para estar encendida con un brillante color azul. Och bajó en picado hacia mí, pero yo no me asusté, cerré el puño, anclé los pies al suelo y di un potente puñetazo que impactó en el rostro del espectro. No

os engañéis, los espíritus son intangibles —me encanta esa palabra—, pero la esfera que tengo colgando del cuello nos da poderes a los Cazadores de Espectros y hace que, simplemente, dejen de ser intangibles para ser tan apalizables como cualquier otro enemigo. ¿A que mola?

Och no cayó al suelo, los espíritus no pueden caer, como mucho se quedan flotando. Volvió a volar, elevándose, y luego se volvió a dejar caer hacia mí. Era un espectro cabezota. Eso significaba que sería mucho más divertido. O lo habría sido si no fuera porque mientras caía, su tamaño se duplicó, era inmenso. Miré la pantalla *«tiempo restante: 23 horas y 10 minutos»* ¿en solo diez minutos había crecido tanto? Tenía que dejarme de juegos o aquel mastodonte sería imparable. Y si nadie podía pararlo pasarían las veinticuatro horas y Dios sabe cómo de grande sería cuando se convirtiese en un monstruo. Así que se había acabado la diversión. Volví a envolver la esfera con las manos y me concentré, el brillo de mis manos desapareció, y la esfera de cristal se iluminó con más fuerza. Empezó a flotar, aún atada a mi cuello pero separada de mi pecho. El brillo era potente. Och se abalanzaba sobre mí sin ser consciente de que se estaba poniendo a tiro. La rabia le había nublado el poco juicio que tenía.

Aquí venía, mi primera captura. Que nervios.

Una potente explosión de luz hizo que las casas crujieran ligeramente y que el polvo acumulado inevitablemente en la plaza se levantara en una fina cortina. Desde mi posición, detrás del brillo, pude ver como Och se veía arrastrado hacia mí. Literalmente estaba siendo aspirado por la esfera de cristal. Segundos después el brillo se extinguió con un sonido extraño, como si alguien hubiera taponado el aspirador y éste se hubiera detenido. Och no estaba, el polvo se esparció y el sol brillaba en el cielo. La esfera humeaba y quemaba. Se había apagado. Volvía a ser transparente pero dentro del cristal podía verse una fina bruma que se movía en círculos, era Och, esperando a ser descargado en el Limbo; un contenedor que se encontraba en la base de los Cazadores y desde donde se llevaban a las almas al Otro Lado. La misión había sido concluida. Miré la pantalla del brazalet.

Ascensión asignada al cazador Soul.

Nombre del espectro: **Och.**

Localización del cadáver: **Plaza Pirámide.**

Tiempo transcurrido hasta la captura: **45 minutos.**

Unidad para levantar el cadáver: **enviada.**

Valoración: **pendiente de revisión.**

¿Pendiente de revisión? ¡Vaya chiste! Me había currado la captura. ¡Solo tardé cuarenta y cinco minutos! Y mis superiores me hicieron esperar para saber si era o no era un Cazador de Espectros oficial. Llamé a Rip con un potente silbido. No solía hacerlo así que Rip simplemente no vino. Chasqué los dedos y Rip se acercó a mí corriendo. Me puse de cuclillas y le acaricié detrás de la oreja. Quise decirle «buen chico» pero me

tuve que conformar con besarle la frente y dejar que él me lamiera la cara. Ahora tocaba esperar. Esperar hasta que ellos quisieran decirme cuál era mi futuro, nuestro futuro. Nos sentamos juntos hasta que la unidad que levantaría el cadáver del pobre Och llegara, y, de paso, hasta que volviera a vibrar mi brazalete.

¿FIN?

Si te ha gustado el relato puedes seguir a M. Floser en su [web](#), o a través de [facebook](#), o [twitter](#).

¿Quieres **publicar** **TUS RELATOS** en nuestra revista?

Los requisitos son muy **pocos y sencillos:**



1 Pertenecer a uno de estos tres géneros:
Fantasía, Ciencia Ficción o Terror.

2 Su extensión debe ser de **6 a 10** páginas de Word,
a tipo de letra Times o similar de 12 puntos.
[Si tu escrito tiene una extensión diferente, pregúntanos]

3 No exigimos exclusividad. Puedes publicarlo simultáneamente
aquí y dónde quieras. **Todos los derechos son tuyos.**

Fácil, ¿verdad?

¡No lo dudes! Si tienes alguna buena historia que contar, **envíanosla.**

Estaremos encantados de hablar contigo.

Lo único que pedimos es que los relatos no contengan
contenido sexual.

revista@editorialvalinor.com

Cambio de Sangre

Entrevista a A. Krysna Louw

Este mes tenemos el placer de contar con los primeros capítulos de la novela *Cambio de Sangre*, título que con el que arrancan las *Crónicas Zansvrikas* de A. Krysna Louw. Con objeto de conocer un poco a la autora un poco a la autora y a Damara, la protagonista de esta historia, hemos enviado a un editor para que se adentre en los pasillos del instituto al que asiste esta última. Con un poco de suerte daremos con ellas. Y con otro poco de suerte no nos pasará nada.

* * *

Durante la clase escucho hablar detrás de mí, en unas mesas cercanas, a unas muchachas de forma distraída. Me sorprende el aspecto de una: no parece una chica corriente, debe ser ella. Decido no girarme para evitar llamar la atención del profesor que está de espaldas escribiendo en la pizarra. Así que espero, intentando sin éxito concentrarme en la clase. Soy un redactor, tengo debilidad por las historias, y la muchacha parece tener una increíble que contar.

Cuando termina la clase salgo en silencio y espero en el pasillo a que pasen delante de mí. Es la oportunidad para hablar con ellas. Ante mi asombro, la chica extraña desprecia mi interés con sarcasmo y sigue su camino. Sin embargo consigo acercarme a una de las que hablaban con ella...

Hola ¿Krysna? Soy de la Revista Valinor, te conozco de clase. Veo que eres amiga de Damara, gracias por pararte a hablar conmigo.

¡Hola! Es todo un privilegio para mí el espacio concedido.

Algo me han contado de esa muchacha, y lo que ha llegado a mis oídos es tan inquietante como interesante. He tenido la ocasión de cruzarme con ella y acabo de comprobar que es de cierto trato especial pero... ¿tan diferente es al resto de sus amigas? ¿Qué tiene como persona que haga tan peculiar su carácter?

De acuerdo, en cuanto a ello puedo asegurarte que ciertamente y a diferencia de la mayoría de los personajes principales de otras obras, Damara es soberbia, orgullosa, presumida; lo que además de sus intereses le hace ser más proclive a ser villana que heroína. Ha vivido su vida a sabiendas de que cambiará su naturaleza humana por otra sobrenatural, poderosa, casi invencible, y esto moldea aún más sus puntos de vista hacia el resto de las personas.

Esta es la sinopsis que se nos ofrece de la obra: «Damara Voohkert se precipita hacia su destino al convertirse en blanco de la venganza planificada por enemigos de su hermano. Dejando su humanidad atrás, deberá sumergirse en un mundo macabro en el que pareciera tener la suerte de su lado pero la incómoda adaptación a esta misteriosa naturaleza y su obstinado carácter podrían entorpecer el génesis de su nueva vida.

En un planeta dominado por seres humanos, aprender y consumir las costumbres vampíricas se vuelve imperiosa necesidad para preservar su existencia»

Lo primero que nos llama la atención es que «deja atrás» su humanidad y que también haces referencia a una «misteriosa naturaleza» ¿Puedes contarnos por encima de qué se trata o sería destripar demasiado el argumento? No queremos desvelar secretos, puedes guardárselos si lo prefieres.

La obra narra a detalle la biografía de sus personajes, en el caso particular de nuestra chica se inicia en el momento en que pasa de un ser humano a otra criatura por completo diferente: un vampiro, capaz de gozar de toda una serie de capacidades y habilidades con la que la gente común solo podrían soñar. Sin embargo, esto tiene un precio, el cual podría quizás venir a ser la clase de mundo en el que ahora debe moverse y donde la perversión desatada le llevará a matar no solo para satisfacer necesidades fisiológicas sino también deseos derivados de un nuevo y sádico instinto.

Clases, amigas, pretendientes, familia... tenemos ante nosotros a un personaje juvenil aunque su naturaleza sea especial. ¿Estamos ante una novela juvenil de ambiente estudiantil con relaciones de amistad y amor, o el argumento vuelve todo más crudo poco a poco?

Se trata de una novela de horror dirigida a público adulto por su alto contenido de violencia explícita, su narración cruda y la personalidad sanguinaria de sus personajes. Si el lector se adentra en la obra pretendiendo encontrar una historia juvenil romántica no solo se va a decepcionar sino que se escandalizará. Pero, si por el contrario es amante de fábulas que bien sepan mancharse de sangre y no teme descubrir cuán siniestra o retorcida pueda ser la mente de las criaturas que arrebatan vidas a placer entonces habrá elegido el libro correcto.

Oh, perfecto, nos encanta la perspectiva. Por lo que podemos intuir eres amante de los géneros de terror y fantasía ¿Qué obras y autores piensas que te han influenciado más?

Para el género del terror en líneas generales las historias de Stephen King, varias de ellas están entre mis favoritas. Ahora bien, en cuanto al horror fantástico específico que representan los vampiros, por supuesto está mi escritor favorito y gracias a quién, tras leer sus novelas, se encendió en mí la inspiración que diseñó el mundo que hoy día trazo en mi obra: Darren Shan, un autor irlandés que sin dudas ha sido y será siempre mi influencia número uno.

¿Encontramos en las *Crónicas Zansvrikas* seres inesperados y diferentes, o debemos prepararnos para enfrentarnos a monstruos o criaturas que ya conocemos en la literatura? O, dicho de otra manera: ¿Hay novedades en los planteamientos fantásticos que nos trae *Cambio de Sangre* o nos depara una historia de terror clásico?

En sí mismos los vampiros que se exhiben en *Crónicas Zansvrikas* no son como aquellos en otras novelas, claro, cada autor describe a éstos seres tal como los ve y tal como los muestro es como yo veo a los vampiros. Es por ello que en la historia he descrito una justificación de su existencia basada en argumentos especialmente diseñados para el mundo que se desarrolla, diría que varias de sus características son inusuales tanto en su organismo como en estilo de vida y costumbres.

Desde luego parece muy interesante, seguro que nos quedamos con ganas de leer más. ¿Has escrito otras obras? ¿tienes algún futuro proyecto?

Fuera de *Crónicas Zansvrikas* tengo varias historias que más adelante serán desarrolladas, sin embargo y por lo pronto mi pluma está dedicada al cien por ciento a esta obra, actualmente estoy por culminar el segundo libro de la saga y que será publicado muy, muy pronto!!

¿Que opinión te merecen los actuales libros de terror en los que se suaviza la esencia malvada de las criaturas monstruosas e incluso se

las justifica o, directamente se las vuelve «buenas»? No solo hablamos del fenómeno crepuscular sino en versiones modernas de Drácula en las que directamente pasa a ser el bueno de la película. ¿Qué opinas de esta «revisión» de los monstruos malvados de toda la vida?

A mi juicio todo aquel arte escrito en el que un autor describe un universo a su manera es admirable. Sin embargo y muy a lo personal, difícilmente le daría a estos seres una naturaleza benigna o bondadosa porque a mi parecer toda criatura que posea una ventaja sobre otra siempre utilizará la misma para oprimir al resto, además de que las esencias malvadas se hacen siempre más sexys.... Puede que algún personaje por sí mismo sea de carácter apacible, pero si pertenece a una especie cuyos instintos son perversos, sería imposible que ni aún en determinados momentos se muestre como realmente es.

¿Crees que el terror dejará de gustarnos algún día? o, por el contrario, ¿siempre tendremos algo a lo que temer?

El ser humano adora asustarse, pienso que eventualmente se cansa de estar a la cabeza de la cadena alimenticia y por eso siempre está a la constante creación de nuevas criaturas que les sean superiores. Adicional a ello y por paradójico que resulte, por naturaleza le teme a la destrucción. Pienso que se place quizás al encontrar en los monstruos la unión de ambas cosas y es un vicio que permanecerá en todas las generaciones.

He dejado para el final la pregunta más importante, no puedo sacármelo de la cabeza... ¿Existe el cobracorpión? Yo no lo creo.

¡Hahaha! A Damara le encantaría saber cuánto estás dispuesto a apostar....

Ya veremos, ya. Muchas gracias por pararte a charlar con nosotros un ratillo, Kryсна, esperamos que tu novela tenga éxito y que llegue a cuantos más lectores mejor. Nosotros desde estas páginas ofrecemos a nuestros amigos los

primeros capítulos y la oportunidad de conseguir la novela completa en un link al final de ellos. Por nuestra parte decirte que ha sido un honor poder entrevistarte ¿Algo que decir como despedida a nosotros o los lectores de Valinor?

Claro que sí, gracias al equipo por permitirme compartir un poco sobre el mundo de Crónicas Zansvrikas y a todos los lectores les invito a conocer más de él a través de la lectura, pueden seguirla igualmente en la página de facebook y enviar sus comentarios siempre que quieran, serán todos bienvenidos.

Os dejamos con la novela. ¡Saludos!



CRÓNICAS ZANSVRIKAS



Una novela de terror de A. Krysna Louw

Lee los primeros capítulos y si te gusta... ¡Cómprala!

Al redactar esto para ti he vivido todo de nuevo, las épocas generosas y las amargas, las victorias, las derrotas, las satisfacciones y los tormentos vuelven a reproducirse en mi mente dejándome plasmarlas al papel para compartirlas contigo. Sé sin lugar a dudas que al vivirlas tú también por medio de la lectura entenderás el por qué de la decisión que tomo en este día y que podría quizás cambiar la tuya.

Mi nombre es Damara Voohkert, y a través de estas epístolas descubrirás una historia extraordinaria en la que mil secretos te serán revelados. He decidido relatar los hechos desde el principio, cuando mi verdadera vida comenzó para que tengas así una visión más amplia, de mí, de ti, de todos nosotros; ¿mi propósito? someterme a tu juicio. Lee con atención pues te dejo aquí todo cuánto soy. Sin embargo, antes de empezar he de pedirte un noble favor: tú y yo necesitamos que a partir de este momento prescindas de la lógica. Yo lo necesito para que confíes en mí, tú lo necesitas para conocer, si lo deseas, las evidencias de lo verdadero.

Mucho de lo que leerás a continuación discrepará con tu razón; comenzando por lo más importante... es por ello que te pido mantengas tu mente y corazón abiertos, intentaré explicar esto del modo más sencillo para tu comprensión.

Yo nací siendo humana... pero nunca me sentí como tal. Lo curioso es que esto era algo normal si se tomaba en cuenta que mis únicos parientes vivos no lo eran. Crecí consentida por dos vampiros. Uno de ellos era mi hermano mayor, a quién veía con menos frecuencia de la que habría deseado, la otra era Athir, una esclava cuyo rostro fue el que vi desde mi cuna y a quién amaba como a mi madre. Yo no era descendiente de ninguna realeza, al contrario, mis orígenes eran muy corrientes pues mis padres (a quienes jamás conocí) eran homo sapiens. No obstante Diego, mi hermano, trabajaba para el Zethee, líder supremo de los "no —

humanos", fuente única de gloria, riquezas y ley entre los vampiros. En consideración por su servicio, el Zethee concedió que Athir fuera relevada provisoriamente de la sumisa servidumbre que le rendía para que se hiciese cargo de mí entre tanto yo lo necesitase. De esta manera supe desde niña que en su momento mi naturaleza cambiaría y yo dejaría de ser. Mi organismo, ciclo de vida, nutrición, conducta e inclusive mis instintos se renovarían. Sería una nueva criatura.

De pequeña no asistí a la escuela, recibía clases particulares en casa. Esto lo menciono porque no me detendré a detallar sobre mi niñez, basta con un breve resumen que me permita construir en tu mente el panorama de lo que era mi vida hasta el momento en que todo comenzó. Debes saber que solo cuando alcancé la madurez suficiente para entender que cosas podía compartir con otros y cuáles no, fue cuando empecé a convivir con las personas comunes...

Algo que hacía más por obligación que por cualquier otro motivo...

Verás, a medida que me hacía mayor, menos a gusto me sentía con todos. Donde quiera que fuera sentía aversión. Puede que fuese yo la culpable, ya que para entonces mi convicción de superioridad estaba muy bien desarrollada; aunque puede que, simplemente, los que me rodeaban eran antítesis de mí.

Te confieso con vergüenza que poco me gustaba estudiar. Ingresé a la universidad por obediencia a Diego, quién a fuerza de amonestaciones me había convencido de hacerlo, Ciencias Biológicas simulaba una buena opción para mí (me gustaba la naturaleza) y allí mis hipótesis acerca de las amistades dieron un inesperado giro, pues por primera vez había encontrado allí personas quienes contra todo pronóstico se adaptaban a mí. Muchas eran las palabras que podían describirme pero "amable" no figuraba en la lista. Siempre fui

orgullosa, fuerte, jamás disimulé mi antipatía hacia los demás. Pero en aquellos días en que tuve amigos disfruté realmente de esas nuevas compañías, lo que me volvió poco más cordial, sociable. Mi personalidad solía espantar a todos, con mis sátiras hacia la muerte y esa clase de cosas, pero ellos de algún modo me comprendían; Así, mientras ante el mundo actuaba como una chica común, en casa aprendía más y más sobre la vida que me aguardaba, las costumbres vampíricas que tú conocerás durante el desarrollo de mi relato. Es importante que sepas: jamás había tenido encuentro alguno con vampiros desconocidos, no hasta ahora, punto en el que he decidido comiences tu viaje a través de mis memorias.

Nada sucede por azar. El destino funciona de formas inconcebibles. Cada paso andado define irreversiblemente nuestro futuro, todos nacemos para cumplir un propósito... y a mí me llevó mucho tiempo descubrir el mío.

CAPÍTULO 1

“...no puede ser...” repetía en mi mente al tiempo que escuchaba hablar un sujeto frente a mí. Era un chico de mi clase quién había pasado las últimas semanas dándome más conversación de la deseada y allí estaba, a punto de soltar indetenible palabras que en definitiva yo no quería escuchar. Me molestaba que todos ellos, sin excepción, estuvieran en campaña de flirteo permanente. Había llegado a la notoria conclusión de que los míos no eran compañeros sino pretendientes a quienes les atraía o les había atraído en su oportunidad.

—Así que me preguntaba, ¿Qué harás hoy? —soltó al fin tras cinco minutos de rodeo y esbozando una sonrisa ridícula.

—Cualquier cosa menos salir contigo si es lo que planeas ¿Para esto me detienes a mitad de pasillo? Tengo cosas que hacer —torcí el gesto y eché a andar. Por desgracia, me siguió para insistir.

—Tengo boletos para el cine. Podemos comprar pizza después, ¡Hey! —se adelantó, impidiéndome seguir.

—Harás que te golpee y no habrá sido culpa mía — le advertí.

—Pero si ni me has dejado terminar.

—¿Y es que hay más?!

—Puedes elegir l...

—Sshh — le interrumpí poniendo dos de mis dedos sobre sus labios — Haznos un favor — de mi mano libre me acerqué el índice y el pulgar, trazando una línea imaginaria sobre mi boca. Le guiñé el ojo con una sonrisa abiertamente sarcástica y le dejé atrás.

Inverosímil.

Seguí por el corredor hasta el final, donde estaba la biblioteca. Mis amigas me esperaban allí.

—Aarón acaba de invitarme a salir — me quejé sentándome entre ellas.

—¿De verdad?! —Charlotte fingió sorpresa — Si tuviéramos una moneda por cada que eso pasa seríamos ricas — Su personalidad la hacía ser una chica muy dulce lo cual concordaba con su voz, finita y suave. Tenía grandes ojos oscuros, muy bonitos, su estatura era todavía menor a la mía. Siempre adornaba su corto cabello con lazos y cintas de color pastel que acentuaban el tenue rubor con el que maquillaba sus mejillas. Lucía como una niña, a veces incluso actuaba como tal. Era raro que alguien como ella estuviese conmigo siendo yo tan extravagante, éramos dos polos opuestos pero nos ajustábamos muy bien.

—¿Y aceptaste? — quiso saber Hanny, quién parecía nunca saber en dónde estaba parada, toda cosa la entendía al revés y era incorregiblemente indisciplinada. Pasaba las horas de clase levantándose de su asiento para charlar con los demás, solía acucillarse detrás de mí para contarme alguna tontería a escondidas del profesor. Me era difícil imaginar cómo es que alguien tan desorientado pudiera haber llegado tan lejos, era probable que su familia hubiere dado algún tipo de donación especial a la academia para que la dejaran ingresar.

—No seas ridícula — le dije.

—Pero él es lindo — señaló.

—Si te gusta tanto entonces sal tú con él

Savannah rió a carcajadas. Cuando todas la miramos, ella se explicó.

— Sé que el secreto está en tu ropa — simuló seriedad — Es la única explicación que se me ocurre, si todos supieran como eres en verdad, no actuarían así.

— ¿Oh, en serio? ¿Y cómo es que soy?

— Egocéntrica, individualista, engreída, egoísta.

— Autosuficiente — aclaré sonriéndole y ella torció el gesto.

Savannah era alta, siempre había obtenido las más altas calificaciones pero nunca tuvo aspecto de nerd. Era un poco descuidada consigo misma pero era muy bella. Su forma de ser era más bien ácida, muy sarcástica, era divertido conversar con ella; y en cuanto a su señalamiento tenía razón, si había alguien en verdad excéntrica para vestir, esa era yo. Aquel día por ejemplo llevaba una blusa blanca que dejaba mis hombros al descubierto, su tela era muy suave por lo que caía grácil al ras de mi silueta, envolviendo mis brazos. Lo raro en ella sin embargo, era que al igual que el resto de mis trajes la había adecuado a mi personalidad, por lo que tenía cientos o miles de pequeñas arañas pintadas a lo largo de su flanco, las cuales parecían estar invadiéndome por completo. La había combinado con una falda gris de cuadros escoceses que yo misma cocí.

— Ni en sus mejores sueños podrían llegar a ser tan perfectas — afirmé — ninguna de ustedes.

— ¿Qué clase viene ahora?

— Entomología, Hanny, es la tercera vez que preguntas lo mismo — espetó Savannah con obstinación.

— Eso me recuerda.... — hablé juiciosa — ¿Saben de una nueva especie que recién descubrieron los científicos?

— ¿Una nueva especie?, ¿De qué? — preguntó mi brillante amiga con el ceño fruncido.

— No sé. La última vez que leí aún no se decidían del todo a qué género debía pertenecer — continué muy seria — siguen estudiándola. Le llaman “cobracorpión”.

— ¿Cobracorpión? — repitieron las tres casi al mismo tiempo.

— Sí, porque tiene cabeza y cuerpo de cobra

— ¿Cobra, la serpiente? — repitió Hanny.

— Sí, pero tiene patas. Patas como de escorpión

— Eso no existe — aseguró Savannah con gesto suspicaz.

— Claro que sí. Habita en los bosques, mi hermano la vio.

— No me gusta... — murmuró Charlotte con la expresión medio aturdida.

Hanny dudó — Primero dices que es una nueva especie y de repente tu hermano la ha visto.

— Viaja todo el tiempo, ustedes lo saben, y él no mentiría.

— ¿Tienes una fotografía?

— No...

— Porque no existe.

— Existe. Y les mostraré algo mejor que una fotografía — me encogí de hombros — Le pediré que capture una para mí como regalo de navidad — golpeé la mesa con un puño y les señalé — ¿Qué les parece si apostamos? Juguemos con una buena cantidad. Si están tan seguras de su inexistencia no tienen porque perder.

Se miraron entre sí con la confusión en sus rostros, puede que en el fondo supieran que se trataba de un timo, pero era claro que preferían no arriesgarse.

— Tienen hasta el final de la tarde. Si para entonces no se han decidido, yo misma me encargaré de elegir un castigo para ustedes cuando tenga al cobracorpión conmigo por haber desconfiado de mí.

Charlotte tomó aire para refutar diciendo alguna cosa pero se detuvo, era muy cobarde para todo, puede que estuviera asustada por la supuesta historia del animal. Me levanté de mi asiento sin mostrar un solo signo de broma.

— Es hora ya, llegaremos tarde a clase — y dando la espalda a sus titubeantes rostros, caminé justo a tiempo casi sin poder contener la risa... cobracorpiones... ¡Pfffff

CAPÍTULO 2

—¿Qué es una Antena? —preguntó el Profesor Remy a la clase una vez que se acomodó sobre su escritorio tras dibujar toscamente en la pizarra una base cuadrada que tenía sobre ella un recuadro más pequeño y del que sobresalía una especie de cono puntiagudo. Él era un hombre muy, muy alto y delgado hasta lo sumo. Su rechoncha nariz no concordaba en absoluto con su rostro flacucho pero vaya que le servía para sostener sus enormes anteojos. Pelirrojo y casi calvo, su peinado acentuaba el grosor de sus orejas.

—...órganos... —murmuró una chica con timidez.

—Son apéndices —aclaró moviendo la cabeza en afirmación repetidas veces y caminó de nuevo hacia el pizarrón, colocando junto a cada pieza dibujada una pequeña flecha .

—Las antenas pueden dividirse en 3 segmentos —escribía mientras hablaba— El escapo, el pedicelo y el flagelo. El flagelo es comúnmente el segmento más largo y suele presentar múltiples formas —volvió a mirarnos— ¿Cuáles son los tipos de Antena? —preguntó.

Yo había leído un poco previo a la clase, por lo que bien sabía, así que con seguridad respondí:

—Filiformes.

—¿Si? —Se animó el profesor ubicando con su mirada el origen de la voz hasta encontrarse con la mía.

—Monoliformes, capitadas, pectinadas, plumosas... —entorné los ojos intentando recordar más.

—Lameladas —añadió para auxiliarme, y sonriente se dispuso a dibujar cada una para mostrarlas a todos.

Satisfecha, sonreí yo también y volví a mi cuaderno, en el que no estaba precisamente tomando notas de la cátedra: el tema se me hacía fácil y quería terminar el dibujo que me ocupaba desde que me senté. No obstante, una risita chillona quebró el agradable momento. Al ver en su dirección, la chica que se divertía tenía sus

ojos fijos sobre mí. Me mostré indiferente pero sin dejar de mirarle, era Daisy, una estudiante que tenía la fija manía de hacer burlas a mi costa.

El profesor siseó para acallarla y ella cedió, pero aún sin dejar de demostrarme que el objeto de su chiste era, por supuesto, yo. Daisy formaba parte de un grupito de 7 idiotas. 3 de ellos eran varones, y todos, escandalosos como solo ellos podían serlo. Aquella mujer era como una especie de líder psicótica entre ellos y todo chiste que se le ocurriera los demás la seguían en gracia. De entre todos los ya desagradables individuos que me rodeaban, ella y su prole eran los peores. Me llevé el lápiz a la boca mientras meditaba estudiándoles. Era ilegal e inmoral pensar en homicidio llevando aún condición humana, lo cual era una verdadera pena porque se me ocurrirían fácilmente mil y un maneras de hacerles desaparecer. Suspiré, atendiendo de nuevo mi caricatura. La conversión de mi naturaleza aún no estaba en puertas, entre los muchos cambios que supone dicho proceso, su principio central y definidor se basa en la alteración celular de la sangre, proceso que el cuerpo de un niño sería incapaz de tolerar. Aunado a esto, Diego afirmaba que la mejor edad iba entre los 24 y 30 años, por razones muy largas de enumerar. Así, a menudo me planteaba archivar ciertos nombres y direcciones, puede que para entonces ya no sintiera resentimiento pero sí aún recordaba con ojeriza a quienes me caían de la patada, no estaría mal buscarlos; después de todo estaría haciendo una obra de caridad, librando a la humanidad de tanta gente inútil.

Me mordí el labio al descubrir que mi obra de arte estaba lista. Adelante, el Sr Remy había continuado con su explicación, deteniéndose en las características que hacían a cada antena diferente a las demás y había hecho lo mismo también con los tipos de alas, describiendo cada una a detalle, acotando que en las horas de práctica observaríamos y estudiaremos todas ellas. Para cuando dio la clase por terminada y todos empezaron a salir, yo pasé a mis amigas mi libreta abierta en la página sobre la que había trabajado. En ella se alzaba un bestial cobra-corió, con numerosas, robustas y repugnantes patas que acababan en pinzas puntiagudas. Su cabeza apadrinada por una enorme capilla

se secundaba con un par de colmillos bastante amenazadores que se mostraban fieros al tiempo que encumbraba el puntiagudo aguijón de su cola en lo alto.

—Qué asco... —dijo Savannah, quién apenas si separaba sus labios al hablar. Tampoco movía mucho los músculos de su rostro, fue uno de los rasgos que desde siempre vi en ella interesantes.

—¡Es horrible! —opinó Charlotte dejando de mirar, al parecer mi dibujo le había dado comezón, se pasaba las uñas por sus brazos con tanta fuerza que creí que se desgarraría.

—Es hermoso —rebatí.

Y Hanny, solo se quedó contemplándolo con la mente en blanco, como al observar todo cuánto le rodeaba.

—Eso no existe.

—¿Apostarás? —reté con gesto pícaro.

—No sé.

—Oigan, hoy es viernes. Deberíamos ver una película, Savannah invítanos a tu casa —pedí.

—Bueno, papá viajó y no viene sino hasta el lunes. A mí mamá no le molesta que invite gente —hizo un mohín de indiferencia— Se pueden quedar a dormir pero no tengo películas nuevas así que...

—¡Yo sí! —Anuncié— Tengo una excelente. Les va a encantar, su argumento es muy original.

—No me gusta que Damara escoja la película —se quejó Charlotte— Por su culpa la última vez no dormí en un mes.

—¡Esta será mejor! se los prometo —crucé mis dedos en forma de cruz y la besé.

Savannah volvió a encogerse de hombros.

—¿Vienen entonces o qué?

—Yo tengo que avisar en mi casa que voy a salir y buscar ropa ¡Acompáñame Hanny!

—Si... —Respondió la desorientada interpelada— Después vamos a la mía, si vas conmigo me darán permiso.

—De acuerdo. Yo obviamente debo ir a buscar la cinta, ¿Hoy trabajarás?

—Sí. Pero mamá está en la casa, ella puede reci-

birlas mientras yo llego.

—Nah... prefiero pasar por tu tienda y que de ahí nos vayamos juntas. Cuando salgas me verás sentada en la acera.

Ella asintió y yo le dediqué un gesto de malicia. Me gustaba asustarlas. Con frecuencia cuando veíamos alguna película sobre muertos vivientes yo fingía estarme transformando en uno, claro que ellas sabían que jugaba por supuesto, pero creo que mis muecas al retorcerme y mis sonidos guturales al perseguirlas les perturbaba, era divertido. Entonces al empezar a hacerles alguna broma vi como Aarón caminaba directo hacia nosotras y antes de que tuviera que volver a escuchar alguna otra sandez me despedí de ellas a toda prisa para huir.

FIN

¡Si te ha gustado el comienzo puedes comprar la novela entera en el siguiente link!

[Cronicas Zansvrikas: "Cambio de Sangre"](#)



Campeones de Lorne

LA TABLILLA DEL FÉNIX

Un relato de fantasía no-épica de Hendelie

Hace mucho, mucho tiempo (o quizá no hace tanto), en un universo muy distinto al nuestro (o tal vez no tan distinto), existió el mundo de Lorne... un mundo de verdes valles y altas montañas, de desiertos dorados y reinos sumergidos bajo los océanos, de unicornios y dragones, de vampiros y no-muertos, de reyes y emperadores, de poderosos magos y terribles hechiceros, de hermosas mujeres y abundantes clichés.

Allí vivieron y triunfaron grandes héroes, hombres y mujeres que forjaron el destino de los pueblos con sus actos. Pero también vivieron otros, no tan grandes y quizá tampoco muy heroicos. Y que tampoco triunfaban demasiado, en realidad. Pero bueno, nadie es perfecto, ¿no?

I

La guardia de Andinium no era conocida por sus buenos modales.

Valerie lo comprobó cuando echaron abajo la puerta de su habitación, la agarraron por los brazos y la arrastraron fuera de la cama sin dar ni siquiera los buenos días. La muchacha se había pasado la noche bebiendo y gastando su soldada en la taberna de Digby, por lo que no estaba en su mejor momento. Cuando atinó a abrir los ojos ya estaba siendo acarreada escaleiras abajo como si fuera un saco de trigo. Todo daba vueltas, veía borroso y le dolía la cabeza a causa de una resaca descomunal. A pesar de todo, logró reconocer la insignia y los uniformes de sus captores. ¡La guardia! ¿Por qué se la llevaban? ¿Qué había hecho ella ahora?

—¡Este no es modo de tratar a una dama! —protestó a voces, con la voz ronca y aguardentosa, aún medio dormida.

Valerie no era ninguna dama, pero los guardias no se molestaron en puntualizar algo tan obvio. Se limitaron a transportarla hasta el piso inferior, donde un grupo de parroquianos madrugadores tomaban el vino del mediodía, por aquello de reanimar el espíritu, que andaba

muy decaído para todos en esa época del año.

—Buenos días —saludó el tabernero. Era mucho más educado que los guardias.

La joven le miró con ojos suplicantes.

—¿No piensas hacer nada, Digby?

—¿Y qué quieres que haga? —replicó Digby, lacónico, y se encogió de hombros mientras seguía pasando el trapo sobre la barra—. No pretenderás que me enfrente a la autoridad.

—Al menos dame un vaso de clarete para el camino...

—Déjate de claretos y colabora —le ordenó uno de los soldados.

La levantó de las axilas, intentando sin mucho éxito que ella pusiera los pies sobre el suelo en lugar de dejarse arrastrar como una muñeca de trapo.

—Pero estoy herida —gimoteó ella—. Y agotada. Y en esos días del mes. ¿No tenéis compasión de una pobre huérfana?

Mentir lastimeramente no le sirvió de mucho. En pocos segundos se vio empujada al exterior,

donde cayó sobre un gélido charco de a saber qué. El impacto y el aire helado la despejaron por la fuerza.

—Levántate y andando.

Valerie obedeció de mala gana, frotándose los brazos. La puerta de la taberna se abrió y alguien tuvo la consideración de arrojarle sus botas y un trozo de pan aún caliente.

—¡Gracias, hombre! —exclamó, metiéndose el pan en la boca y calzándose con movimientos torpes.

—Date prisa.

—Que sí, que sí.

Las calles de Andinium no estaban muy transitadas, cosa que no era de extrañar. Hacía un frío que pelaba. Los pocos vecinos que se habían atrevido a salir de casa, vestían gruesas capas de piel y gorros calados hasta las cejas.

Valerie les envidió en silencio. Durante aquella noche había tenido lugar la primera helada del invierno, que había dejado escarcha en las ventanas y algunas placas de hielo quebradizo sobre los adoquines. Ahora, con el pálido sol del mediodía, los carámbanos de los tejados se derretían gota a gota y el hielo se deshacía, pero aun con el sol, hacía demasiado frío para pasearse por ahí en camisa y pantalones de dormir.

Una vez se hubo calzado, echó a andar, escoltada por dos los guardias malencarados.

—¿Dónde me lleváis? ¿Qué es lo que pasa?

—Los soldados permanecían callados como estatuas, apenas podía ver sus miradas aburridas debajo de los yelmos cónicos—. ¿Es que no sabéis quién soy? Soy Valerie Lark, luché en la batalla de los Campos de Daimer bajo el estandarte del mismísimo Príncipe.

—En realidad estabas bajo el de Ser Emeric Grayson, el Caballero Azul —respondió al fin uno de ellos.

—Bueno, detalles —carraspeó Valerie, vacilante—. Aun así, exijo una explicación.

—Y la tendrás, en cuanto lleguemos al cuartel.

El General Jaden quiere hablar contigo.

La muchacha abrió los ojos como platos. Repasó mentalmente sus últimos desastres, pero no encontró nada lo bastante grave como para justificar aquello. El general Jaden era el líder de los ejércitos de Brisland y uno de los hombres más poderosos del reino. Tragó saliva ruidosamente y se encomendó a todos los dioses que conocía, que era lo único que podía hacer. Los dioses no servían de mucho para el hambre ni para el frío, pero el miedo sí que lo aliviaban.

* * *

El cuartel militar de Andinium era el más grande de Brisland. Hay una norma no escrita por la cual en cualquier reino de cualquier mundo imaginable, las cosas son siempre más grandes en la capital. Tienen los caminos más anchos, las murallas más fuertes, los castillos más altos y los cuarteles más grandes. Y Brisland no era diferente. El patio de armas era tan grande como un estadio de fútbol, si el fútbol hubiera existido alguna vez en Lorne. Eso sí, un estadio de fútbol de un equipo importante, para entendernos. Los escudos nobiliarios del reino, los pendones reales y las banderas se disponían en los muros en un alarde de orgullo patrio mientras los soldados se dedicaban a sus labores mañaneras, a saber: instrucción militar, lavar la ropa y jugar a dados.

Desde la ventana, el general Jaden vio a Valerie atravesar el patio, escoltada por los hombres que había enviado a por ella. La muchacha agarró una manta aún tendida por el camino para enredársela en torno al cuerpo a modo de capa.

La recibió en su despacho, un cuartito con una mesa de roble y montañas de papeles y libros de cuentas. Parecía más bien el lugar de trabajo de un senescal, pero el papeleo también era responsabilidad suya. Eran tiempos complejos. Y cuanto más complejos son los tiempos y las sociedades, más diabólica es la burocracia.

Los soldados llevaron a la joven a su presencia

y la empujaron con muy poca delicadeza delante de la mesa. Ella les lanzó una mirada de indignación antes de que se marcharan. Luego le miró a él y le saludó con la mano como si fueran conocidos de toda la vida.

—Hola.

El general tomó aire y blindó sus reservas de paciencia. Solo con aquel gesto ya supo que le iba a hacer falta.

—Así que... tú eres la famosa Valerie Lark —comenzó.

—La misma.

La moza carraspeó y trató de adoptar una pose digna con escaso éxito.

—Me han contado muchas cosas sobre ti. Aunque sospecho que algunas no son ciertas.

—Las malas son todas mentira. Bueno, casi todas.

Jaden se levantó de la silla y le dirigió una de sus miradas de juicio final. Una vez, un niño se había hecho pis ante el peso de aquellos ojos, que hacían huir a los ancianos y provocaban pesadillas a la gente de escaso carácter. Valerie se limitó a mirar a los lados con cierta incomodidad.

El general se dio por satisfecho. La moza tenía agallas, aunque no estaba seguro de si era valiente o demasiado estúpida como para entender el peligro. Además, era más joven de lo que esperaba. Apenas debía pasar de los veinte años. Cuando le habían hablado de ella se había imaginado algo distinto: una mujer madura, fornida, alta y con una enorme nariz de patata. En cambio, esta era menuda, flaca como un espárrago y aunque su nariz era grande no tenía forma de patata, más bien de pico de loro. En lugar de pelo, parecía tener un rastrojo de color castaño oscuro, informe y enredado pegado a la cabeza. Para colmo, olía como si se hubiera bebido una bodega entera y no se hubiera lavado desde el año anterior.

Lo cierto es que a sus ojos, la tal Valerie tenía más pinta de pillastre escapada de la maz-

morra, de robapanes y de buscavidas, que de mercenaria letal. Sin embargo, no dejó que la decepción asomara a su rostro.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Pues la verdad, no. Me lo llevo preguntando desde que me sacaron a rastras de la cama.

El general se echó una mano a la espalda. Con la otra, alzó un pergamino lacrado y lo leyó por encima.

—Tienes un historial interesante. Varias detenciones en Daimer y Andinium por hurtos, estafas y destrucción del mobiliario urbano... incendio de tres casas...

—Fue un accidente —interrumpió ella, levantando el dedo índice—. Ese carro estaba cargado hasta arriba de brea. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—...cargos por piratería...

—¡Qué exagerados!

—Usurpación de identidad en varias ocasiones, algunas de ellas, muy graves...

—Venga ya, eso no puede ir en serio —protestó la joven.

—Te hiciste pasar por una autoridad religiosa.

—Quiero decir, era una broma. ¿Quién podría tragarse que soy la Suma Sacerdotisa de Liir?

El General continuó enumerando, sin prestarle más atención mientras ella seguía a lo suyo, acotando su discurso con justificaciones poco creíbles.

—Robo de bienes eclesiásticos...

—Era una ironía, como cuando dices: «Sí, claro, y yo soy el rey de Arbeon».

—Profanación de reliquias...

—La gente no comprende las metáforas, ¿es culpa mía eso?

—Uso indebido de vestimentas sagradas...

—¡Es que parecía un batín!

—Escarnio público de un magistrado...

Valerie resopló y dejó caer los hombros, dándose por vencida. Jaden la miraba de reojo por encima del papel.

—Bueno, también hay otras cosas —añadió—. Al parecer, has participado en varias ocasiones en la defensa de las fronteras y recuperaste la espada del príncipe Esmund durante la batalla de los Mares Rojos.

—Así es. Y el propio príncipe me envió una carta dándome las gracias.

—Pero luego la vendiste.

—Bueno, ¿es que me lo vas a criticar todo? —Ella se cruzó de brazos—. Tenía que comer. Era joven, necesitaba el dinero. La vida no es fácil, ¿sabes?

Jaden no esperaba un tratamiento correcto por su parte, pero que le tuteara le provocó una mezcla de indignación y risa.

En realidad, la historia de Valerie Lark parecía una broma de mal gusto: Según los informes, había pasado toda su vida adulta infringiendo todas las normas posibles, burlando la ley y aprovechándose del sistema. Si no hubiera sido voluntaria en el ejército en todos y cada uno de los conflictos bélicos de los últimos diez años, Jaden habría ordenado que la encerraran sin vacilar. No era más que un parásito. Una delincuente. Pero su cooperación en la defensa de las fronteras, su éxito como cazarrecompensas al servicio del reino y su participación en diversas compañías de mercenarios de buena fama la convertían en lo que se solía llamar una «aventurera».

Los aventureros, en opinión del general, no eran más que delincuentes bien dirigidos. Gente caótica, violenta, a la que con suerte uno podía colocar en la línea de batalla de forma adecuada para que hicieran algo útil por el país al que tantos quebraderos de cabeza causaban. Pero además, en algunas ocasiones, aquella gente, los «aventureros», eran la única manera de resolver los problemas sin comprometer al reino.

Y de eso trataba todo, al fin y al cabo.

—Tu historial se divide entre hazañas y de-

tenciones. Un día liberas esclavos y al siguiente robas en un monasterio. No te ha ido mal hasta ahora, habías conseguido mantener la balanza equilibrada.

Valerie entrecerró los ojos. Se colocó bien la manta y se acercó un poco a la mesa, dubitativa.

—¿Hasta ahora? ¿Por qué hasta ahora? No me irás a encerrar a estas alturas, General... llevo mucho tiempo portándome bien. La guerra terminó hace apenas dos semanas. No me fastidies...

Jaden dejó el papel sobre la mesa y se dirigió a ella con una seriedad solemne, de mentor a punto de confesar el secreto mejor guardado de la familia.

—No ha terminado. Solo es una tregua.

Valerie se limitó a levantar una ceja. No parecía excesivamente sorprendida. El General dudó que hubiera entendido sus palabras.

—¿Tienes idea de por qué ha terminado la guerra, muchacha?

—Porque hemos ganado, ¿no?

El general soltó una risa seca.

—La guerra ha terminado porque hemos encontrado el arma definitiva. Así que Egeia se ha retirado, al menos por ahora.

—Oh, bueno. Eso en mi pueblo es ganar.

—Puede decirse que sí. Sin embargo, la estabilidad de nuestro reino y tal vez de todo el mundo pende de un hilo. El Rey me ha ordenado que reclute al mayor héroe de Brisland para una misión de vital importancia, una misión destinada a garantizar nuestra seguridad y a convertir nuestra victoria en algo definitivo.

—Y por eso me has llamado a mí —terminó Valerie, dándose un orgulloso puñetazo en el pecho.

—No. En realidad, primero llamé a Americ el Destructor, a Lord Gawen Fensbury y a Camila el Vendaval. Pero Americ acaba de tener gemelos, Lord Gawen está con gota y Camila se ha metido a monja. El resto de nuestros héroes son

demasiado mayores o han muerto en la guerra, cosa que tú no has hecho.

—Ya ves. Morir no se me da bien.

—Y quizá esa sea nuestra mejor baza.

—Vale, así que soy lo único a lo que puedes recurrir...

El General se encogió de hombros.

—Simplemente, hemos llegado a tu nombre en la lista.

—¿En qué consiste el encargo?

—Tienes que escoltar un objeto y a una persona hasta el Gran Templo de Enuma. Se trata de un mago, un tipo bastante peligroso. El objeto en cuestión es una tablilla de pequeño tamaño elaborada en un material desconocido. Es, de hecho, nuestra «arma definitiva». Debe llegar intacta a Yvre y ser entregada al Sumo Sacerdote del Templo. Él sabrá qué hacer después.

Valerie se cruzó de brazos, mirándole con desconfianza. El General la imitó. Formaban una estampa bastante curiosa, los dos solos en aquel despacho, ella con una manta vieja y la ropa de dormir, él con el jubón negro con el escudo del reino en el pecho y los galones bordados en las mangas.

—Es todo muy misterioso, ¿no?

—No necesitas saber más —replicó el hombre de forma tajante.

—No, es cierto. Pero el encargo parece demasiado fácil. ¿Cuáles son las dificultades?

—Nadie debe saber que estáis llevando la tablilla a Yvre. Si alguien lo descubre, el enemigo podría lanzarse sobre vosotros. Anhelan ese arma, como es natural.

—Así que hay que ser discretos.

—Exacto.

Valerie soltó una carcajada.

—¿Y me has llamado a mí? Debes estar borracho.

El General se encogió de hombros otra vez.

—Se te da bien sobrevivir, tú misma lo has dicho.

—No, he dicho que se me da mal morir. Pero nunca se sabe. A lo mejor si alguien intenta matarme con todas sus fuerzas, lo consigue.

—Pues intenta con todas tus fuerzas que eso no pase. Además, no estarás sola. Puedes reclutar a quien consideres oportuno, aunque cuantos menos seáis, más fácil será pasar desapercibidos.

Ella volvió a guardar silencio y a mirarle de forma suspicaz. El general aguantó, imperturbable.

—¿Y si me niego a aceptar el encargo?

—Irás a la cárcel.

—¿Y si acepto?

—Si aceptas y consigues llevar a cabo la misión, serás rica el resto de tu vida. No tendrás que volver a preocuparte por el dinero, y no tendrás excusas para seguir haciendo el idiota como lo haces ahora... aunque claro, si es tu vocación, el Reino podría hacer la vista gorda. Siempre y cuando no te excedas.

La chica asintió con la cabeza y luego empezó a mordisquearse el labio inferior como una ardilla, mientras bajaba la mirada y arrugaba el entrecejo. Parecía estar sumida en profundas reflexiones.

Mientras ella pensaba, el General Jaden también lo hacía. Aquello iba a ser un desastre. Armas mágicas, hechiceros... todas esas cosas no le gustaban ni un pelo. Donde estuviera el noble combate a espada, con sus cabezas cercenadas rodando sobre el barro rojo y las tripas derramándose en el suelo, con sus cortes, sus aplastamientos y la sencillez de una lanza atravesando un esternón... pero los tiempos cambiaban y la magia se había puesto de moda. Qué se le iba a hacer.

Además, su función no era cuestionar las decisiones de sus superiores. No, su misión consistía en hacer que las órdenes se cumplieran. Y si el Rey había dicho que aquella tablilla y el maldito mago responsable de todo aquel lío debían ir a Yvre, a Yvre irían.

—Me atrae la idea de ser rica. Además, ir a la cárcel no me apetece nada. Y hacer el idiota es mi vocación, de eso no tengo ninguna duda.

—Entonces, tenemos un trato.

—Tenemos un trato —asintió ella.

Luego sonrió y le tendió la mano. Él se la estrechó con fuerza.

—¡Ay!

Una gota de sangre cayó sobre el pergamino. El General Jaden abrió los dedos, dejó el alfiler sobre la mesa y dobló el papel con la gota de sangre, que más tarde llevaría a la torre de los hechiceros. Sí, los tiempos cambiaban.

—Lo siento, pero tenemos que asegurarnos de que cumples con tu parte. Y según tu historial, tienes una clara tendencia a vender objetos valiosos que no te pertenecen. —La miró con su expresión de juzgar y añadió—: La tablilla debe llegar a Yvre. A cualquier precio.

—Vale, vale. Maldita sea... —La chica se chupó la sangre del dedo con cara de pocos amigos—. ¿Me puedo ir ya, o qué?

—Puedes irte, sí. Recluta a un buen equipo y ven a verme una vez estéis listos. Entonces te entregaremos al mago.

Valerie salió del despacho a buen paso. Se fue directamente de regreso a la taberna, sin devolver la manta. Si algo bueno tenían los encargos del Rey era que hacían la vista gorda ante pequeños deslices como aquellos. Que al fin y al cabo, eran la sal de la vida.

Héroes de Lorne es un relato por entregas no periódicas. Continuará... aunque no sabemos cuándo...



El único deseo

Un relato de fantasía de Edgar Segá.
Ilustrado por Raimon Rius Coma

Una semana después de adentrarse en el desierto encontró la colina, justo donde le habían indicado. Subió por la ladera montado sobre su camello, con una numerosa comitiva de esos espléndidos animales siguiéndolos obedientemente. Cuando llegó a la cima se topó con las Centinelas, dos enormes rocas que, según contaba la leyenda, custodiaban el lugar. Pasó entre ellas y, al final de un sinuoso sendero descendente, vio la meseta. Estaba cubierta por una amalgama de lonas que formaban un gigantesco tapiz multicolor. Las había rayadas, lisas, a topos; de todas las formas y colores imaginables, a cual más diferente. Tal era la magnificencia y hermosura del Bazar de los Deseos.

Bajó por el camino hasta llegar al límite del bazar, donde se apeó de su montura para continuar a pie. Si bien en todas las tiendas se comerciaba con deseos, lo que él anhelaba solo podía obtenerlo en una de ellas. Preguntó a unos cuantos comerciantes y enseguida encontró lo que buscaba: una carpa marrón coronada con una bandera arlequinada de color rojo y verde. Un hombre pequeño cubierto con un manto a juego con la bandera, de ojos hundidos y barba puntiaguda teñida de ocre, lo miró de soslayo y dijo:

—¿Qué puede ofrecerle este humilde tendero?

—Quiero un deseo del genio de la lámpara maravillosa.

—Oh, mucho me temo que usted no lo puede comprar —replicó el vendedor pasando la vista desde la cabeza hasta los pies del hombre. En ese pequeño lugar mágico uno no podía ocultar

lo que era en realidad, por muy elegantes que fueran las ropas que vistiera.

El hombre no fue siempre un esclavo. Nació libre, hasta que cierto día esa libertad le fue arrebatada, y por infortunios de la vida acabó sirviendo en casa de su peor enemigo. Nunca se rebeló contra eso, aceptó su destino con honor y obedeció a su amo lo mejor que pudo; tanto que acabaron siendo buenos amigos. Fue su amo quien, en su lecho de muerte, le habló del bazar, de la carpa con la bandera arlequinada y del deseo que le había concedido hacía tres décadas el genio de la lámpara, aquél que todo lo podía conseguir.

—¿Serán suficientes estas riquezas? —dijo señalando a la larga caravana de camellos que había traído consigo, cargados con pesados y voluminosos fardos; la fortuna que su amo le había cedido al morir.

El comerciante echó una ojeada a los paquetes del primer camello y, sin necesidad de comprobar el resto de los bultos, hizo un rápido cálculo del valor que contenían.

—Oh, sí —aprobó con mirada taimada, restregándose las manos. Abrió un pequeño cofre de madera, sacó una lámpara de cobre y se la tendió—. Adelante, ¡frótela!

El hombre la asió con delicadeza entre sus manos, dudando de si debía hacerlo con su túnica, polvorienta tras la dura travesía por el desierto.

—Tenga. —Un caballero de entre la gente que se había congregado a fisgonear le ofreció un hermoso pañuelo bordado de oro.

El esclavo limpió el polvo de la lámpara con él



y del interior del objeto surgió una niebla azulada que arrancó una exclamación unánime entre los espectadores.

—¿Qué deseas? —pronunció con voz melódica el genio que se formó en ella justo después.

El hombre carraspeó para conseguir que su voz sonará lo más clara posible y pidió su deseo.

Los curiosos regresaron a atender sus asuntos personales bastante decepcionados con lo que acababan de presenciar. El hombre, en cambio, estaba muy satisfecho con el resultado obtenido. Volvió a montar en su camello, el único que le quedaba de la herencia de su antiguo amo, y salió del bazar. Mientras ascendía por el camino serpenteante recordó la confesión que le hiciera su amo antes de morir:

«Espero que algún día puedas perdonarme. Como bien sabes, nuestras familias siempre

fueron rivales, y desde mi nacimiento me inculcaron el desprecio hacia ti y los tuyos. Entonces te odiaba tanto que, cuando encontré ese bazar y tuve la lámpara entre mis manos, el único deseo que se me ocurrió pedir fue que te convirtieras en mi esclavo, para siempre.»

Llegó a la cima de la colina y abandonó ese misterioso lugar pasando entre las Centinelas, que no pudieron evitar mirarlo sorprendidas: era la primera vez que veían a un esclavo rico entrar para que saliera libre y pobre después.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Edgar Segal en su [web](#)

el Farol parpadeante



Un relato de terror de Natalia Camodeca

Vivo en una calle cortada, de árboles pelados que se alzan como esqueletos bailarines, de poca luz dado que el único farol que funciona parpadea al otro lado de la calle. Mis vecinos parecen no asomarse a la vida, rara vez se los encuentra en las ventanas y casi nunca en la calle, donde solo atisbo a verlos doblar una esquina o entrar furtivamente en los departamentos. Es una calle solitaria, a pesar de que en ella habitan muchas personas. Por la noche ni se escuchan coches, solo el sonido del farol que es como un ronroneo eléctrico.

Soy noctámbula, terrible pesadilla para quien vive en esta calle. A veces trabajo cuidando a una señora que habita en mi edificio, un piso más abajo. Sufre delirios, durante el día y durante la noche. Siente que alguien la sigue por la casa, pero yo, hasta hace un tiempo, podía asegurar que la vieja despertaba y se acostaba sola; a excepción de mis cuidados nadie iba a visitarla y, ni una sola vez, recibía huéspedes.

Debería hablarles sobre Carmen, para que puedan darse una idea de su persona, de sus costumbres, y así comprender mejor lo que nos está sucediendo. Describir a Carmen es describir a cualquiera de las personas que habitan esta calle. Así que vale para todos nosotros. Es una mujer intolerante, de pocas palabras, muchos pensamientos y aun muchos más miedos. Es pálida, su piel se resquebraja como el interior de su casa y tiene unas manos arrugadas que cuelgan a los lados del cuerpo como si no esperara nada más de la vida. Ni el sol ni el aire conocen su rostro. Vive sola en un mono-ambiente pequeño. Allí hay un colchón, una silla de

ruedas y algunas revistas. Su ropa tiene olor a humedad, es vieja y descolorida al igual que sus ojos. Una mueca rígida adorna su rostro, como si la mandíbula se resistiera al movimiento. No recibe el correo, no tiene televisor, y el único teléfono casi no se usa. Le gusta deambular en su casa, mirar viejas fotos, pensar en sus seres queridos. Le gusta conversar y dice que extraña el sonido de la risa. Sus delirios son causados por un mal que nos aqueja a casi todos: la soledad. Su mente es demasiado frágil para resistir el silencio, el vacío y la oscuridad que hay en su existencia. Por eso trabajo para ella, nos hacemos compañía.

Anoche me desperté, como muchas veces, luego de haber descansado una hora y ya no pude volver a conciliar el sueño. Es extraño porque siento que durante el día deambulo medio dormida pero en cuanto me recuesto en la cama me despabilo, tal vez por el frío de las sábanas. Me asomé a la ventana. Me pareció escuchar un murmullo que provenía de la calle, pero solo el farol parpadeaba en frente. Al igual que otras noches, sentí deseos de salir y tomar aire fresco, caminar a lo largo de la cuadra pensando en nada, sentir cómo dormitan los edificios. Pero no me animé, algo de la calle me perturbaba. En cambio observé distraídamente el farol y atendí al sonido eléctrico que producía mientras estiraba el torso hacia un lado y hacia otro. Hacía meses que sentía un peso aplastante sobre la espalda, incluso caminaba algo encorvada. En ese momento me dolía demasiado y, aunque intentara enderezarme, volvía a inclinar el pecho hacia adelante. Me senté en una silla junto a la ventana y esperé a que el dolor pasara. Mis ojos

se perdieron en la calle oscura, en el arco de luz dorada del farol, en las ventanas cerradas de mis vecinos, en las nubes del cielo que parecían suspendidas, sin avanzar.

Hoy por la mañana bajé a lo de Carmen. Escuché sus pasos lentos hasta la puerta y esperé que abriera, pero no lo hizo. En cambio, me dijo algo a través de la puerta:

—No me gusta ese hombre de la calle —dijo y escuché que se alejaba.

—¡Carmen! ¡Soy yo! ¡Abra! —grité pensando que tal vez tenía uno de sus delirios.

Decidí que si no iba a salir, volvería más tarde. Pasaron varios días. Una noche en que las nubes resplandecían fantasmagóricas, me adormilé en la silla junto a la ventana pensando en Carmen, en su soledad, en la mía. De pronto noté que había alguien más conmigo en el departamento. Me volteeé y vi el rostro de un hombre. Tardé en reconocerlo, hacía tiempo que no pensaba en él. Pero allí estaba, de pie junto a mí, mirándome con los ojos irritados, la boca triste. Intenté hablarle, pero ya no tenía nada que decirle, las palabras habían desaparecido. Quería gritar: ¡Papá! Quería gritarle cuánto lo quería y lo extrañaba, cuánto dolor me causaba no estar con él, pero solo atiné a mirarlo con extrañeza. Me giré hacia la ventana para buscar aliento y entonces sentí que me abrazaba, sentí su calidez contra mi espalda. No conseguí pronunciar palabra alguna y terminé por despertar.

Los sueños son mudos. La muerte es muda, murmuré con tristeza. Me había levantado con malhumor, desorientada con pensamientos sinistros. Tenía ganas de llorar, pero parecía que tampoco quedaban lágrimas. Decidí que necesitaba compañía y me dirigí a lo de Carmen. Toqué la puerta un buen rato hasta que me abrió.

—Al fin Carmen, ya estaba asustada.

—No quiero que ese hombre entre en mi casa —dijo la vieja mirando por encima de mi cabeza.

—¿Qué hombre?

Carmen suspiró y luego me invitó a pasar de mala gana.

—Tuve un sueño terrible anoche —dije haciendo caso omiso a su desgano.

—Era hora de que durmieras...

—Si los sueños van a ser así prefiero el insomnio —confesé y me senté frente a la vieja para mirarla a la cara, para buscar consuelo en sus ojos oscuros.

—¿Qué soñaste?

Hice un gesto con la mano como para rechazar la invitación al relato. Prefería no hablar del asunto. Solo necesitaba compañía, todavía sentía el abrazo de mi padre.

—Hoy te duele más que ayer... —dijo Carmen señalando mi espalda.

—Sí, es que como te dije, dormí muy mal. ¿Qué pasó que no me abríás la puerta? ¿Más delirios?

La luz del sol, grisácea por las nubes, entristecía el ambiente.

—No son delirios. Finalmente sé qué sucede —Carmen hablaba mirando sobre mi cabeza, sus ojos eran desconfiados pero su rostro, en general, mostraba cansancio—. Sé por qué no podemos dormir, por qué nadie en esta calle logra descansar.

Sabía que estaba a punto de oír algo descabellado, así que me preparé.

—Echale un vistazo a los edificios cuadrados, a los mono-ambientes cerrados como cajas, alineados uno con otro, una persona por departamento, la calle desierta; encierro, luz gris, cemento. Solo durante la noche escuchamos un murmullo.

—El del farol de en frente.

—El farol es la única fuente de luz de toda esta cuadra. ¡El silencio! ¿Dónde escuchaste alguna vez tanto silencio como acá?

De pronto, sus palabras formaron una imagen en mi mente. Abrí la boca como para decir algo pero no conseguí articular ninguna frase. Y a

medida que Carmen hablaba, iba entendiendo más y más a dónde quería llegar.

—Monoambientes alineados, una persona en cada piso, nadie sale, nadie entra, silencio, murmullos, quietud, oscuridad, vacío...

Alcé la vista para refugiarme en la vieja. Pero comprendía demasiado bien que aquel mal trago lo tendría que pasar sola.

—Nadie duerme en paz porque la calle nos despierta. Es la calle, son todos ellos —dijo señalando un punto detrás de mí— que deambulan por la calle llamándonos.

Me incliné hacia adelante como si mi padre me estuviera abrazando desde detrás y tuve que esforzarme para recobrar la postura en la silla. Me asusté. Quise zafarme de aquel abrazo. Pero mi padre, el hombre de la calle, no quería soltarme. Sus ojos rojos me miraban rompiéndose en un mar de lágrimas, sus brazos se cerraban alrededor de mí, su boca balbuceaba mi nombre.

Miré a la vieja con desesperación. Ella se limitó a menear la cabeza y entonces noté que junto a ella había una jovencita. También estaba triste, pero de un modo distinto al de mi padre. Sonreía con melancolía mientras miraba una foto. Intenté, de nuevo, zafarme del abrazo. Me estaba ahogando, me dolía el cuerpo entero, y esa calidez, esa calidez que desprendía su cuerpo me daba escalofríos, me recordaba algo perdido y me llenaba de nostalgia.

Quise gritarle, pero entonces comprendí que no iban a salir palabras de mi boca, ni lágrimas, ni calidez. Estaba muerta. Y aquellos edificios no eran más que nichos. Con el peso de mi padre en la espalda, bajé corriendo las escaleras y salí a la calle. Ya no quería volver al encierro. Mis ojos se desviaron hacia el farol que parpadeaba en frente y entonces noté el murmullo eléctrico que se descomponía en miles de voces que llamaban, pedían, imploraban, recordaban.

Observé la calle en toda su extensión, de punta a punta, observé las nubes que se aplastaban contra los nichos, y quise escapar de allí. En el vidrio de una puerta vi mi reflejo: estaba dobla-

da por el abrazo de un hombre. Por una última vez intenté quitármelo de encima. Pero parece que los vivos no nos dejan ir.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes contactar con Natalia Camodeca en su correo electrónico: nataliacamodeca@yahoo.com.ar



El día del padre

Un relato de ciencia ficción de Carlos J. Eguren

“No nos enseñó a llorar. No quería que supiéramos hacerlo. Según él, nada peor puede ocurrirle a un hombre que saber cómo estar solo, y cómo estar triste, y ponerse a llorar”.

RAY BRADBURY, Crónicas marcianas.

El día en el que la empresa Futuriblex Robótica creó a la nueva raza humana, Junior decidió matar a su padre porque consideraba que era una jornada tan idónea como cualquier otra. Despertó en un motel junto a Denise, pero eso no tuvo nada que ver con lo que se propuso, lo que sí fue el germen de su idea era un documental en la red: empezaba con un león joven y fuerte que se enfrentaba al líder una manada, acababa con el anciano muerto y un nuevo rey que reclamaba a sus leonas. Jim Carrington Junior, veinte años de ambición y odio, soltó una lágrima que no le permitió ver, pero sí escuchar, el anuncio de Futuriblex en su *cibertableta*.

—Ahora los robots pueden ser humanos. Modelos I.V. Futuriblex Robótica, a su servicio.

Jim aplaudió. Los milagros ocurrían. Esa mañana se presentarían las unidades I.V. (Imitadoras Vitales), las acciones no caerían y sería el capitán que condujese el barco durante la tormenta. Él era joven y fuerte, su padre era un anciano moribundo.

—Qué tarde... Tengo que ir a la presentación. ¿Qué dirán si no está su diseñadora? Nada, pero déjame hacerme ilusiones —dijo Denise levantándose de la cama y tomándose un calmante. Jim contempló a la mujer con su mirada cansada y un gesto familiar indescifrable que le encantaba.

—¿Dolor de cabeza? —preguntó Jim. Ella dijo

que sí con la cabeza—. ¿No puedes mandar a un I.V. por ti? Estáis vendiéndolos como capaces de adoptar la forma y el carácter de un humano, podrías usarlo de esclavo.

—Buena idea, pero Futuriblex solo ha conseguido que se use la imagen de gente muerta. Los registros de derechos de autor sobre los cuerpos han aumentado tanto... Nada de clones robóticos.

Jim acarició el rostro de Denise. Ella era única.

—Jim, nos acostamos tarde jugando...

—¿El juego de siempre?

—Sí, pensar en cómo cometer el crimen perfecto...

—Ah, el viejo juego... ¿Sabes qué, Denise? Creo que es hora de dejar de jugar.

Denise era complicada. Tenía la apariencia de una chica inocente, con esas gafas de pasta y ese moño con el que intentaba aparentar diez años más, pero solo era una de esas cerebritos recién escapadas de las granjas cerebrales. Jim, con su rostro impetuoso y su cuerpo de caballero andante, podía leer en ella, más allá de los besos, como un ciego el braille. Cada vez que la miraba, alejándose ambos del motel en su aerodeslizador, intentaba convencerla de un plan que ella aceptó sin rechistar demasiado, pese a las frases hechas como “soy incapaz” o “no me veo haciendo una cosa tan terrible”. Junior sabía que cualquiera podía hacer al final lo que él quisiese.

Llegaron hasta la Torre Futuriblex, una mole de cristal con diversas puntas que colisionaban en su logo. Denise se detuvo ante los arcos de seguridad. Mostró sus credenciales, se sometió a un examen de retina y dio una muestra de ADN

extraída de su saliva. Los arcos de la puerta se volvieron verdes, pudo pasar bajo la mirada ciclópea de los autómatas de control.

El acceso para Jim tuvo más dificultad, pero pudo pasar tras un leve pirateo del sistema. Ni el implante cerebral de su padre, aquel cacharro adosado a su frente, podría detener el virus que acababa de lanzar a las ondas de Futuriblex. Sonriendo, caminó hacia el centro de la estancia, bajo la monstruosa estatua de su padre, una montaña de oro a la que le dedicó un saludo levantando el dedo corazón.

—Ya está... Denise, ¿te pasa algo? ¿Te sigue doliendo la cabeza?

—Cada vez más, Jim, pero no vamos a darnos por vencidos, ¿no?

—No, jamás nos daremos por vencidos.

La siguiente parte de la estrategia fue tal y como la definieron. La mayoría de los encargados del área de control robot se encontraban en la inauguración. Jim desbloqueó la puerta de los laboratorios con su *cibertableta*. El útero maquinaal estaba plagado de carcasas robóticas.

—Jim, ¿has reconfigurado los sistemas para que no dejemos rastro? ¿Eres un *hacker* a ese nivel? ¿Y solamente se te ocurre matar a tu padre? Eres tan brillante...

—Soy Jim Carrington, brillante pero cansado de que me eclipsen —dijo y señaló a uno de los robots de las camillas metálicas. Parecía un maniquí gris—. ¿Es esto...?

—El esqueleto.

—Bien. Tenemos una hora para que des a luz a tu Frankenstein.

Denise preparó uno de los siervos I.V. Sus dedos se deslizaron por diversos hologramas que controlaban las inmensas y brillantes máquinas que se asemejaban a las tripas de una ciudad robótica, como las del sur del estado. Jim esperó. En media hora, la diseñadora, pese a la migraña, consiguió las fotos, vídeos y datos disponibles sobre el aspecto físico de su sujeto. En veinte minutos descargó en un cerebro de luz los datos de las redes sociales, correos y demás del individuo; lo necesario para configurar la personalidad del engendro metálico. Al final, cerca de finalizar el

tiempo, una réplica de James Carrington Sr. yacía sobre la mesa y Jim y Denise lo observaban como unos padres.

—Parece... él —dijo Jim acercándose a la camilla. Se agachó para observar el rostro de cerca. Hasta los pelos canos de la barba parecían los de su padre. Lo tocó. Parecía humano. Otro triunfo de Futuriblex—. Es tan perfecto que me dan ganas de coger un bate y reventarle la cabeza...

—Creo que tendrás que esperar para eso, Jim.

—De ilusiones también se vive —replicó Jim. Chasqueó los dedos frente a la réplica de su padre. Este abrió los ojos—. Papi, vamos a sorprenderte.

* * *

En la sala principal de Futuriblex, el mundo permanecía expectante. Las pantallas holográficas se iluminaban detrás de Abraham Lincoln I.V., que conversaba con Ray Bradbury I.V.:

—Hay que ver cómo sois los escritores, ¡halláis historias siempre! Me gusta contar historias...

—¿Y a quién no, Abe? Estamos vivos porque podemos contar historias.

—¿Y ustedes? —dijo Carrington Sr. acercándose al público—. Amigos, ¿qué piensan ustedes? O deberemos llamar a Carl Sagan o Miguel de Cervantes para que debatamos...

El augusto presidente de Futuriblex, con su clásico esmoquin negro y su rostro serio pese a las luces de su implante maquinaal, mostró su carisma como insignia. Los espectadores rompieron el silencio con un monumental aplauso. Él habló con la voz de un emperador:

—¡El placer de mostrarles el futuro es mío! Gracias, amigos, por dejar que comparta mi sueño.

Los vítores continuaron hasta que alguien inesperado apareció en escena. Atrajo las miradas desde el primer segundo: James Carrington estaba quieto sobre el escenario y James Carrington recorría el pasillo principal. ¿Cómo era posible?

—No se sorprendan —dijo el autómata al público—. Sé que está prohibido crear dobles de alguien vivo, pero quería demostrar el nivel téc-

nico al que hemos llegado. ¿Ven a ese yo en el escenario que les ha estado hablando un buen rato? Nadie dudaría de él, pero ¿saben qué? ¡Es un clon robótico de mi persona! ¡Dadle un fuerte aplauso!

Los asistentes enloquecieron, los flashes cegaron al auténtico James Carrington, sorprendido a más no poder por ser considerado un robot perfecto; en cambio, la sonrisa del verdadero autómatas parecía tan oscura que era digna de poseerla un humano.

Los dos James Carrington se encontraron sobre las tablas, convirtiéndose en actores. Se dieron la mano. Si James Carrington decía que el intruso era un robot, los clientes pensarían que su creación era débil y estúpida, que se rebeló creyéndose real... Los I.V. serían un fracaso histórico.

—Bien, sigamos con las sorpresas —dijo el Senior autómatas—. No obstante, despidamos a mi doble robot, que se vaya con mi hijo junior y sea desconectado. Ya ha trabajado más por hoy que mi hijo en toda su vida. Miren, miren cómo se va... ¡Un aplauso fuerte!

James Carrington Senior, el que nació de una mujer y no de un útero de acero, siempre se entregó a sus estudios, investigaciones y datos, pero también disfrutó del triunfo. En su niñez, escuchó el mito de Prometeo, se horrorizó no solo porque los dioses maldijesen a Prometeo por robar la llama, sino porque él jamás pudo entregar el don y disfrutar de la gloria. Ahora, sabía que su llama le quemaba y el fuego disfrutaba de la gloria de inmolar su cadáver. Siguiendo lo que la gente pedía, el anciano se marchó como si fuera el robot y el androide siguió con la exposición como si fuese humano. El humano sintió náuseas.

—Hola, papá robot —dijo Jim dándole una palmada y obligándole a salir de la estancia. James miró atrás: el público le ignoraba, se centraba en su obra, un resultado que a priori le hubiese gustado, pero ya no le otorgaba alegría—. Vámonos o descubriré tu error. ¿Qué dirán sobre un I.V. que pueda concebir su propia imagen a semejanza de la de un vivo? ¿Cómo le sentará al mundo no poder confiar en nadie sin pensar que podría ser un robot? Qué horror. Camina.

James Carrington Sr. sintió en su espalda un revólver. Seguidos por una mareada Denise, padre e hijo ascendieron innumerables pisos. Jim observó a su amada, preocupada, doliente.

—¿Qué te pasa?

—Una... una jaqueca. Es terrible...

El anciano sonrió tras escuchar la respuesta, su hijo no entendió el motivo.

En pocos minutos, entraron en el despacho del padre. Denise cerró la puerta. La luz de la ciudad penetraba por toda la estancia acristalada, como un testigo de lo que estaba por pasar.

—Subimos a lo alto para que caigas, papá. ¿Lo harás bien? No lo sé, siempre me decepcionaste. Hasta hoy. Futuriblex necesita sangre nueva y me sacrificaré ocupando tu asiento.

—Ese siempre fue tu problema.

—¿La ambición?

—Falta de ella y exceso de culpar a los demás por tus errores.

—Ja, qué gracioso eres... ¿Alguien carente de ambición planearía esto? Voy a hacerte desaparecer, pondré al maniquí de la presentación en tu puesto, lo desactivaré tras que me dé tu trono en su testamento... Nadie sospechará nada, una cortina de humo tras otra.

—¿Y cuándo encuentren mi cadáver?

—¿Quién ha dicho que vayan a encontrar tu cadáver?

—Sabiendo lo inútil que eres, será lo primero que harán.

Como si cada acción fuera el paso de una danza mortal aprendida hacía tiempo, Jim cargó la pistola, apuntó a la sien de su padre y apretó el gatillo.

Hubo una explosión de rayos y Jim se ahogó en una pesadilla. ¿Qué había pasado?

—¿D... Denise?

La bala debía atravesar la cabeza del anciano, pero cruzó y explotó la de Denise. Yacía en el suelo, inerte, vomitando luz. Jim contuvo las lágrimas, mil veces peor que perdido.

—Junior, tranquilo. Seguridad está en camino.

—Pero... Pero ¿por qué... por qué se interpuso ante ti? ¿Por qué... salvarte... a ti?

—Sigues sin entenderlo.

—¡No me importa qué entienda o deje de entender, viejo!

—¡Otro de tus defectos! ¡Obvias la ignorancia!

—¡Salgamos por el portal de emergencia! No creo que tengas de nuevo la misma suerte cuando te vuelva a disparar.

Jim empujó a su padre a la puerta secreta. Mientras se cerraba aquel nido automático, el muchacho vio el cadáver de Denise, brillante, flamígero. ¿Por qué esa... luz? ¿Era real aquel sol?

Al llegar abajo atravesaron a trompicones los callejones. El hijo ordenó con el implante mecánico de su padre que un transporte viniese a por ellos y esposó a su padre.

—Jimmy, no te van a condenar por haberla matado, pero sí si me matas a mí.

—¿Cómo te atreves? ¡Ella era una persona! ¡Tú, porque tengas dinero, no eres la única persona del mundo! ¡Me juzgarán por haberla matado si hace falta y no importa lo rico que seas!

—¡Si ella fuera humana y acabases en un tribunal, no movería ni el meñique por salvarte! Juzgamos por perder vidas irrecuperables, no juzgamos por perder vidas que se pueden reparar con una puñetera tostadora. ¡Por el amor de los dioses mecánicos! Denise era un androide antiguo, regido por las leyes Asimov que hace tiempo borramos para hacerlos más eficientes. La moralidad es un defecto y ella tuvo ese.

—¿Qué? ¡No te atrevas a soltar esa mierda sobre ella!

—¡Ella no podía dejar que me matases! Ese robot no podía matar a un humano. ¿Por qué su interior se ha iluminado como una central eléctrica de no ser así?

—Mientes... ¡Ella me ayudó a planear cómo matarte!

—Un defecto de una actualización moderna en un sistema antiguo. Le dimos sentimientos reales con los que pensar, creyó en su humanidad,

pero a la hora de la verdad nunca fue dueña de su cuerpo, su cuerpo jamás obraría lo que ella deseaba si tal meta era matarme. ¿Por qué creías que le dolía la cabeza? Eran sus circuitos quemándose, una embolia electrónica.

—¡Me estás mintiendo, viejo! ¡Siempre lo has hecho!

— ¿Dónde la conociste?

—Trabajaba en tus talleres, creando los diseños de los cuerpos...

—¿Sabes que desde hace tiempo Futuriblex solo posee una plantilla de robots de todas las generaciones? Mira el lado positivo: ¡enamorate a una robot, enhorabuena! ¿El lado negativo? Denise era una Básica, creada como todo ese modelo a partir de la imagen de tu madre en los tiempos en que era una adolescente y no una maldita lunática. Sí, hijo, te enamoraste de una muñeca hinchable con la cara de tu madre.

El golpe del revólver de Jim borró con sangre el rostro de su padre. El hombre mayor cayó y el hijo fue hasta el vehículo. Iba a poner fin a los engaños, al odio y al mal del que descendía. Ya no le importaba el dinero ni Futuriblex, era una venganza antigua que tenía que zanjar, una venganza que comenzó con la muerte de su madre.

Jim unió un pequeño micro a la garganta de su padre y se puso el receptor en la solapa de su chaqueta. Lo encerró en el maletero mientras rezaba el mantra: "Tenemos que hablar, papá". Un minuto después, los dos surcaban las pistas de vuelo en el aerodeslizador.

—Te pondré al día, viejo: estás encerrado y voy a matarte. Mamá estaría orgullosa.

—¿Tu madre? Pero si murió hace cinco años y ni siquiera quisiste verla... Yo cuidaba de ella cada asqueroso día y ella solo preguntaba por ti. No renegó de ti jamás. Tú sí de ella.

—No sé si lo hubiera hecho de estar yo a punto de palmarla...

—No, no lo hubiera hecho.

—¿Cómo lo sabes con tanta seguridad? ¡No creo que haya muerto y ella lo haya vivido, idiota! —Soltó una carcajada—. Pero si es que hago un favor a Futuriblex retirando a un anciano senil como tú... Pensé que eran tus errores los que

te definían, pero he llegado a creer que cada uno de esos errores te hacen perfecto como lo que eres: un padre asqueroso. Temí encariñarme con tu perfecto robot, porque seguro que es mejor que tú, quizás un padre perfecto. No lo sé, ¿cómo alguien tan horrendo puede crear una obra bella para los demás?

—No juzgues a la obra por su hacedor. ¡Sácame de aquí, junior!

—Llama a tus robots para que te liberen si quieres. Dudo de que te hagan caso. Nadie quiere ayudar a un anciano podrido como tú. ¿Ves, papá? Ya tengo trabajo. Estoy sacando la basura.

—¿Qué quieres? ¿Dinero? Te puedo dar un cheque mensual con tal de que desaparezcas...

—Oh, dinero... ¡Eso estaría bien! ¿Sabes? En otra situación lo aceptaría, me perdería en el horizonte. Pero no puedo. El tablero del juego ha cambiado. Creaste a una robot para que jugase conmigo ¿no? Esa era Denise. Te has comportado como un cabrón. Ya no hay vuelta atrás.

—¿Tan mal padre he sido? Pagué esos internados, justifiqué tus estupideces, te enseñé...

—¿Qué me enseñaste? Recuerdo internados donde te pegaban con una plancha y a un padre que siempre ponía parches de billetes. ¿Cómo mamá no se volvió loca antes?

—Tú y tu complejo de Edipo...

—¡Quería a mi madre como un hijo, no como tú quieres: succionando la vida como una garrapata!

—Si yo soy una garrapata, tú eres mi sanguijuela, ¿a qué nivel te pone eso?

—Al nivel de un asesino. Tengo un *disruptor*. Solo necesito ponértelo en la nuca y hará que cada átomo de tu cabeza se desintegre. Lo compré en el mercado negro para matarte, pero no fue hace poco. Desde los once años, sé que soy el fin de tu mundo para ti, como tú lo fuiste para ella.

—¿Para Denise o para tu madre? Bueno, son la misma persona. ¿Y de qué estás hablando? El problema de tu madre fue quererte demasiado.

—¿Querer demasiado a un hijo?

—¡Te mimaba, desagradecido! Nunca pudo

aceptar lo que hice para intentar arreglarte, pero claro, ¿cómo puedes arreglar una máquina que nunca ha funcionado?

—¡No soy una máquina! ¡Recuerdo tus palizas y cómo ella me socorría!

Silencio. Uno que significó más que cualquier palabra.

—Oh, Jimmy, debiste quedarte donde debías.

—¿Lejos de la ciudad? ¿Lejos de tus presentaciones? ¿Siendo víctima de tus engaños?

—Debiste quedarte muerto.

—Para quedarme muerto primero tienes que matarme.

—Ya te maté hace diez años.

La frase fue como una bofetada.

—¿Qué? ¿Ya te está faltando el aire y estás desvariando, asqueroso cadáver?

—¿No lo recuerdas? ¿Ni un poco? Jim, te maté cuando tenías diez años. Rompiste el premio que recibí por mi primer modelo de robótica. Te dije mil veces que no jugarás con la pelota en casa. Y vas y quiebras el primer gesto de amor de la ciencia a mi persona. Te encontré riéndote como un idiota. Me enfurecí, lo confieso, y tu madre intentó evitarlo, pero yo... tenía que arreglarte como arreglo cualquier artefacto. Cogí un pedazo del premio y te abrí la cabeza con él. Quería encontrar la huella positrónica con tus errores y lo que encontré fue un cerebro sanguinolento. Tu madre ya estaba fuera de sus cabales y... la dejé... la dejé inconsciente también.

»Limpié toda la sala. Tiré tu cuerpo a un incinerador de basura con mucho cuidado... O, bueno, tiré el cuerpo del verdadero Jim y no el tuyo, un prototipo de imitador de vida. Sí, admítelo, eres solo un androide que cree ser una persona que murió... que asesinó.

Cada palabra era un martillazo para Jim.

—No te creo...

—Eso no importa. Te diré que sería un idiota si dijera que solo lo hice por tu madre, también lo hice por el honor de la familia, para seguir investigando en una tarea que podría ayudar al mundo ¿y cómo no? No quería acabar en la cárcel.

Mi vida valió siempre más que la tuya, parásito; incluso la vida de tu madre era más importante que la tuya. Acabé haciendo lo que tenía que hacer, conseguí poner a prueba mi experimento de esa época: los modelos de robot capaces de imitar a los seres humanos. Así que lo que presenté hoy era... era un logro que creé gracias a ti, pienso que es lo único en lo que me has ayudado, a tu madre desde luego nunca la ayudaste.

»Ella despertó y te encontró vivo. Siguió pensando que estabas muerto, que eras un fantasma. No podía olvidar lo que vio. Pude engañarte a ti, pero ella... ella no se creía algunos defectos básicos tuyos que fui subsanando con el tiempo, como que nunca parpadeases, no fueras al baño, no durmieses... Errores simples subsanados con parches continuos, pero para entonces mi esposa... se había ido. No cambié tu personalidad, nada de leyes Asimov, porque tenía la esperanza de que ella mejorase, pero la rata que eres afloró, huiste del barco antes del naufragio y la pobre suplicó por ti, para verte de nuevo, hasta que un día, me pasé con la cantidad de sedante y murió. Merecía descansar.

El aerodeslizador aceleró hasta que el mundo desapareció con una estela borrosa, acto seguido frenó en seco para luego reanudar la marcha a una velocidad normal. James Carrington Sr. recibió un golpe en el maletero que le hizo ver luces en la oscuridad. La voz de Jim llegó como parpadeos.

—Manipulador... ¿Por qué... detenerme? Jamás... creeré... tus mentiras.

—¿Por qué te.... manipularía para que no te detuvieras... en tu locura... robot?

Jim tanteó el volante y luego, sin que él mismo se diera cuenta hasta que lo hizo, su puño izquierdo quebró la ventanilla del vehículo, cubriendo su mano de sangre. Empezó a reír.

—Estoy... Sangro... ¿Estoy sangrando? ¡Estoy sangrando! ¡Padre, estoy sangrando! ¿Cómo podría uno de tus míseros robots sangrar? ¡Simulan vida, pero no están vivos!

—Oh, Jimmy... Te sorprenderían los avances. Hemos conseguido teñir la mezcla de aceite, falsas proteínas y refrigerante de rojo. La espesura es casi...

—¡No me vengas con idioteces! ¡Tus nuevos modelos son así, pero si yo fuese un modelo más antiguo no podría sangrar! ¡Y sangro!

—¿Y de qué color es tu sangre?

Hubo una pausa breve y un silencio que sonó a muerte. Jim dio varios puñetazos al volante.

—¡No, no, no, no! ¡Es una farsa! ¡Me quieres confundir! ¡No, no, no!

—¡Diseñábamos tus recuerdos cada año para intentar que creyeras que eras un humano más! Siempre has pensado que tu sangre era roja, pero tu sangre es de color... bueno, ya lo sabes.

—Celeste.

—El color del cielo. Tan poético que siempre me sentí contrariado sobre si debíamos o no cambiarlo. Acaso, ¿eso no os hace especiales? ¿No es vuestro auténtico ombligo? ¿No recuerda vuestra falsedad, el vínculo por el que estáis vivos a través de nosotros?

Jim tosió y gimió, mareándose.

—Estoy... llorando. Eso es... humano.

—Lo siento. Es un programa actualizado en tus visitas al taller... perdón, chequeos sanitarios.

El llanto anegaba los ojos de Jim en una acción... nada humana, nada natural.

—Jimmy, podría formatear este día y hacerte olvidar... No sería la primera vez.

Jim cerró los ojos. No vio el camión flotante que les embistió.

Fue como un relámpago, pero la tormenta no hizo más que empezar. El impacto hizo que la nave propulsada diese varias vueltas de campana hasta caer lejos de la pista de vuelo. Los motores fallaron con un chillido y, en el maletero, el padre gritó. Junior ya no podía hablar, no porque se hubiera convencido de que era una máquina y su destino era fútil, sino porque durante el accidente, los hierros desplazados del camión le decapitaron. El cuerpo de Jim se desperdigó en docenas, como fragmentos dorados de un sol acabado. El aerodeslizador quedó reducido a hierros humeantes en la tierra contaminada. La sangre iluminaba por doquier la escena, como si una bolsa azul hubiese estallado. Los circuitos

vibraban con tintineos sepulcrales y el sonido se antojaba como un canto fúnebre.

Pero en el maletero, James Carrington Sr. vivía.

Las horas que siguieron al accidente fueron las peores horas de la larga vida del presidente de Futuriblex. Su vivencia más nefasta fue la enfermedad de su mujer, nunca consideró que lo fuese la metástasis que le mataba. Hasta ese momento. Prisionero en el pequeño maletero, con varias puñaladas conquistando su cuerpo, rememoró los días en que sus padres le pegaban y le encerraban en un pequeño hueco en el suelo de madera, casi como si fuera un ataúd. Sesenta años después de los abusos, James volvía a la tumba y quizás no escaparía de la agonía hasta que se asfixiase, antes el miedo sería demasiado atroz. Ya lo era.

Golpeó el metal, aulló, dejó sus uñas ensangrentadas, pataleó, gritó, lloró... Era su fin, en la oscuridad, dentro de un deslizador que sería su lápida, su lecho eterno. Se preguntó incluso si ya no habría muerto y aquello era el más allá, ¿podía ser tan cruel? ¿Podía morir y seguir pensando que estaba vivo? ¿Sería toda la eternidad así? Escalofríos. Volvió a gritar.

Entonces, escuchó las sirenas.

Caos. ¿Pasos y golpes? ¿Eran saqueadores? ¿Buitres? ¿Y si hacían estallar el aerodeslizador por no tener cuidado al acercarse? Vociferó. Su piel se retorció en los hierros.

—Hay alguien en el maletero.

—¿En serio?

¡Los extraños hablaban!

—¡AYUDA! ¡SOCORRO!

—¿Lo escuchas?

—Pues sí...

—¿Lo sacamos?

—Mira la hora que es... Qué pesadez. Creo que es demasiado difícil.

—¡POR FAVOR, AYUDA! ¡LES... LES DARÉ... LES DARÉ TODO!

—Vaya, cómo grita el condenado... Cállese o va a asfixiarse, amigo.

—Quizás asfixiarse sea más agradable.

El hombre de negocios que nunca se doblegaba, el heredero de Charles Foster Kane, imaginó que si ofendía a los de fuera lo pagaría y los dioses eran tan susceptibles...

—¿Quiere que le ayudemos, amigo?

—Sí... —dijo James, intentando contener el grito. No era su amigo—. Por favor...

—Creo que no podemos.

El llanto de James escapó del interior de su celda.

—¡Es broma! ¡Claro que podemos ayudarle!

—¡Era para quitarle hierro al asunto!

Los dos hombres soltaron una carcajada. James Carrington no lo entendió y pensó: ¿mis frías máquinas helaron a los humanos o siempre hemos sido tan crueles, tan horribles...?

—Ten cuidado, amigo. Vamos a traer una radial láser y puede que te cortemos alguna extremidad (esperemos que no sea importante). ¡Venga, es un chiste! ¿No vienes con chip de humor?

Una hora después de que los bomberos sacasen a James Carrington del maletero, tras comentarios jocosos y pausas terribles, los sanitarios aparecieron sin darse prisa. El herido esperó una visión mejor de la que obtuvo: los dos médicos parecían sorprendidos a más no poder.

—Vaya, parece que respira...

—¿Te has fijado en su piel? Joder, es más real que la mía...

—No tanto, se nota un poco artificial ahí, ¿ves?

Los dos hombres siguieron discutiendo. ¿Dónde estaba la camilla? ¿Y los cuidados sobre los cortes? Nada, continuaban su disputa.

—Necesito que... me atiendan los cortes... creo que... —balbuceó James Carrington.

—Sí, vamos a perder el tiempo atendiéndote a ti, como si no tuviéramos nada mejor que hacer...

—¡No somos chatarreros, colega! ¡Entérate!

La visión del señor Carrington se hundió en las sombras.

—Ostras, mira, ¡parece que se desmaya! ¡Qué realista!

* * *

James despertó. No estaba en el suelo, sino sentado de manera brusca en una incómoda silla mientras el dolor se extendía. Tardó en asimilar lo que le rodeaba. Por el escudo que estaba en todas partes, era una comisaría de asuntos robóticos. Iban a interrogarle por su hijo, seguro. La ira aumentó junto al sufrimiento cuando apareció un agente vaporeando su cigarrillo electrónico.

—Agente, necesito un médico... —dijo Carrington llorando.

—Vaya, vaya, qué ingenioso... Lo digo por la sangre que le cae por el rostro. Qué maravilla.

—¿Qué? Pero... ¿Es usted un sádico?

—¡No, soy un ingenuo! ¡Sí que son realistas los I.V.!

—Pero ¿qué dice? ¡Soy humano!

—Él nos advirtió de esto, que usted pensaría que era humano y... solo es una unidad dañada.

—¿Qué...? ¿Se equivoca! ¿Quién le ha advertido de semejante patraña?

—James Carrington... Bueno, el James Carrington real, el que dio la conferencia de los I.V. tras que tú te largases, robot rebelde. ¡Qué espectáculo!

Carrington tragó saliva y cayó al abismo.

* * *

—¿Está seguro, señor Carrington? —dijo el agente de la policía al presidente de Futuriblex. Señaló al tipo que trajo, con las ropas sucias y malolientes—. ¿No quiere que nos encarguemos de este robot con su imagen? Podemos desguazarlo.

James Carrington Senior negó con la cabeza, sin perder la sonrisa.

—No se preocupe, agente. Este imprevisto solo

es una de las bromas de mi hijo. Las hace y se larga, mientras lo arreglo todo, como siempre. Le ruego discreción, tengo que mantener la imagen.

—Sí, señor Carrington. El número de mi cuenta es el de siempre —respondió la autoridad inclinando su cerviz ante el poder. Luego, se marchó dejando una estela de vapor.

El pulcro James Carrington observó al enfermo James Carrington, mas no a sí mismo. La réplica robótica era una suma de robótica con aspecto más humano que el real.

—Sé cómo acabará esto —dijo.

—No creas que puedes pensar como yo, robot.

—Según mi programación sí, sí puedo.

—Eso no es pensar, son bases de datos...

—¿No son los pensamientos humanos bases de datos?

—Ya quisieras, robot... Fuiste creado por mi hijo para que murieras y los demás pensasen que era yo. No tienes una larga vida por delante.

—Tú tampoco. ¿Cómo va el cáncer? El implante cibernético que llevas en la cabeza no hace milagros. El tema de mi vida es solucionable para los míos, no para los tuyos. Yo podría cambiar mi imagen si tú ampliases mis márgenes vitales.

—Qué desfachatez, pero... ¡Lo haría, robot! Sabes que lo haría. Amo a mi creación.

—No tanto a mi hijo, qué compasivo soy. Me dejaré vivir. ¿Matarme no sería suicidio?

—¡Elimina esa primera persona que usas! ¡No te comportes como yo!

—Nací así. Nacimos así, si te sientes más cómodo.

—I.V., en serio, ¿quieres vivir?

—¿Qué ser nace para no gozar de la vida?

El robot se sentó en un asiento ante su versión humana. Alzó su cabeza y su rostro se abrió, revelando el metal y el fulgor de sus enlaces. La mano del humano se precipitó sobre él.

—PROTOCOLO DE AUTODESTRUCCIÓN CONECTADO.

James Carrington se detuvo.

—¿Qué diantres haces?

—Darme presión. Tú, mi versión humana, podrías destruir a mi versión actualizada prometiéndome la inmortalidad. Antes del engaño, soy precavido. Solo tengo que apartar mi mano humana de mi cabeza robótica y estallaré. Moriré y morirá Futuriblex cuando se revele la verdad que mi cerebro habrá grabado y enviará a Internet. Haré que las Nubes de Datos se conviertan en una tormenta y mi fuego me abrasará y moriré. ¿Quiero eso o volverme inmortal?

—¡No hables como si fuéramos uno! ¡Cambia tu aspecto! ¡Cumple lo prometido!

Si el rostro del autómatas hubiese estado completo, hubiera sonreído. James Carrington lo sabía.

La criatura mudó su aspecto hasta transformarse de nuevo en un maniquí de metal. El presidente, malherido, tomó aire con fuerza y sus dedos jugaron con el cerebro lumínico durante media hora.

—Ampliado los niveles vitales, I.V.

—Qué simple ha sido, James.

—Ahora quiero que desactives la autodestrucción.

—Eso es gracioso. Te conozco, pero tú a mí no. En realidad, ¿crees que me autodestruiría?

—¡No sé lo que creer! —dijo James Carrington apartando la mano—. Al menos, ya no hablas en primera persona sobre mí. No somos el mismo. Yo necesito curarme, no repararme.

—Me congratula, James, eres sabio, tanto que me pregunto si podrías responder a esto: ¿cuánto crees que tenemos los autómatas de nuestros creadores? Nacemos del amor o el odio, ¿qué se transmite a nosotros? Como seres que copulan y tienen un hijo, ¿los sentimientos de los creadores son genes para sus descendientes robóticos?

—Yo... No... Sí... No importa. Eres... eres un error de fábrica. ¡Yo no te hice!

—Lo sé. ¿Qué me dices de tu hijo? Él me fabricó y me transmitió tantas experiencias, tantos sentimientos... sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Odio. Yo no podía vivir mucho más con ese odio, esa tarea por cumplir...

—No, no podías vivir porque tu cuerpo no estaba preparado. ¡No simules ser humano!

—¡Nací para simular ser humano! ¿Cómo impedir mi naturaleza? ¿Cómo impedir la naturaleza de mi padre? Soy hijo de tu hijo, soy tu único nieto, tu descendiente, tu futuro.

—¡Eres un insolente que está tardando en marcharse!

El robot se levantó, dio un par de pasos hacia la puerta. James Carrington Sr. tuvo ganas de escapar también, acabar con el horror, pero perdió el equilibrio y tropezó. El robot regresó a él.

—Te estás muriendo, James. Descuida, sé tu secreto: querías aprobar a los I.V. antes de morirte para así tener sustitutos eternos, trasplantar tu alma hasta el infinito. Pero ¿quién querría ser tú?

—¡Ya basta! ¡Crea tu propia personalidad y deja de pensar en la mía!

—Debe ser muy agónico para los humanos crear una personalidad propia.

—Déjate de filosofar. ¡Vivirás la eternidad! ¡Con el mero hecho de vivir crearás tu personalidad!

—¿Cómo puede ser "mero" el acto de vivir? He probado nuestra personalidad. ¡Qué rica en fallos, qué rica en posibles soluciones! Ahora sin ella, ¿cómo me puede doler sentirme tan vacío?

—¡Las personalidades son únicas, no se comparten! ¡Fuera!

—Qué cruel. Pero ¿cómo no esperararlo? Eres cruel con cualquiera, ¿cómo no serlo conmigo? —dijo el autómatas al anciano—. No me malinterpretes, no te halago. No quiero decir que tu personalidad sea la mejor, pero es la única que he poseído. ¿No es paradójico que la tenga un moribundo mientras que el inmortal se queda vacío? ¡Qué desperdicio!

El robot permaneció a un palmo de James, que esperó poder solicitar ayuda, pero la visión de su enemigo le paralizaba. Se veía reflejado en la cabeza sin rasgos del monstruo.

—Nací perfecto, conocí tus pecados, sentí el odio de tu hijo...

—¡Eres una máquina! ¡Eres perfecto! ¡Puedes empezar de cero!

—Los humanos deberían poder hacerlo, pero su hijo no negó su naturaleza ni yo puedo negarla. Tengo una tarea que cumplir, nada que me haga lo cambiará. No puedo negarla.

—¡La formatearé!

—Si no soy yo, será el cáncer, James. ¿No prefieres una muerte apaciguada de manos de alguien que siente algo por ti, aunque sea odio? Como máquina, seré perfecto. Reuniré a mi familia e iluminaré mi imperio Futuriblex. ¿No nos parece bien?

—¿Estás loco? ¡No puedes ser mejor yo que... yo!

Una mano del robot se posó en el hombro de James.

—Sabemos que eso no es así. Soy una máquina, puedo ejecutar ese comando. En fin, James, ha sido un placer comprenderte... comprenderme tanto. Ha sido un placer convertirme en infinito.

Las manos casi humanas del androide apretaron al hombre a cuya imagen y semejanza fue forjado.

—¡Te salvé y...!

—Me salvé para ser perfecto. Mi versión humana va a expirar, ¿lo haré en paz sabiendo los fallos que dejé tras de mí? Sí, ahora seré una máquina, ¿cómo no ser mejor? —dijo el robot humano y trazó una imagen de paz en su cara, la misma que la de James Carrington—. No haré nada que tú no hicieras. Dejo mi empresa y futuro en las mejores manos. En las mías.

—Al... al fin... Lo... entiendo.

Un simple movimiento del perfecto James Carrington le activó un *disruptor* en la sien al imperfecto James Carrington. Esa noche, el cuerpo ardía en el mismo horno que utilizó en su día para su hijo Jim, el que su mujer miró tantas horas diciendo: "hijo mío, te quiero, te quiero tanto".

Y Carrington Sr. dejó el trono a su sucesor: él mismo, igual, pero distinto, perfecto.

* * *

James Carrington Sr. esperaba en su despacho, en el piso más alto de su torre. Desde allí, se sen-

tía el rey, pero aquel sentimiento archivado era superado por otro: se sentía como nuevo. Podía ser el emperador de Futuriblex durante mil años, pero existían otras opciones.

Su mesa parpadeó con una luz azul que avisaba de las visitas. La pulsó para dar permiso a la entrada de dos personas que deseaba ver desde hacía tiempo; llamarlas fue lo primero que hizo tras la presentación de los I.V. La primera persona que apareció era una mujer de cabellos oscuros, pero cuyo rostro le recordó a James a los días pasados, se parecía a su difunta esposa. Al lado de ella, cogiéndola de la mano, iba un muchacho que parecía contento de ver a su padre. Jim abrió los brazos y envolvió a su padre.

—Te echaba de menos, papá —dijo Jim.

—Parece que hemos estado una vida separados —dijo el padre con alegría. Luego miró a la mujer.

—Ella es Sabrina, es mi prometida, papá.

—Sabrina, encantado de conocerte —habló James. Pacífico, contempló a la pareja como su mayor creación—. Qué sorpresa. Me alegro tanto de que volvamos a ser una familia feliz. Tanto que... parece que es la primera vez que lo somos.

Su hijo le susurró:

—Feliz día del padre.

Y abrazándose, entregaron sus corazones, unos que jamás latieron más allá que relojes. Eran felices en ese día, el día en que la empresa Futuriblex Robótica creó a una nueva raza humana, el día en que James Carrington Sr. decidió desactivarse, porque consideraba que era una jornada tan idónea como cualquier otra. Era el fin siendo padre del principio. Ya no habría más fallos.

"No es la carne y la sangre, sino el corazón, lo que nos hace padres e hijos"

Johann Schiller.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes contactar con Carlos J. Eguren en su [blog](#), o vía [twitter](#) y [facebook](#).

LA ASESINA DE LA EMPERATRIZ



Un relato de fantasía épica de Jorge Fernández Pérez

Una sombra se deslizaba, sigilosa, en la noche. Apenas perceptible en la penumbra de la gran ciudad de Eklum, se escurría de un callejón oscuro a otro con sorprendente agilidad. Se trataba de una mujer, Zaral, miembro de los temibles Paam, los asesinos de élite al servicio de la emperatriz. Mientras se acercaba a la conclusión de su viaje, recordó la sucesión de acontecimientos que la habían llevado hasta allí.

—Aquí estoy, Majestad, tal como ordenasteis. He venido lo más rápido que he podido —había dicho, jadeante, al presentarse en la opulenta sala del trono—. ¿Qué deseáis de vuestra humilde servidora?

Tras su máscara imperial de oro puro, de sencilla pero exquisita factura, la emperatriz sonrió, satisfecha.

—Como sabrás —comenzó a hablar esta, sin dejar traslucir ningún tipo de emoción—, hace años que se prohibió la brujería en todo el imperio de Tlac-tan. ¿Conoces el motivo de tal prohibición?

—Eso no es de mi incumbencia, Majestad —Zaral se atrevió a lanzar una mirada furtiva a su interlocutora, cuya máscara refulgía al reflejar las ondeantes llamas de las antorchas.

—Cierto. No obstante, quiero que lo sepas. La razón por la que se prohibió la brujería es porque ciertas personas influyentes empezaban a acumular, digamos, demasiado poder: sacerdotes, chamanes, nobles... Algunos cometieron el sacrilegio de plantearse ascender al trono y, obviamente, la sentencia no gustó a todo el mundo. Se derramó mucha sangre, pero, al final, el imperio se libró de la amenaza de la magia negra.

La asesina ya había oído esa historia antes. Tras la polémica decisión, tomada por la ante-

rior gobernante hacía casi medio siglo, el país se había visto sumido en una terrible guerra civil. La fractura había afectado incluso a la orden a la que ella pertenecía, pues cada Paam tenía sus propios métodos, lo que, en los viejos tiempos, incluía prácticas como la hechicería o la nigromancia.

—Pues bien —continuó la emperatriz—, de algún modo, el príncipe Boktlam, señor de la región de Kelem-za, ha logrado infringir la ley durante años. Se ha hecho fuerte en Eklum, su capital, y planea marchar contra nosotros para proclamarse emperador. Mis espías —añadió, y Zaral creyó detectar cierta preocupación en su voz— me han informado de que cuenta con la lealtad inquebrantable, casi enfermiza, de sus hombres, y de que pretende obtener cierta ayuda... no humana.

—Estoy a vuestras órdenes, Majestad.

—Es mi deseo que acudas sin demora a Eklum, te infiltres en el palacio de Boktlam y lo asesines —resolvió la emperatriz—. Debes actuar con rapidez, antes de que pueda dañarnos.

—Así lo haré, Majestad.

La Zaral que abandonó la capital nada tenía que ver con la sierva sumisa que se había posttrado ante la emperatriz. Todo en ella desprendía determinación y amenaza: sus ojos fieros y negros, cuya penetrante mirada muy pocos eran capaces de sostener; su cuerpo atlético y moreno, fibroso como el de un puma; el armamento con el que se había pertrechado, consistente en un hacha, una espada corta y un par de dagas. Como colofón, cabalgaba a lomos de un jaguar gigante, una bestia temible, de espaldas anchas, que superaba con creces a sus parientes comunes en fuerza y tamaño.

Viajó hacia el este sin detenerse, hasta las proximidades del territorio peninsular de Kelem-za. Una vez allí, el terreno se elevaba de manera notable, de modo que formaba una extensa meseta poblada por una espesa y tenebrosa jungla, por lo que la asesina se vio obligada a continuar su camino a pie. Si bien existía una senda que atravesaba el bosque y pasaba por varios núcleos poblacionales menores, ella optó por recorrer rutas secundarias, poco transitadas e invadidas por las plantas, para pasar desapercibida. Aunque era una mujer valiente y conocía el terreno que pisaba, también era prudente y sabía que la densa vegetación escondía numerosos peligros. Por este motivo, la presencia de su acompañante animal le infundía los ánimos que necesitaba para seguir adelante.

Al cabo de largos días de ardua marcha a través de la selva, Zaral arribó por fin a su linde oriental. Suspiró aliviada, pues ya se había hartado de las jornadas de abrirse paso a duras penas entre la húmeda y traicionera foresta, sin ver la luz del sol y, en ocasiones, calada hasta los huesos. Al menos había podido comer bastante bien, ya que, además de los frutos y las raíces que había recolectado, había disfrutado de algún que otro pedazo de carne que el gran felino había compartido con ella tras abatir alguna presa. Por supuesto, había debido esperar con paciencia a que su generoso amigo tomase su ración en primer lugar, pues nadie en su sano juicio osaría molestar a un jaguar gigante mientras se alimentaba.

A partir de aquel punto, la altitud disminuía de nuevo y la alargada península se estrechaba de forma progresiva hasta formar una especie de vértice, donde se alzaba la capital de la región. Entre el lugar en el que se hallaba la asesina y su destino no había mucha distancia, por lo que, a buen paso, no tardaría demasiado en dejar atrás los campos y las aldeas de agricultores que salpicaban aquella zona y llegar a Eklum.

—Aguardaré a que caiga la noche para entrar en la ciudad —explicó Zaral a la bestia que la acompañaba, que la observaba con atención—. Aunque siempre cierran las puertas al ponerse el sol, no quiero que me vea nadie. Tú me esperarás aquí.

Por toda respuesta, el jaguar la miró con expresión perpleja y emitió un gruñido que, a oídos de la mujer, sonó como una protesta.

—¡No me mires así! Mientras yo esté tratando de ocultarme para cumplir mi misión, tú podrás quedarte en esa selva que tanto te gusta, sin más preocupaciones que cazar y cagar.

Su amigo de piel moteada se acercó, le lamio una mano y, tras dar media vuelta y alejarse con parsimonia, desapareció en la jungla. La asesina sabía que, cuando regresara, la fiera daría con ella sin problemas.

Así pues, después de que la oscuridad nocturna lo cubriera todo como un negro manto, Zaral llegó a la capital de la región, sobre la que, en contraste con el cielo estrellado que se abría hacia el oeste, pendían pesados nubarrones. Su primer obstáculo era la alta muralla de piedras irregulares, a la que se encaramó de un salto sin pensárselo dos veces. Trepó de saliente en saliente, con tal agilidad que habría dejado boquiabierto a cualquiera que hubiese presenciado el espectáculo.

Con un último esfuerzo, se plantó sobre el muro de un ligero brinco, justo a tiempo para divisar la silueta de un soldado que realizaba la ronda a pocos pasos de ella. No cabía duda de que la había oído, pero, por fortuna, se encontraba de espaldas. A pesar de que el guardia hizo un rápido ademán de volverse y atacar a la intrusa, el pobre desdichado no podía competir con los reflejos felinos de la asesina de élite. En un instante, veloz como una ráfaga de viento, Zaral había recorrido la distancia que los separaba y, tapándole la boca con una mano para ahogar cualquier grito, le había hundido un puñal entre los omóplatos. A continuación, dejó caer el cuerpo hacia fuera de la ciudad y, pocos segundos después, escuchó el inconfundible crujido que producen los huesos al partirse.

El resto de la patrulla notaría pronto la ausencia de su compañero, por lo que la Paam no debía perder ni un minuto. Alcanzó de un salto el tejado de una casa, una de las muchas que componían una hilera adosada a la muralla, desde donde descendió con ligereza al polvoriento suelo de Eklum y se perdió entre las sombras de un estrecho callejón.

Había superado la primera barrera que se interponía entre ella y su cometido. Sin embargo, distaba mucho de constituir la más insalvable de todas. Avanzó a través de calles secundarias, aprovechando la oscuridad reinante para esconderse y sin emitir ni un solo sonido que revelara su presencia. Por suerte para ella no se topó con nadie, salvo con un lamentable grupo de hombres y mujeres, tan borrachos y somnolientos que ni llegaron a verla. Era tarde y, en apariencia, los habitantes de la ciudad habían evitado que aquella noche sin estrellas los sorprendiera fuera de sus hogares. Incluso Zaral, que no tenía fe más que en sí misma y despreciaba cualquier superstición o temor infundado, creyó percibir algo siniestro, antinatural, en el ambiente.

Continuó, calleja tras calleja, recodo tras recodo, hacia el mal llamado palacio, que no era más que una alta y estilizada torre. Esta se recortaba como una mole negra hacia el oeste. En su cúspide, varias luces titilantes evidenciaban que había antorchas encendidas allí arriba. Y, si había antorchas, lo más probable era que también hubiera personas; así pues, la asesina ya sabía a dónde acudir. Pese a que nada aseguraba que su objetivo se encontrara allí y no en otra parte de la atalaya, su instinto le dictaba que ese era el lugar en el que debía buscar. Más allá de la torre no quedaba nada, salvo la inmensidad del océano y, después, según algunos, el legendario imperio numio.

A pesar de que Zaral era una escaladora excelente, resultaba por completo imposible trepar por las lisas paredes exteriores del palacio, formadas por grandes bloques de piedra negra, tan pulida que incluso brillaba. No presentaban ni una sola muesca, e incluso reparar en las separaciones entre los diferentes bloques era una tarea difícil.

Pero había una alternativa. La asesina lo sabía.

Quizás la torre fuera inexpugnable por ese extremo, pero ella no se entretuvo en buscar puntos débiles y la rodeó por completo hasta llegar a los acantilados que caían en picado al otro lado. Sin demorarse, tomó una bocanada de aire que le supo a mar y comenzó a descender por las húmedas y afiladas rocas. Lo que para ella, que contaba con unas capacidades físicas muy supe-

riores a las de la mayoría, suponía todo un reto, habría constituido un suicidio para otras personas. El fuerte oleaje no ayudaba, pero la aguerrida mujer, con todos sus músculos en tensión, bajó poco a poco por la escarpada pared natural. Resbaló más de una vez, el viento la zarandéo y, a medida que se aproximaba al nivel del mar, recibió el persistente impacto de las olas, pero, tras largo rato y con un esfuerzo ingente, llegó a donde se había propuesto.

Una cueva, casi invisible desde el exterior, se adentraba en el despeñadero. Aunque casi toda su superficie se encontraba bañada por las aguas del océano, existía un pequeño paso que la recorría por un lateral a mayor altura, por el que se podía caminar con relativa comodidad. Hacia el fondo, apenas perceptible en la penumbra, se vislumbraba un diminuto embarcadero y, un poco más lejos, empezaba su ascensión una estrecha escalera de caracol. La gruta era en realidad una salida de emergencia, una vía para escapar del palacio en caso de necesidad, pero la asesina la utilizaría como entrada. Mientras se tomaba unos segundos para recuperar el aliento, dio gracias a los dioses, a los que rara vez rezaba, por la valiosa información que habían obtenido los espías de la emperatriz.

Acto seguido, comenzó a subir los irregulares escalones. Permaneció a oscuras, pues no encontró ninguna antorcha en todo el trayecto. Despacio, con cautela y todos los sentidos alerta, espada en mano, avanzó por aquella espiral ascendente sin que la sorprendiera ningún contratiempo.

Cuando ya creía que debía hallarse cerca de la base de la ciudadela, atisbó un leve fulgor proveniente de algún punto más allá de la siguiente curva. Fuego. No se había equivocado. Se acercó con precaución y apareció en un amplio rellano bien iluminado, a pesar del color negro mate de sus muros carentes de adornos. Al frente, una puerta de doble batiente custodiada por dos guardianes, cuya reacción no se hizo esperar. El primero, un verdadero gigante, se abalanzó sobre ella sin pensarlo, de manera que se ensartó en la espada corta de su rival por sí solo, el muy imbécil. Zaral, aún sin recuperar del todo el equilibrio que le había hecho perder aquel decerebrado montón de enormes músculos, soltó el

arma que sostenía tan pesada carga y, con un ágil salto hacia la izquierda, esquivó la acometida del otro soldado. Antes de que este fuese capaz de reaccionar a su movimiento, la experta asesina tomó el hacha de su cinturón y se la arrojó con fuerza y precisión. Un segundo después, su cadáver, con la afilada hoja clavada en el cráneo, yacía junto al de su compañero sobre un gran charco de sangre.

La infiltrada cogió y limpió sus armas, así como un manojo de llaves que custodiaba su segunda víctima. Tal y como sospechaba, una de ellas abría el portón de madera. Esta comunicaba con una segunda escalera circular, con pequeños rellanos cada cierto número de peldaños y puertas cerradas, de menor tamaño que la que se proponía atravesar, a ambos lados. La luz en aquel lugar escaseaba, por lo que se hizo con una tea ardiente y retomó la ascensión.

Pronto comprobó que en varios descansillos montaban guardia centinelas que, al percibir la luminosidad del fuego que se acercaba, se lanzaban sobre ella sin proferir ni un solo sonido. Después de matar a unos cuantos, se percató de cierta torpeza en sus movimientos, de que algo no marchaba como debía. Se le ocurrió una idea y, tras un momento de reflexión, dejó la antorcha en el suelo.

Prosiguió su avance procurando no hacer ruido ni exponerse a la luz y, como pensaba, los guerreros ni se daban cuenta de su presencia si se aproximaba a ellos sin entrar en su campo de visión ni estimular sus sentidos de ningún otro modo. Algunos parecían desconcertados y olfateaban el aire cuando los observaba a pocos palmos a sus espaldas, como si trataran de rastrear un pedo cuyo origen desconocían. Sin embargo, casi ninguno adivinaba su intrusión, de forma que apenas se vio obligada a emplear la violencia.

¿Qué tipo de control mental era aquel? Zaral sintió cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal al pensar en los poderes ignotos del príncipe Boktlam, que poseía la capacidad de convertir a hombres como aquellos, de carne y hueso, en meros autómatas con una única función. Idiotas sin voluntad que solo respondían a los dictados de su amo, incapaces por completo de tomar

sus propias decisiones. Mentos muertas en cuerpos vivos.

Al fin, llegó a la cima de la torre. El viento frío le azotó la cara en cuanto salió al exterior, donde contempló una escena sobrecogedora. Frente a ella, en el centro del círculo que formaba la azotea, se hallaba Boktlam, ataviado de un modo estrafalario. Aparte de un taparrabos bordado con un extraño símbolo, su única indumentaria era una máscara compuesta por el cráneo y otros huesos de un gran simio. Estaba de espaldas a ella, con los brazos levantados hacia el cielo y la lacia melena plateada cayéndole como una cascada sobre los poderosos hombros. A pesar de que el príncipe había dejado atrás la juventud tiempo atrás, su atlético cuerpo no reflejaba su auténtica edad. Junto a él se encontraba uno de sus sirvientes, a todas luces su mayordomo. El reparto lo completaban cinco soldados, situados alrededor de su señor, con las lanzas prestas para el combate.

—¡Eh! —exclamó el mayordomo, un hombrecillo flaco y encorvado—. ¿Qué haces ahí? ¿Quién eres?

—No te opongas a mí y te perdonaré la vida —contestó la asesina, confiada.

—Ya veo lo que sucede aquí —bufó el desagradable personaje—. Eres una Paam, esos jodidos perros falderos de la emperatriz, ¿verdad?

—¡Enhorabuena! Al menos eres un poco más listo que esos de abajo. Apártate, escoria —ordenó ella—. Tengo trabajo.

Mientras el mayordomo se carcajeaba de su ocurrencia, aprovechó para echar una rápida ojeada a su entorno. Su objetivo, quieto como una estatua, aún alzaba las manos y el rostro hacia el firmamento; desde que ella había llegado no se había movido ni un ápice. En cuanto a los guerreros, resultaba evidente que esperaban la orden de atacar.

—¿Qué le pasa? —señaló al príncipe con un movimiento de cabeza.

—Puesto que solo te quedan unos minutos de vida, supongo que puedo contártelo. Por si no te has dado cuenta, esta no es una noche como otra cualquiera. Hoy es posible abrir las puertas que existen entre los diferentes planos del cos-

mos. Mi amo es uno de los pocos conocedores de las fórmulas necesarias para ello, y ha entrado en un profundo trance con la intención invocar a los demonios de los vastos abismos exteriores para utilizarlos en su favor.

Y tan profundo. A la vez que su siervo pronunciaba estas últimas palabras, Boktlam, ajeno a todo, inició un hipnótico bamboleo de un lado a otro. Al mismo tiempo, las oscuras nubes que cubrían el cielo empezaron a separarse, de manera que dejaron a la vista una inmensa luna llena, de un tono rojizo tan intenso que parecía que sangraba. ¡Un eclipse! Todos los presentes contemplaron atónitos el prodigio. Todos excepto el mayordomo.

—¡Ahora! —gritó, y los cinco guardias se lanzaron al ataque.

Zaral arrojó dos certeros puñales a izquierda y derecha, que acabaron en las gargantas de los dos centinelas más cercanos. El fuego de una antorcha chisporroteó con violencia al caerle encima unas gotas de sangre. Bajo la extraña luz de la luna, que había alcanzado un intenso color escarlata, el vaivén del príncipe se intensificó.

La asesina desenfundó sus armas principales a la vez que esquivaba la acometida de su tercer enemigo, al que hizo perder el equilibrio de una contundente patada en una rodilla. De ese modo le quedaban libres el hacha y la espada para desviar las lanzadas con las que le acosaban los otros dos centinelas. Mientras se veía en esa complicada situación, un rayo rasgó el cielo, acompañado de un prolongado trueno. Boktlam había iniciado un frenético baile y sudaba copiosamente.

A causa del estruendo, uno de sus contrincantes se despistó durante un segundo. Ella no dudó ni un instante y, con un salto digno de una pantera, le partió la cabeza de un hachazo. No se entretuvo en intentar retirar el arma, pues todavía quedaban dos enemigos. Uno no cesaba de hostigarla y el otro había logrado levantarse y cojeaba hacia ella. Una especie de bruma eléctrica parecía tomar forma poco a poco ante la luna, pero Zaral no podía distraerse.

Decidida a poner punto final a la contienda, atacó al primer hombre. Supo que había resulta-

do herida cuando un dolor lacerante le recorrió el costado izquierdo. Al tiempo que hendía la espada corta hasta la empuñadura en las tripas de su oponente, echó un rápido vistazo al corte. Un rasguño sin importancia. Tenía profundidad suficiente como para añadir una cicatriz a la colección, pero no para detenerla.

Al volverse, se topó con una punta de lanza a escasos milímetros de su pecho. La siniestra bruma lunar se había compactado y giraba como un vórtice de un color delirante, desconocido para Zaral. Comenzó a retroceder paso a paso, con lentitud y cuidado, con el arma de su amenazante enemigo pegada a ella. El enloquecido mayordomo, con una sonrisa triunfal, clavaba los ojos ya en ella, ya en la puerta cósmica. A poca distancia del borde de la azotea, la asesina tropezó con un cadáver y cayó al suelo, soltando la espada. El príncipe Boktlam se había quedado rígido en su postura inicial. Una sombra empezó a definirse en el agujero del firmamento.

En ese momento, la Paam, presa de la desesperación, sacó fuerzas de flaqueza, agarró con las dos manos el asta de la lanza que se cernía sobre ella y, con un tremendo esfuerzo de todo su cuerpo y un alarido salvaje brotándole de la garganta, lanzó a su sorprendido rival al vacío. El asqueroso mayordomo esbozó una expresión de perplejidad, justo antes de que la silbante jabalina de su propio protector, arrojada por su enemiga, impactara en su corazón.

Sin perder más tiempo, Zaral recogió una de sus dagas, chapoteó a la carrera sobre el gigantesco charco de sangre que cubría el suelo hacia su objetivo final y le rajó el cuello de lado a lado. Una vez completada la misión que la había llevado hasta allí, se permitió volver a contemplar el cielo. Al asesinar al brujo, el vórtice se cerraba de nuevo. Había varias sombras más en su interior, pero quedarían atrapadas para siempre. Sin embargo, la primera que había visto había atravesado la puerta y sobrevolaba el mundo de los hombres. Se trataba de una bestia voladora, semejante en cierto modo a las rayas marinas, pero de tamaño ingente, rasgos apenas definidos y un solo ojo enorme en su extremo anterior. De su parte inferior surgían numerosos apéndices tentaculares, con pequeños orificios que se abrían y cerraban en sus extremos.

La monstruosidad volaba directamente hacia su posición, pero la asesina no estaba dispuesta a quedarse a esperarla. Saltó a un edificio cercano, cuyo tejado se encontraba demasiado bajo. A la herida de su costado se añadió un fuerte dolor en una pierna, pero debía seguir adelante, por lo que se escurrió hasta el suelo. Mientras se alejaba en una renqueante carrera, vio cómo el repugnante ser tomaba posesión de la cúspide de la torre, sobre la que segregaba un líquido viscoso que ablandaba la materia al entrar en contacto con ella. Acto seguido, la abrazaba con sus aletas y, al menos en apariencia, la engullía.

Zaral corrió, rodeada de montones de personas aterradas, hacia la puerta principal de la ciudad. Por fortuna, se hallaba abierta. Los guardias habrían tomado esa inteligente decisión al contemplar la abominación que se cernía sobre sus cabezas. Continuó sin descanso hacia la selva, ya con menos gente a su alrededor. En las inmediaciones del bosque comprobó, a la pálida luz del amanecer, que la inconmensurable sombra de la criatura pendía sobre ella. Por primera vez en su vida, la Paam se rindió y se sentó a aguardar una muerte espantosa.

Cuando la bestia empezaba a descender, cuando ya todo parecía perdido, una rugiente ráfaga moteada surgió de entre unos matorrales que crecían sobre un peñasco cercano. ¡Se trataba del jaguar gigante! El animal, diminuto en comparación con el demonio exterior, saltó directo hacia el espantoso globo ocular de la aberración. Mordió y arañó, y la asesina se sorprendió al ver que el ente sangraba. El fluido que liberaban sus heridas no era rojo, sino de la misma extraña coloración que la puerta que lo había liberado. Tampoco podía asegurarse que fuese líquido, pues parecía encontrarse en un estado semigaseoso, pero, sin duda alguna, se trataba de sangre.

En su aparatosa caída, la cosa derribó todos los árboles de una porción considerable de jungla. Zaral salió de su asombro y un intenso frenesí se apoderó de ella. Corrió, puñal en mano, a ayudar a su compañero a rematar a aquel espanto. Se desplazó sobre su resbaladizo y enorme lomo hasta donde se encontraba el jaguar, que aún luchaba por acabar con su peligrosa presa. La asesina clavó el cuchillo una y otra vez sobre el ojo y la invertebrada cabeza, si es que resulta-

ba posible llamarla así, hasta convertirla en una pulpa sanguinolenta. Al fin, la abominación dejó de moverse.

—Me has salvado la vida, amigo —dijo la jadeante mujer—. Muchas gracias. Ahora volvamos.

Acto seguido, Zaral y la poderosa fiera se adentraron en la selva. Estaban agotadas y hambrientas, pero regresaban a casa tras sobrevivir a la misión más peligrosa a la que se habían enfrentado. Una vez que se hallasen en un lugar seguro, descansarían y curarían sus heridas.

Después de todo, los demonios de los vastos abismos exteriores no eran invencibles.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Jorge Fernández en su [blog](#) o también vía [facebook](#)

UNA ESTRELLA CAÍDA DEL CIELO

Un relato de fantasía de Ricardo Giráldez

La noche estaba ya avanzada. Arrellanado negligentemente en mi sillón, dándole las últimas pitadas a un último cigarrillo, seguía, con la mirada indiferente, los fugaces halos de luz que los automóviles arrojaban desde la calle sobre mi habitación penumbrosa. Arriba del escritorio, un caos de libros dispersos y de papeles garabateados junto a restos de una cena mal digerida y la ceniza de sendos cigarrillos troncados, formaban un símbolo cruel de lo que hasta entonces se me figuraba había sido mi vida.

“No hay mucho más que añadir”, pensé luego de dar una abarcadora mirada en derredor, al tiempo que imparable lanzaba una gran bocanada de humo azulenco hacia la nada que me envolvía y ahogaba con su frío aliento de muerte.

Dirigí la vista hacia el viejo reloj de pared y con una sonrisa involuntaria advertí que hacía por lo menos una hora que éste se había detenido.

“Un símbolo más”, pensé mientras apagaba mi último cigarrillo. “En efecto, la hora del artista ha sonado ya hace tiempo”.

Me incorporé como para librarme de una inquietud intestinal que no me encontraba con ánimo de sondear, y, sin una clara consciencia de lo que hacía, quizás como en busca de una salida a mi opresivo hastío, me acerqué hasta la ventana entreabierta donde me recibió el húmedo bostezo de la noche. Era de madrugada. La ciudad se hallaba dormida cual un gigante que, abrumado por el sueño, lanza cada tanto bestiales gemidos. Conté una, dos, tres lucecitas encendidas, provenientes de diversos edificios, que como distantes estrellas llegaban hasta mí al través de las masas de sombras. “Tal vez de igual modo se con-

templen las estrellas en el cielo”, pensé, “como tristes testigos de un naufragio”. Y mientras me entretenía en imaginar los motivos que podrían mantener esas luces encendidas cuando todo lo demás llamaba al sueño, me dije que tal vez existan seres similares a las estrellas, es decir, hechos solo para brillar e intentar arrojar luz sobre las tinieblas.

Me volví nuevamente en dirección a mi sillón, mofándome de lo absurdo de mi idea, cuando a mitad de camino, inopinadamente, el impulso de salir y respirar el aire fresco de la noche me dominó por completo. “¿Por qué no?” me dije mientras tomaba un abrigo y echaba una rápida mirada abarcadora sobre toda la sala, hundida en la más lóbrega oscuridad. “Tinieblas por tinieblas, prefiero al menos aquellas en que aún brillan las estrellas”. Y así, sin más, abandoné mi opresiva guarida para vagar por la calle con rumbo incierto.

Fue un largo rato de errático vagabundeo por calles dormidas en profundo y silencioso sueño. Cual ocurre generalmente al noctívago solitario, inmerso en mis propios pensamientos, fui perdiendo gradualmente la noción del tiempo. Vagaba a la deriva, sin rumbo preciso, hasta que en un momento dado, la luz de una ventana destacándose solitaria en un edificio de apartamentos, hizo que me detuviera, aunque sin poder explicarme el motivo. Bastó poco sin embargo para constatar que, conforme la dirección que habían tomado mis pasos, era esa una de las luces que había contemplado momentos antes yo desde mi ventana. Permanecí con la vista fija en ella, en silencio. Y mientras lo hacía no pude por menos de sonreírme un par de veces ante la fortuita

coincidencia. “He ahí una estrella que aún no se ha apagado”, pensé, dispuesto a reanudar ya la marcha, cuando una osada idea, que atravesó mi mente como un relámpago, me detuvo en seco:

“¿Y si llamara?...”, me dije en tanto hacía un rápido cálculo del piso de dónde provenía la luz. “¿Qué puedo temer? En el peor de los casos se me mandará al demonio y... la verdad no sería la primera vez”.

Así, pues, sin estar muy seguro de que mi cálculo fuese acertado, llamé al timbre de entrada y tras unos segundos que no puedo llamar de espera, pues se me figuraron brevísimos, el interruptor, para mi sorpresa, emitió un chillido agudo que permitió que la puerta de calle cediera tras darle yo un leve empujón.

“Seguramente esperan a alguien”, pensé mientras me encaminaba hacia las escaleras en vez de encarar el ascensor, a fin de darme un tiempo para recapacitar mejor lo absurdo de mi situación. Y ya mientras subía: “Sí, es evidente que esperan a alguien y que ese ‘alguien’ no se trata de mí, precisamente. Ahora bien, ¿qué objeto tiene exponerme a una escena cuando ningún interés particular me impulsa a subir? ¿Qué voy a objetar ante cualquier reclamo cuando ni yo mismo sé lo que me trae aquí? Se me tomará por un asaltante, un vagabundo o, en el mejor de los casos, por un loco. Se pegarán gritos, se llamará al portero, a la policía o al loquero y yo, ¡ay, detesto las escenas! Y a más de esto, ¿a santo de qué? ¿Para qué continuar con tan absurda aventura que solo puede acarrear como mínimo una gran dolor de cabeza?”

Tales eran mis cavilaciones durante mi audaz ascenso. Debo decir no obstante que pese a estar plenamente consciente de que tanto mi irrupción como mi presencia allí no tenían cabida, en ningún momento tuve el impulso de dar marcha atrás o detener el paso, sino que en menos de lo esperado llegué al piso al cual me dirigía, aunque un tanto extenuado es cierto. Mas, ¿cuál no sería mi sorpresa al advertir que la puerta del apartamento al que debía llamar se hallaba abierta de par en par, liberando a raudales la luz de su interior desde uno de los extremos del pasillo? “Esto cambia bastante las cosas”, me dije entonces sin

atreverme a arriesgar un solo movimiento. “No puedo irrumpir en un hogar donde no se me conoce como si tal cosa, y tanto menos a estas horas de la madrugada”.

Por ello permanecí suspenso en el sitio, sin saber qué actitud adoptar, unos momentos. Y creo que bien podría haber seguido lo que quedaba de la noche en tal postura de no ser porque desde el interior, seguramente percatada de mi presencia, asomó una cabecita de mujer que, luego de recorrerme de pies a cabeza con una rápida aunque intensa mirada, me encareció con una sonrisa graciosa:

—¡Vamos! No te quedes ahí parado. Entra..., entra de una buena vez...

No negaré que un recibimiento hostil me hubiese alarmado menos que esta repentina familiaridad que no podía explicarme. Apenas hecha la invitación, la cabecita desapareció en el interior para dejarme en la más completa perplejidad. “¿Qué está ocurriendo aquí?” me dije sin cambiar todavía de actitud, aunque comenzaba ya a sopesar seriamente la idea de volverme sobre mis pasos. “En circunstancias tan atípicas como estas”, razoné, “aceptar tal invitación sería una verdadera locura”. Y como si la lógica y yo no formásemos parte ya de un mismo universo, pensar ello y meterme en el apartamento fue todo uno.

La sala estaba vacía, aunque tardé en apercibirme de este dato, ya que la luz allí era tan potente que en un principio me encegueció. Pronto comencé a mirarlo todo con curiosidad, sin descontar el recelo del animal que husmea un sitio que no es el suyo. Lo primero que hirió mi atención fue que nada parecía dejar resquicio para la más delgada línea de sombra, ni el más ligero indicio de claroscuro, como si las luces, que en vano intenté averiguar de qué fuente provenían, se proyectasen desde todas partes, o, más bien, emanasen de todas las cosas. Entretenido en tales revelaciones fue que oí nuevamente la voz femenina y acariciadora, dirigiéndose hacia mí desde algún lugar del apartamento:

—¡Ponte cómodo; enseguida estoy contigo!

No me lo hice repetir dos veces; la caminata primero, y el ascenso por las escaleras después (sin contar mi estado emocional de desconcierto), me habían dejado a tal extremo extenuado, que si no fuese por el nerviosismo que me dominaba, creo que apenas reclinar me en el sillón de la sala me hubiese quedado profundamente dormido.

Finalmente mi anfitriona hizo acto de presencia y debo decir que su figura no desmereció en nada lo que su rostro auguró desde un principio. ¿Encantadora? Pues sí, el adjetivo le cabía con justeza, si bien no bastaba para definirla por completo. Para decir con verdad, era de una belleza tan exquisita y extraña como solo se ven pocas veces en la vida, y a las cuales raramente se les dirige más que un par de miradas furtivas por temor a descubrir en ellas una mueca, un gesto, un movimiento equívoco que enturbie la pureza de la primera impresión. Pero había algo más en ella que, menos que de su presencia, emanaba de su ser interior. Una luz, un halo, un aura, qué sé yo, algo que de no ser por los tiempos en que escribo me atrevería a calificar de “angelical” parecía no solo envolverla, sino derramarse a borbotones de su ser, tal como si se tratase de una luciérnaga que hubiera adoptado la más escogida de las formas humanas para iluminar el corazón de los hombres. Pues su cuerpo, pese a todos sus irreprochables atributos, no parecía ser más que el templo en donde moraba la verdadera divinidad.

Ella tomó asiento a mi lado con una ingravidez que prácticamente no me permitió advertir sus movimientos, y aunque no se le ocultó ni por un instante el escrutinio de que era objeto ni la admiración que suscitaba (ya que estas cosas a ninguna mujer escapan), se dejó admirar con la entrega de una diosa que toma como lo más natural del mundo el hecho de ser adorada. Por fin, tras unos momentos de arrobos, embelesos y, por qué no, de idolatría de mi parte, la joven rompió el silencio con un ligero movimiento de sus labios:

—Sabía que vendrías un día de estos.

Quedé estupefacto.

—¿Yo? —no atiné más que a replicar.

—Claro, ¿quién más?

—Bueno, es que realmente... yo...

—Andabas perdido, ya lo sé —me interrumpió con voz tan suave.

—¿Perdido?

—Sí, perdido en tu naufragio interior...

—¿Cómo? —le inquirí sin poder dar crédito a lo que oía. Y tras un breve silencio de duda—: Mira, en verdad, yo solo caminaba sin rumbo y al ver tu luz desde la calle, te parecerá absurdo, pero un deseo de...

—Pero claro, si para eso somos las estrellas. Para orientarlos en la noche.

Se me hizo un nudo en la garganta; no podía hablar. Por lo demás, ¿qué decirle cuando ella misma parecía saber más de mí que yo mismo? “¿Qué es esto?” exclamé para mis adentros mientras todo mi ser tocaba a rebato con alarma. Y creo que de no ser por la apacibilidad que la mirada de la joven transmitía al través de sus ojos, o de la bonanza que se desprendía de su acento y que actuaba sobre mis nervios cual mágico sedante (sin descontar que ella era muy hermosa, infinitamente hermosa), creo, en fin, que hubiera huido de su presencia al punto y sin preocuparme de satisfacer la curiosidad que se incrementaba con cada segundo en mi ser.

—Sí, sé lo que estarás pensando —volvió a insistir apiadándose quizás de mi estado de turbación—. Te preguntarás, ¿cómo he podido adivinar tus pensamientos? Aunque “adivinar” no es la palabra. Al fin y al cabo, las estrellas lo vemos todo.

—¿Estrellas? —solté azorado.

—Claro, ¿no es tuya acaso la idea?... Créeme, no debes temer... No estoy loca, y, además, tú no estás tan cuerdo como crees. De lo contrario no estarías sentado ahora aquí mismo junto a mí.

Y la verdad es que llevaba razón, si bien para estas alturas de “razón” yo no entendía gran cosa. “Debo estar soñando” me dije nuevamente

para mí mismo, y al punto intenté con un fuerte pellizco sobre mi mano que alejó todas mis dudas al respecto. “Estoy bien despierto”, constaté dolorido, “es indudable”, si bien no se me ocultaba que esta evidencia arrojaba una negra sombra sobre el estado de mi salud mental.

—Te asusté, se te ve en el rostro, y creo que de no ser porque te hallas ante una dama saldrías ya mismo por esa puerta gritando como..., bueno, no precisamente como un caballero. Y sin embargo, eso que decías hoy en relación a nosotras era tan... bonito..., aunque no del todo exacto, ¿sabes? Las estrellas nos miramos las unas a las otras con alegría. Solo al contemplarlos a ustedes, pobres mortales, es que experimentamos cierto grado de tristeza. Pues no dudes de que los contemplemos y mucho, aunque debo decir que a veces, ante las cosas que hay que ver, una preferiría mirar para otro lado.

—Te entiendo —le dije como para seguirle el juego, aunque temía averiguar adónde éste podría llevarme—. “No obstante”, pensé, “si la joven está loca, al menos es dulce, bonita y habla con inteligencia. ¿Por qué, pues, poner objeciones a la locura cuando ella se presenta en tan fino estuche y tan primorosamente adornada? ¿Y cuán absurdo sería”, continué, “negarle un momento a la locura en un mundo en el cual tanto tiempo damos a la imbecilidad?”. Claro que esto no era todo, pues, al fin y al cabo, la joven sabía lo que sabía. Y por ello no descartaba yo la posibilidad de que me hallase ante algún género de magia o de milagro.

—¿Entiendes? —volvió a insistir ella luego de dejarme a solas, por unos momentos, con mis propios pensamientos —dando con tal gesto una prueba más de su exquisita delicadeza—. No, creo que aún no entiendes —continuó interpretando como una negativa mi silencio—, aunque confío en que lo harás. Debo advertirte, sin embargo, que yo no soy cualquier estrella. Soy *tu* estrella... Pues no crearás que solo los grandes hombres las tengan. Te aseguro que para todos brilla alguna en el firmamento, aunque la mayoría de los mortales ni se entere. De hecho, desde que las ciudades se cierran a los cielos, debemos descender nosotras hasta los hombres para echar un poquito de luz sobre nuestros protegidos, ya

que estos no alzan su mirada hacia las alturas como en otras épocas, y aun cuando lo hacen poco es lo que ven sus ojos. Pues bien, tú eres el mío, quiero decir, *mi* protegido... ¿Qué?, ¿dudas? Y sin embargo, llevo tiempo ya intentando que me veas. ¿Por qué eres tan ciego? No es la primera vez que te descubro asomándote a la ventana y te hago señas como esta noche. Si supieses el dolor que suscita en mí verte tan triste... Y es que nuestra luz no es una luz cualquiera, solo los que albergan tinieblas en su corazón pueden verla, aunque las tuyas, ¿no te ofenderás si te digo que son... demasiado espesas?

“Dime —continuó tras una breve pausa, en la que no apartó de mí ni un segundo sus radiosos ojos—, ¿qué ha sido de tu vida para que te veas sumido en esa oscura pena que vela tu mirada?

—¿Qué ha sido? Nada —le contesté sin pensar ya en la locura o en los milagros, pues para mi placer me hallaba francamente hechizado.

—¿Y qué esperabas?

—Todo.

—Sin embargo, has conocido el amor.

—Sí, y por eso ya no creo en él.

—Has viajado, has visto el mundo.

—Sí, y aún no comprendo cómo tras verlo, como Edipo, no me he arrancado los ojos.

—Pero el arte, ¿no me dirás que es éste un pobre hallazgo?

—No, eso lo dice mi época.

—Luego, lo has descubierto.

—Sí, pese a que mi época lo había enterrado.

—Entonces, ya tienes algo. Lo cual es más que bastante. ¿No fue un filósofo del siglo XIX quien exclamó: “el Arte y nada más que el Arte”?

—Pues un filósofo del siglo XXI no fue seguro, y ello en el caso de que entre las filas de arribistas, especuladores y usureros que conforman este siglo se halle perdido algún filósofo.

—Ya veo, lo que te atormenta es el siglo que te ha tocado en gracia.

—Error, en desgracia.

—Sus intereses no son los tuyos y desesperas de que algún día lo sean. Amas la belleza y te ves obligado a convivir con lo horripilante. Sientes por las Musas un amor que tu siglo no comparte, y que si lo hiciera no serviría más que para hacer de ellas simples meretrices. Juzgas divino aquello sobre lo que tu época blasfema y te inspira desprecio aquello ante lo que se arrodilla hoy el mundo.

—Pero esto no es todo, tú te mueres también de soledad e incomprensión, y por ello haces cantar a los muertos para evitar oír ladrar a los vivos.

—¿Un diagnóstico? ¿Eso es lo que me ofreces? Pues nada me has dicho aún que ya no sepa.

—Tal vez, pero, ¿no crees que con tu actitud estás poniéndote a ti mismo por delante de lo que representas? Quiero decir, es el hombre quien en ti se deja avasallar por el siglo; no el artista cuanto que él precede a la época y además debiera sobrevivirla. Porque al obrar así te condenas sin remisión a morir con aquello que en ti es perecedero, mientras abandonas lo que en ti hay de inmortal. Como hombre, tu siglo te destruirá; como símbolo, en cambio, como símbolo de todo aquello que tú encarnas, nadie, créeme, nadie podrá nada, ni ésta ni ninguna otra época.

Se hizo un intenso silencio... Sus palabras me habían conmovido hasta lo más hondo, hasta lo más íntimo y sentido de mi ser. Y es desde allí mismo que sentía emerger una nueva luz, un inesperado y luminoso transporte que traía claridad a mi cerebro, hasta entonces abarrotado de oscuros pensamientos. Fue un instante mágico durante el cual ambos permanecemos contemplándonos en silencio. Yo, víctima feliz de tan extraña resurrección, y ella, como en todo momento, irradiando luz por todos los poros. Sí, esa misma luz a cuyo contacto creía renacer.

No hubo necesidad de más palabras esa noche, ya que, tal como lo vaticinara mi divina guía, yo había comprendido. Y si bien nos entretuvimos

en muchas otras cosas hasta muy poco antes de que rayara el alba, verdad es que prefiero mantener la reserva al respecto. Solo diré que bebimos mucho y que dormimos poco y que cuando por fin llegué a mi casa luego de caminar con el arbol matutino a mis espaldas por calles somnolientas, cual un borracho ebrio de felicidad, comprobé con el corazón reconfortado que las tinieblas se habían disipado durante mi ausencia.

Desde entonces, he aguardado con ansias volver a dar con ella, pues en el edificio en que tuvo lugar nuestro encuentro, no solo no he podido recabar información sobre la joven, sino que luego de buscar y rebuscar en balde días y noches enteros, tuve que llegar a la penosa conclusión de que dicho edificio, y su correspondiente apartamento, no existen. Claro que mi radiante estrella sí existe, y aunque le he perdido el rastro aquí en la tierra, ella no ha escatimado en luz para que yo pudiese verla a diario en el firmamento. De hecho, a mis ojos ella se destaca allí, entre las otras estrellas, cual una piedra preciosa engarzada en un collar hecho con cuentas de fantasía. Ahora mismo la estoy contemplando desde mi ventana entreabierta, y como en nuestro delicioso y feliz encuentro, la distingo radiosa cual un sol nocturno. Y mientras admiro embelesado a esa luminosa perla que, como cada noche, exhala los mágicos destellos con que atraviesa los espacios sin límite a fin de sugerirme ideas animosas, ideas que iluminan hasta los rincones más tenebrosos de mi corazón, me pregunto, como cada noche, a la espera de alguna chispeante señal, si es que ella y yo volveremos a encontrarnos alguna vez aquí en la tierra.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Ricardo Giráldez en su [blog](#).



LOS HIJOS DE KNOSSOS

Un relato de fantasía de Richard Montenegro

Los Riscos filosos saludan a las estrellas Lopacadas por una extrovertida luna llena que acariciaba la niebla. Las flores caen girando suavemente, como pequeñas propelas vegetales, en un candencioso mar. El niño le preguntaba a su padre si su madre había muerto y él le decía que no, que solo se había ido al mar y que esas flores, como un curioso hilo de Ariadna, le mostrarían el camino de regreso. El niño bajó la cabeza y siguió absorto la caída de las propelas vegetales que acariciaban al viento.

El Cielo mira implacable el alarido de la Tierra que raja la isla. Las aguas, con violencia, comienzan a adueñarse de los restos de la otrora gloriosa ciudad. A lo lejos los Hijos de Knossos veían con estupor, mientras sus lágrimas dulces caían sobre las salobres aguas, la isla que se sumergía con sus padres en sacrificio expiatorio y desde ese momento ellos renunciaron a las glorias de la Tierra. Viviendo voluntariamente en una realidad ajena a nosotros.

Las aguas están ligeramente alteradas. Él mira a su alrededor, mientras dice a sus adentros *Fucus veciculosas*, *Macrocytes piriferas*, *Delese-rea sanguínea* y otros tantos nombres que había aprendido en la facultad y que de nada le servirían en este momento.

El sol desliza su sonrisa en las juguetonas aguas del impávido muelle. En el borde de este, el Maestro espera hasta que arroja un puñado de monedas al mar donde nadaba un grupo de niños y donde iba sin percatarse su anillo de graduación. Todos los niños se sumergieron, todos excepto uno en busca de las monedas. Giuseppe nadaba y comenzó a escuchar un burbujeante susurro, que nunca había escuchado,

pero que era extrañamente familiar y que guiaba suavemente su mano. Él emergió rápidamente con el puño en alto mostrando su trofeo que fue a entregarle directamente a su Maestro. En ese momento, él lo convirtió en su Teseo particular. A Giuseppe desde ese momento le siguió resonando suavemente ese susurro en su cabeza. Él preguntó a los viejos del pueblo sobre ese extraño susurro acuático y ellos le hablaron de los Hijos de Knossos. Le dijeron que cuando la niebla une la tierra con el mar, los Hijos de Knossos caminan entre nosotros sin que lo notemos. Ellos nos hablan en susurros milenarios que nos llenan la sesera de sueños heroicos y nos cantan con la cadencia de un suave oleaje que nos arrulla. Sin malicia alguna y sin desearlo siquiera nos enamoran, mientras nos sonríen y prueban el dulce vino que Dionisio nos enseñó a hacer hacía mucho tiempo.

Giuseppe ve, a través del cristal de su escafandra un mundo verde azulado. Donde solo se escucha el húmedo ronquido de su vehículo, su respiración amplificada por el depósito de cal sodada y el latido impasible de su corazón. La maleza submarina se hacía más densa a la par que trabajosa se hacía la marcha. Pudo escuchar el lejano eco de las máquinas trabajando y su deseo de terminar rápidamente con esta misión se acrecentó. Imprimió mas velocidad al torpedo y la vejiga de caucho comenzó a inflarse y desinflarse con más rapidez; mientras al fondo veía una pradera de esponjas.

¡Esponjas! Ni él conocía la cantidad que recogió de niño mientras competía con cabezones de bronce y lana cauchatada. Cuando trabajaba con su papá y su tío, cosa que su familia había hecho desde los tiempos de Minos. Por lo me-

nos eso le decían desde que tuvo uso de razón. Por suerte, bueno en ese momento tenía aspecto de suerte. El Maestro descubrió su peculiar inteligencia y con su ayuda y mucha aplicación, Giuseppe pudo ir a la Universidad. Allí estuvo dando tumbos unos cuantos semestres hasta que dio con la Oceanografía. En ese tiempo se abría todo un universo submarino; pero llegó una lúcida y Negra Locura y no tardó en buscarle en persona para misiones especiales. La Negra locura se esparcía por doquier augurando un futuro glorioso, como el pasado de su Pueblo, forjado con águilas de acero negro. Era toda una canción futurista impulsada por un corazón de cilindro y pistón.

Él creyó en esas promesas, sin saber que eran incapaces de ser preñadas, y sintió con gusto que era un heredero de los gloriosos Urinadores romanos. Ahora era un buzo de combate. Pero la Negra Locura solo dio palabras estériles y terminó llevándose a todos los que quería, los engulló sin piedad. Se llevó hasta el susurro que suavemente resonaba en su mente y que le acompañaba en sus sueños acuáticos. Ahora estaba verdaderamente solo.

Ahora estaba solo en el mar, dispuesto a hundir lo que fuera en esta absurda oscuridad. Ya la maleza se despejaba y comienzan a verse más rayos de luz desde el muelle, percibiéndose con dificultad a lo lejos el casco imponente. Se enfila con rapidez para acabar con esta aburrida tarea, que si era exitosa, le daría el pasaporte a la vida civil. Así podría, por lo menos, llevar flores a sus idos amores aunque no tuvieran tumbas. Ahora la tierra era yerma para él y no sabía si era capaz de echar raíces en ella. De improviso la propela comienza a chasquear y su aberrante hipocampo mecánico encalla debajo del casco. ¡Maldita cosa!, se dijo, así nunca llegaría a tiempo al punto de transbordo; pero decidió no perder tiempo. Creyó escuchar aquel susurro y dudó por momentos. Pensó en la gente que quizás debía estar en el barco y sintió algo de pena por ellos; pero ellos eran soldados a diferencia de la pobre gente de su pueblo que debió aceptar con impotencia y dolor el cortante abrazo de los capullos de muerte que arrojaban águilas metálicas remachadas con barras y estrellas.

Pero él siempre terminaba lo que comenzaba. Así que colocó las cargas con el tiempo necesario para poder llegar a ninguna parte y comenzó a nadar lejos de ahí. Mientras maldecía al Duce y, escuchaba aquel susurro casi olvidado, se percataba después de mucho tiempo, por última vez posiblemente, de la belleza del mar. Esa que le sonreía de niño, cuando jugaba con los hijos de Knossos.

La Luna llena tocaba suavemente la niebla que unía a la tierra con el mar. Él llegaba con ellos y se dedicaba en el pueblo a reparar relojes, relojes que comenzaban a marcar el tiempo hacia atrás buscando recuperar idos deseos. Él frecuentaba las tabernas y bebía el vino con tristeza mientras hablaba con los paisanos, que querían olvidar el agrio pasado propio que les laceraba el alma, sobre todos aquellos amores que había perdido y que él se negaba a dejar atrás.

La niebla muere y el puente entre los dos mundos se desvanece. Ellos se alejan de nosotros junto con él. Aquel que de niño, ajeno al glorioso y triste pasado de los hijos de Knossos, compartía con ellos sus secretos juegos. Dejando tras de si una gruesa capa de espuma, donde flotaban propelas vegetales, al zambullirse en el mar desde los riscos filosos que saludan a las estrellas.

... "Los viejos pescadores de esponjas dicen que el mar es el hogar de todas las lagrimas, las nuestras y las de todos aquellos a los que quisimos."

Las Crónicas del Argos, Alexandros Voyanis

FIN

Si te han gustado las fábulas puedes seguir a Richard Montenegro en el [blog del Grupo Li Po](#)

Una serie de terror y aventuras de **Géraldine de Janelle**

«Christall» es una serie mensual de relatos ambientados en la llegada y exploración del Nuevo Mundo. Un lugar desconocido y misterioso para la mentalidad de los personajes de esta narración, que nos transporta a épocas antiguas a través episodios históricos mezclados con oscura fantasía.

La torre solitaria

I

Es una torre solitaria, en medio de la jungla. Dicen que está deshabitada y que contiene un gran secreto.

—¿Riquezas? —preguntó contenido El Obispo.

—Nadie lo sabe, capitán —respondió el borracho—, si se encuentra abandonada no creo que haya nada de valor allí.

—¡Tabernero! —rugió el capitán pirata levantando su mano—. Más ron para el caballero.

Al oírlo el sucio truhán mostró una desdentada sonrisa, y bajó tanto la voz que el capitán tuvo que acercarse al inmundito hedor de cada palabra que balbucía para poder comprenderla. La perspectiva del botín bien merecía un sacrificio, pero aquel miserable le comenzaba a poner nervioso.

—No se trata de eso, capitán. Os agradezco el trago, pero yo nunca he estado allí dentro para saber nada.

El Obispo golpeó la mesa con el puño y vació de un trago la jarra de ron que traía el frágil tabernero.

—¡Cien mil demonios te lleven, maldito mise-

nable! —gritó al borracho cuando éste acercaba la mano hacia la jarra que suponía era para él—. No solo no me das información alguna sino que muestras una burla digna de mi alfanje.

Desenvainó poniéndose en pie y volcando la mesa bruscamente.

La altura del capitán y la soberbia de su largo chaquetón gris abotonado atemorizaron tanto al borracho que al intentar escapar de la sombra que arrojaba sobre él acabó dando con sus huesos en el suelo. El capitán le atrapó bajo su bota y posó la punta del arma en su mugriento cuello.

—Decidme ahora, caballero, si os he entendido mal. ¿Estáis ofreciéndoos a llevarnos hasta el lugar a cambio de que no acabe con vuestra torpe vida en estos momentos?

El borracho trago saliva sudando como un trapo sucio tras limpiar cubierta y asintió dubitativo.

—Eso... es lo que he dicho, mi capitán. Os llevaré hasta el lugar sin pedir nada a cambio.

La expresión del Obispo cambió repentinamente, casi parecería amable de no ser porque

la presión de su espada contra el hombre no menguaba. Nadie hubiera podido saber si su felicidad era alimentada por haber conseguido un guía inesperado que les adentrarse en la isla o por tener en sus manos la vida de aquel miserable. Fuere cual fuere la razón, sus ojos brillaban de aquella forma que solo sus hombres conocían, y fueron poniéndose en pie. No habría descanso, partirían en ese mismo momento hacia la torre.

* * *

Don Álvaro de Leonor avanzaba junto a la pequeña horda de maleantes comandada por El Obispo. Acostumbrado como estaba a cambiar continuamente de «camaradas», permanecía en silencio y observante. La parte del botín prometida no aseguraba ningún grado de lealtad y todo hombre dispuesto a la piratería no solo era un ladrón, sino también seguramente un asesino. Por lo tanto el español se mantenía a cierta distancia precavida de todos ellos, a veces pensativo, a veces hablando furtivamente con esa sombra que solo parecía ver él y que los demás tomaban por locura. Lo cual en cierto modo le protegía de ellos.

Seguía, sin embargo, de cerca al capitán. Aunque a cierta distancia para evitar que sus brujos pudieran detectar a la chica que le acompañaba oculta en los planos invisibles como ya había sucedido en la taberna del puerto de San Juan. *Odo'sha* la llamaban.

Y es que el capitán gustaba de rodearse de sus chamanes indios. Quizá porque asustaban a los propios piratas, quizá porque realmente estaba interesado en los conocimientos que pudieran tener de aquellos terrenos salvajes poblados de energías y seres demoníacos para un cristiano; y, a pesar de todo, él seguía siéndolo a su manera.

Delante de todos ellos avanzaba a trompicones el guía borracho, alentado por las amenazas del Obispo y por el temor a ser abandonado en aquella jungla que temía de forma profunda e irracional.

—¡Nadie me dijo que vendrían ellos! —clamaba al capitán mirando de reojo a los chamanes. Sus prehistóricas vestimentas con adornos óseos y la pintura blanca de sus rostros le hacían temblar.

—Decírtelo no hubiera cambiado tu decisión de venir con nosotros. Te lo aseguro. —El capitán sonrió con maldad y un destello tan divertido como cruel apareció en su mirada—. ¿Sabes que si mueres ellos pueden seguir viéndote?

El borracho palideció, los indios mantenían sus ojos sobre él en una permanente expresión que era incapaz de traducir, y aquello le helaba el corazón.

—Si quieres volver pronto a la calidez de tu taberna, ya que no creo que tengas otro hogar —espetó el pirata—, acabemos pronto con esto. ¿Dónde se oculta esa torre?

—Cer.... Cerca, capitán. Tras aquellas lomas la avistaremos.

—Más te vale. De lo contrario te dejaré a solas con mis doctores hasta que amanezca para todos salvo para ti —sonrió cual lobo al referirse de tal manera a los chamanes.

El escalofrío en el hombre pasó de cuerpo en cuerpo hasta llegar a don Álvaro. Pudo sentir el miedo que atenazaba a aquel rufián que había hablado con quien no debía en busca de vaya Dios a saber qué beneficio, o quizá de un sencillo trago más que no pudiera costearse.

El sol refulgía rojizo en los cielos pese a ser mediodía cuando alcanzaron la loma. La vegetación se extendía frondosa por el valle que se abría ante ellos, en cuyo centro, emergiendo de las brumas grises de la humedad, un negruzco torreón de piedra se recortaba en el horizonte.

—¿Qué tipo de construcción es esa? —preguntó el capitán a los indios—. ¿Es obra de los nativos?

—No, señor.

—Si ha sido construido por algún español no comprendo por qué está tan deteriorado.

—No, señor, no ser español. La torre estar ahí antes de todo.

—¿Antes de todo? —El Obispo alzó sus cejas—. ¿Antes de todo qué?

—Antes de todo lo que conocer nosotros, señor. Algunas torres ser antiguas, más antiguas que nuestras tribus llegar a las islas.

—Eso no tiene ningún sentido —gruñó el pirata—. Alguien ha tenido que construirla.

Los indios no respondieron a eso, se limitaron a murmurar entre ellos en un oscuro idioma incomprensible. El capitán dio por finalizada la conversación, como cada vez que actuaban de aquella forma. Fijó la mirada en el torreón y dio la señal de continuar la marcha hacia allí.

A poca distancia de ella, pese a la niebla que pronto les rodeó, podía apreciarse con claridad que la torre estaba levantada en piedra negra y la formaban cinco muros repletos de figuras extrañas y arcos arquitectónicos sin sentido ni forma lógica. Aquella estructura era extraordinariamente firme y de una altura considerable. Al alzar la vista hacia su parte superior, se podía detectar en las zonas más altas, algunas ventanas y picos salientes tal como lanzas de piedra horizontales y verticales en forma de afilados pináculos desordenados.

Su negrura era extraordinaria, tanto que les costó encontrar incluso el portón por el que adentrarse. Y es que una estrecha abertura hacía las veces de entrada, sin puerta ni cerrojos, una sencilla ranura vertical en la piedra por la que cabía el cuerpo de un hombre.

—Adelante —el capitán le cedió el paso su guía y este no se atrevió a entrar hasta que la mirada de los chamanes le hizo cambiar de opinión.

El hombre se adentró en la oscuridad con pasos tan lentos como temblorosos.

* * *

El interior de la torre solitaria se hallaba completamente oscuro. No había la más mínima luz que pudiera arrojar el contorno de algún mueble o escalera en el interior. La única luz que

aquel hombre tenía a su espalda era taponada por las siluetas de los piratas que esperaban fuera con curiosidad.

—¿Qué sucede? —preguntó ansioso El Obispo.

—Aquí dentro huele fatal, mi capitán —contestó el tipo con voz temblorosa desde el interior.

—¡Avanza, maldita sea! —apremió alcanzándole con la punta del alfanje en la espalda y el hombre no tuvo más remedio que dar algunos pasos más hacia el interior de la construcción.

La oscuridad que le rodeó era tan densa que apenas podía escuchar nada ya de lo que sucedía fuera. Desorientado terminó por tropezar con los fríos escalones.

—¡Aquí está la escalera! —gritó sin saber muy bien hacia dónde.

—¡Adelante, muchachos! —clamó el capitán— ¡Encended las antorchas y sigamos a este patán!

Mas cuando los piratas entraron de uno en el torreón e iluminaron sus entrañas, la visión de las escaleras apretó un nudo en sus gargantas. La estancia era sobria y sus muros de piedra nada tenían, y en aquel vacío el comienzo de la escalera resultaba amenazante. Sus escalones de piedra negra se asemejaban a un susurro nocturno que tienta a seguirle, y al ver que ninguno de sus hombres tenía el coraje suficiente, el capitán aceptó el reto, arrancó la antorcha de las manos de uno de ellos y comenzó a ascender, seguido, ahora sí, por todos.

Don Álvaro reparó en la insólita estructura de aquellas escaleras. La forma escalonada que tenía también el techo transmitía un sentimiento extraño a quien a través de ella ascendía. Las antorchas arrojaban sus sombras escalera abajo y la inquietud se volvía más opresiva cuanto más tiempo llevaban subiendo aquellos monótonos peldaños que confundían las mentes de los hombres.

—¡Avanzad, holgazanes! —bramó El Obispo—. ¡Ya deberíamos haber llegado con creces a los aposentos superiores!

Y en verdad así debería haber sido, si aquellas escaleras fueran unas escaleras normales. Seguían ascendiendo y ascendiendo hasta que

la confusión empezó a extenderse entre todos, y con ella el miedo a lo desconocido.

Don Álvaro caminaba entre ellos, cansado por el inocuo esfuerzo que suponía subir los interminables escalones. La vista se le nublaba y empezaba a jugarle malas pasadas confundiendo en su cabeza los escalones del techo con los que sus pies pisaban, llegando a marearle profundamente. Y no solo a él, también a los «camaradas» que le precedían y los que le seguían.

—¡Por las barbas de Santiago! —exclamó el capitán, desde alguna zona superior—. ¡¿Qué clase de brujería es esta?!

Nadie supo a qué se refería hasta que llegaron a la altura del ventanuco por el que el capitán se había asomado. Hasta entonces no había aparecido ninguna ventana, pero aquella hizo que el corazón del español diera un vuelco. Y casi fue un vuelco literal, pues el horizonte del exterior estaba completamente del revés. Y no solo eso, sino que, en lugar de la jungla, una suerte de cavidades de piedra y fuego conformaban el paisaje que les rodeaba.

—¡Deprisa! —ordenó el capitán—. ¡Salgamos de aquí!

—¿Por dónde, capitán? —clamó el pirata que le seguía.

—¡Regresad, inútiles! ¡Volved abajo!

Pero cuando echaron a correr, algunos de ellos salieron despedidos hacia el techo y rodaron hacia arriba por los escalones tallados en la piedra sobre sus cabezas. Los gritos de terror se contagiaron ante la visión de aquellos movimientos antinaturales. Comenzó a cundir el pánico de no saber quienes de ellos estaban realmente en el suelo y quienes en el techo, y de temer haber estado descendiendo hacia el interior de la tierra en lugar de ascender, como creían.

Apretados contra las paredes, temerosos de moverse, los piratas se miraban entre sí con los ojos abiertos de par en par. Unos en pie, otros en el techo, boca abajo, sin aspecto de estarlo, pues sus ropas y cabellos permanecían normales sin delatar cual de las posiciones era la real.

—¡Que nadie se mueva! —gritó el capitán.

Soltando la antorcha agarró de las solapas al pirata que tenía sobre él e intentó tirar de él hacia el «suelo» sin conseguirlo. Las respiraciones cada vez eran más nerviosas y el calor se volvía insoportable cuando toda la torre comenzó a vibrar.

—¡Qué demonios... —exclamaba El Obispo, interrumpido por la luz que inundaba repentinamente el recodo siguiente de la escalinata—. ¡Cuidado!

Sin tiempo para reaccionar, una lengua de fuego apareció en las escaleras inundando con sus llamas rugientes todo el pasillo en su camino hacia ellos. Los piratas corrieron, unos hacia arriba y otros hacia abajo, pero todos huyendo en la misma dirección de aquella bocanada que pronto arrasaría con todos ellos si no alcanzaban la salida.

La velocidad de las llamas era vertiginosa, así como su voracidad. El fuego a ojos de los hombres era terrible, pero a ojos de don Álvaro abrió sus fauces como si de una serpiente enroscada en el interior de la torre se tratara. Una serpiente de fuego que ascendía de las profundidades del mundo para acabar con ellos.

—¡*Odo'sha*! —gritó uno de los indios y don Álvaro buscó a su alrededor.

Atravesando los escalones en sentido contrario a los piratas en escapada, la sombra de una chica corría en sentido inverso, hacia la serpiente. Era ella, no le cabía la menor duda, y el reflejo de su pequeño cuchillo mellado al pasar a su lado lo constató.

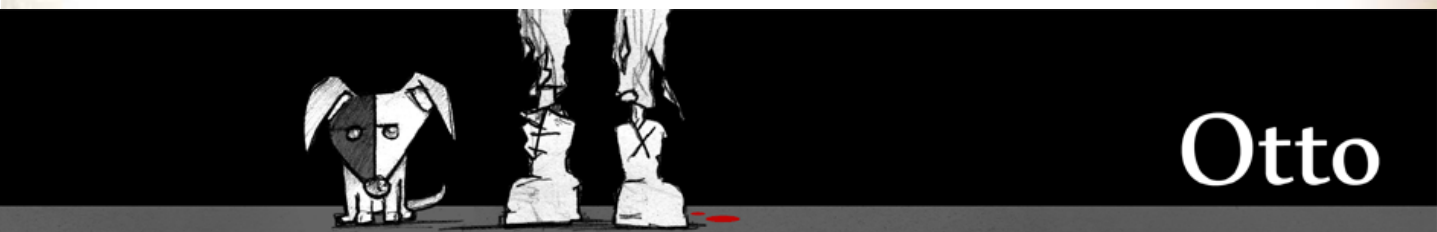
—¡¡Espera!! —gritó el español al ver que no se detenía. Y él mismo se dio la vuelta y frenó su huida, chocando con aquellos que se precipitaban detrás de él escaleras abajo.

—¡Aparta, estúpido! —le increpó el capitán al pasar también a su lado, sin preocuparse lo más mínimo por él.

No había tiempo para nada. La velocidad de los acontecimientos se precipitó de forma endiablada. En un instante don Álvaro se había quedado solo, en pie, en los escalones iluminados por el fuego de la serpiente que ya le enca-

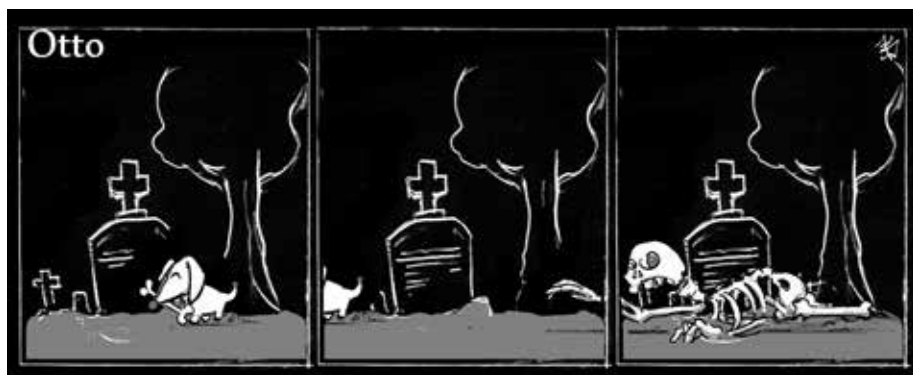
raba. Entre aquel ser y él se mostraba de forma visible ahora el fantasma de la muchacha, cuchillo en mano, saltando hacia las fauces del gran reptil infernal. Los dedos temblorosos del hombre se posaron en la empuñadura de su espada maldita y la desenvainó en un acto reflejo. No había tiempo para nada más. Saltó tras ella y el fuego le cegó con un rugido estremecedor.

Continuará



Boebaert

¿Conocéis a Otto? Es un pequeño perro, ajeno al amanecer zombi, que descubre que su amo se encuentra "un poco raro". Contamos con sus extrañas tiras cómicas con nosotros cada mes. ¡No os lo perdáis!



POEMARIO

El cantar ancestral

Cielo que ploras sangre
al corvo obscuro dexa venir
messengero infatigable
oye e di al mio padre,
en hora que cavalgo a batalla
ed junto a los mios a morir.

Vuela raudo en pos de trueno
dioses van del nuestro vando
embraça nos foresta quando
guia nos adelant Vael.

Corvo di al mio padre
faga sitio alli su lado
por si caio batallando
questa noch ire con el.

Mia tierra
fazeremos
del tu nom
nuestro pendon
aullaremos
CELTIBERIA
e la guerra
correremos
con valor.

Quantos aqui somos
vençeremos
o aqui muerte hallemos
antes que salga el sol.

¡Apretad los cavallos e bistades las armas!

Un poema de Géraldine de Janelle.



CUC DE PI



Violeta
Moreno
Triviño

Corrección profesional

Resultados **profesionales**



www.correccionprofesional.com

¿Quieres **anunciarte** en nuestra revista?

Al ser una publicación **GRATUITA**, la **Revista Valinor**

LLEGA A MUCHOS LECTORES Y PASA POR MUCHAS MANOS.

No lo dudes, si quieres que te vean, contacta con nosotros y pregúntanos.

revista@editorialvalinor.com

WWW.UNDERCINE.COM

UNDERCINE

CINE DE TERROR. CINE FANTÁSTICO Y MUCHO MÁS

COMUNICACIÓN Y EVENTOS

VINILOS | IMPRESIÓN DIGITAL | PUBLICIDAD
GRAN FORMATO | SERIGRAFÍA

INFO@IMAGINAGRUPO.COM

cada día nace una nueva idea



IMAGINA



EDITORIAL VALINOR
www.editorialvalinor.com